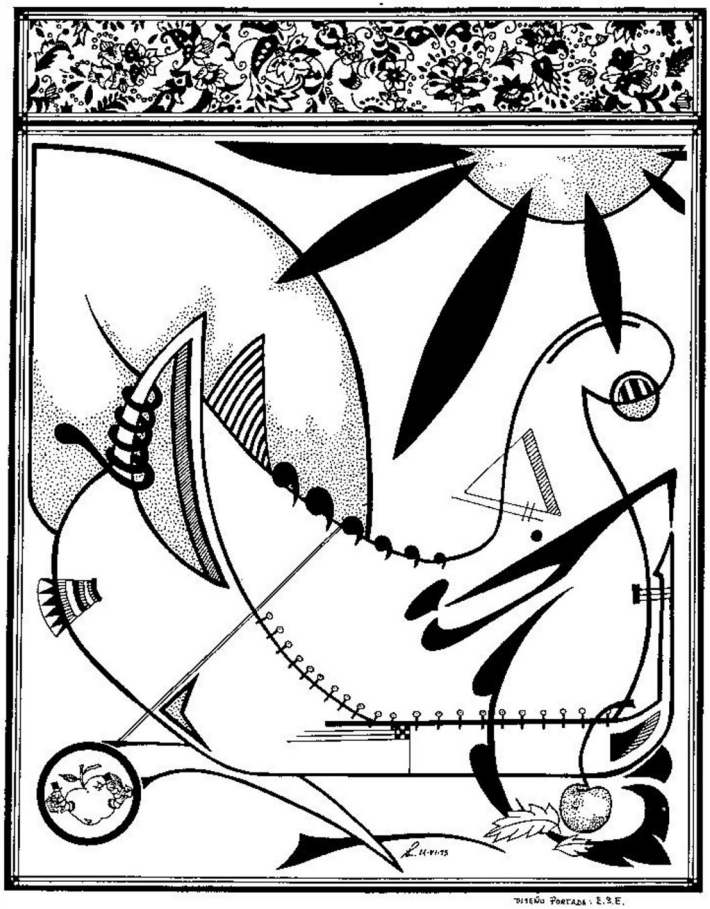
# La guinda de todas las tartas



DISEÑO PORTADA: E.S.E.

# LA GUINDA DE TODAS LAS TARTAS

Redactores: JLM y JCJ. Nº4. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

## EDITORIAL

Todos sabemos que lo que más le gusta a un niño siempre es el postre y es por eso que en este número os proponemos y nos proponemos un incontado y un no sugerido reto. Os proponemos viajar no desde la tumba a la vida, ni del sueño a la vigilia, ni desde las cadenas de nuestros sinfónicos grillos... ¡no!... Os proponemos viajar hacia atrás, hacia lo que un día tuvisteis y hoy habéis perdido, os proponemos viajar hacia la inocencia del que descubre pero revestidos de un especial tul de sabiduría: la apreciación del detalle, que a veces no significa nada para un niño, pero sin embargo es lo único que recuerda de su niñez. Cuando eres niño y estás con tus abuelos no saboreas nunca el olor a magdalenas o a naftalina o a las paredes viejas de aquella casa, pero sin embargo cada vez que hueles algo así, regresas a tu niñez inmediatamente. Pues bien, nosotros no queremos que vuelva a pasar esto, no queremos tanta magia "en diferido", viaja con nosotros a la apreciación del detalle no por lo que significó, sino por lo que significará. Siente que el universo te rodea para contarte la historia de tu propia vida, debes oírlo, en vez de sólo recordarlo. Porque si no serás como el que va a un espectáculo y se dedica a observar a las personas y los atuendos que llevan, la extraña forma de la peluca de la señora de enfrente o cualquier otra distracción, pero sin apercibirse de lo que realmente sucede encima del escenario, más tarde llega a casa y ve el espectáculo por televisión y le parece tan bonito que se arrepiente de no haber prestado suficiente atención...

Préstate atención... sí... préstatela, toda esta agitada vida puede ser muy entretenida, el trabajo, los problemas, los estudios... no dejes que eso te separe de la auténtica verdad que no es otra que atrapar todos los momentos posibles y darse cuenta de lo maravillosos que pueden llegar a ser. ¿Aburrirse? Pero cómo puede un ser mortal

aburrirse, lo único aburrido es no vivir. En el autobús, en la calle, en tu casa… el detalle te rodea por doquier y te dice cosas… No seas sólo como un niño que sólo se come el postre sin prestar atención a esa maravillosa… guinda, porque ¿qué sería de nuestra vida si las tartas no tuvieran guindas?

NOTA:

No sigas leyendo, deja la revista en un sitio accesible, sal a la calle y da un paseo… observa todo lo que pasa, observa como todo fluye mientras caminas y como todo cambia mientras lo observas, cada detalle de tu ciudad o de tu barrio, en el que antes no te habías fijado siquiera, cobra vida. Descubre su importancia, cada cosa que mires, cada mirada que devuelvas, cada olor que huelas, tiene irremediablemente asignado un papel en el guión de tu vida y, lo que es más importante, en la explicación de ella.

El señor y la señora Condesa de Nomentero. Tam,tam… El Barón de Suenararo. Tam,tam… La Baronesa de Quebiensuena. Tam,Tam… Don Juan Car… perdón usted no puede entrar aquí, no tiene sangre azul, sino roja…quiere decir usted que la sangre de aquel señor no es roja sino azul.

-no, quiero decir que él tiene sangre azul y usted no… Por favor podría demostrármelo… -por supuesto-… señor Conde por favor puede acercarse… -cómo no, querido amigo.

-Puede decir lo primero que se le ocurra cuando yo diga una palabra. -Sí por supuesto…ejem…lo intentaré:

-trabajo… -ajeno

-muerte… -desprestigio

-televisión… -a escondidas

-libros… -los leo todos, ¿sabe? -por favor una palabra

-juventud… -lifting

-matrimonio… -impresos

-obrero… -jaja, ¡qué gracioso!

-fiestas… -oficina

-rojo… -azul

lo ve es de sangre azul… gracias señor Conde… Está bien lo entiendo… pero ¿qué fiesta es esta? -No lo sé todavía, mañana nos

enteraremos en las revistas del corazón...azul ¿verdad?... no, por Dios, la gente de sangre roja es la que lee esas revistas, los de la azul sólo trabajan para ellas... ¡perdón, dije trabajar! espero que no me hayan oído...No, no le han oído...

Mariano el insurrecto

Detalle 1:SIEMPRE EL DINERO

Había tenido un mal día, por no decir pésimo. Malo en el trabajo, malo en casa y, para colmo, su novia y él habían roto. Quizá había sido culpa suya, pero no lo creía. Esas cosas se van rumiando durante un tiempo, no se deciden así de golpe. Bien es cierto que él estaba sumamente irritable antes de encontrarse con ella. Por la mañana el jefe le había abroncado sin razón, en casa su padre, de un humor de perros, la había tomado con él y habían discutido. Y luego con ella también había elevado la voz. Hubo insultos, amenazas y acusaciones. Por parte de los dos. Para que ella, como si hubiera estado esperando esa excusa, le dijera:

-Esto no puede continuar así. Estoy harta de lo nuestro, estoy harta de ti.

Y se había ido. Quizá volvería... más tarde. Aunque así en caliente a él le parecía de lo más improbable. Ella no se andaba con medias tintas. Si había tomado la decisión de romper, probablemente sería definitiva. No solía dar marcha atrás. Pero él, ¿él qué iba a hacer? La quería y no deseaba romper con ella, no había querido enfadarse, pero había tenido un mal día. Posiblemente su enfado habría sido lo de menos. Tarde o temprano habrían roto. Seguro que ella lo tenía ya medio decidido. Pero no él. Ahora se encontraba sumido en la miseria. Deprimido, un poco alucinado, caminaba errante por las calles sin mirar ni ver desde que ella se había ido, ¿cuánto haría? Una, dos horas. ¡Qué más daba! Estaba solo y el mal día se había convertido en pesadilla.

Sin darse cuenta, se sentó frente a un portal desconocido, sobre el sucio escalón de piedra. Sin darse cuenta, se puso a llorar como un niño, con las manos ocultándole la cara. Intentó tranquilizarse, pero para ello tendría que haber dejado de pensar, borrándosela de la mente, y eso era imposible. Alzó un instante la vista, tratando de devolver su atención al mundo exterior, tan vulgar como siempre, tan alegre en

contraste con otros días más felices. Alzó la vista pero apenas si vio a aquella mujer de mediana edad envuelta en un grueso abrigo que se acercaba a su lado y dejaba algo sobre el suelo para proseguir su camino tras dirigirle una mirada lastimera de piedad.

La mujer se marchó y él, curioso a pesar de todo, bajó la vista al suelo. Debajo de su pie derecho había una página de periódico arrugada y, sobre una esquina, aquella extraña mujer había depositado una moneda. ¡Qué locura! Aquella mujer le había dado una limosna, como si fuera un pordiosero. Aunque sin duda, en aquella actitud, debía de parecerlo. Casi inconscientemente recogió la moneda y se quedó mirándola fijamente, olvidado por un instante de su desgracia. Se levantó y echó a caminar hacia casa, con una sensación sumamente extraña en el corazón, que le parecía opresiva y ridícula a la vez. Sin saberlo, esbozó una media sonrisa. Un sencillo pensamiento había cruzado fugazmente por su cabeza:

No dejaba de ser divertido que una persona cualquiera, en este caso aquella mujer embutida en su abrigo, identificara la desgracia ajena, su desgracia, con la falta de recursos, pensando que el dinero, aquella limosna, servía para aliviar cualquier problema.

Y con este pensamiento, nuestro hombre llegó a su casa, donde su padre ya no estaba enfadado. No habló con nadie, se fue a su cuarto y, jugando con la moneda entre los dedos, volvió a pensar en ella y en el mal día y, extrañamente, los problemas que le agobiaban parecían ahora un poco menos trascendentes.

## LA CHAPUZA

Sopla el viento cauto y adormecedor por encima de una oscura y lejana arboleda, como ocioso esperando cualquier orden sublime. Es curioso como el ruido de las hojas se asemeja al oleaje del mar, esa aparente anarquía de la naturaleza siempre le ha fascinado y de ella se ha servido. De repente el viento cesa, como quien gira la cabeza para prestar atención y se despide de la arboleda con un rápido impulso, vuela veloz entre las nubes como guiado por una extraña fuerza hasta llegar a su destino, minuto 45 del segundo tiempo de un partido de fútbol en la cumbre, un tiro raso se aproxima sin demasiadas ganas al interior de la portería de manera afinada respecto del poste. Nuestra ráfaga de

viento corre a su encuentro y se ha transformado ya en una tenue brisa, por el esfuerzo, cuando choca con el balón y lo desvía lo suficiente como para que este no entre. Final del partido, entre insultos y almohadillas se despide a los jugadores, el seguidor que tira la última almohadilla pensaba no ir a su casa y celebrarlo pero ahora sí lo hará. Tiene que andar bastante hasta encontrar su coche, por fin sube en él y arranca, está muy enfadado, por segunda vez el título de liga se ha ido. ¡Maldita sea! si hubiera entrado aquel balón al poste... pensando en esto no se apercibió de que se había cerrado el semáforo y choca de frente con otro coche. Se bajan los dos del coche y comienzan a discutir. Esto provoca una pequeña retención que obliga a Ramiro, nuestro hombre, a esperar unos minutos. Ramiro es taxista. Por fin sale del embrollo, al cruzar la calle ve a una muchacha de unos 25 años con la cara algo desencajada y una expresión mortecina en el rostro, para el coche y la muchacha sube... Al hospital, ¡por favor!... ¿se encuentra bien? Usted que cree que voy a visitar a algún familiar a las 11 de la noche.

-Perdone...

-No, perdone usted, estoy muy nerviosa, he venido a trabajar aquí pero no conozco a nadie y... -la muchacha rompió a llorar.

-No se preocupe, yo la acompañaré.

Era increíble, Ramiro se sorprendió a sí mismo comprometiéndose por alguien...

<<Esto funciona, espero que no se enfaden mucho por lo del fútbol, pero cada vez es más complicado influir en la gente aunque sea levemente... aún recuerdo los tiempos en que dejar caer un pañuelo significaba algo o en los que ver a una persona tumbada en la calle suponía un pequeño revuelo. Increíblemente el otro día traje al pobre Antonio a mi lado y la gente ahí abajo pasaba al lado de su frío cuerpo sin reacción alguna, por supuesto los planes de aquel día se fueron al traste. ¡Pobre Antonio!, hacerle subir para nada, bueno por lo menos dejó de sufrir... aunque sea por un par de siglos>>.

Por fin llegaron al hospital. Ramiro cogió del brazo a la muchacha y entraron por la puerta de urgencias... -Es usted familiar... -no, soy sólo el tax... -sí, es mi novio -respondió la chica rápidamente-, está bien pase... Pasó el tiempo y el médico entró en la sala de espera y dijo: -El novio de Andrea Ruiz, por favor-. Ramiro miró alrededor

distraído, observó que nadie se movió y se sumergió de nuevo en sus pensamientos... cuando algo le hizo reaccionar: -Espere soy yo, lo siento no había oído bien el nombre.

-Está bien, sígame.

Por fin llegaron a una habitación, en donde aquella chica estaba tumbada con una expresión ya más relajada, e incluso se permitió guiñarle un ojo.

-Verá usted, su novia ha tenido un cólico nefrítico, ahora le hemos dado unos calmantes y deberá... -la voz del médico se apagó en el entendimiento de Ramiro y dejó paso a los suaves destellos de la mirada de Andrea, hacía mucho tiempo que alguien desconocido no le miraba sin ojos anónimos-... y por tanto deberá permanecer dos o tres días, ¿qué le parece?

-¡Eh!... sí... bien de acuerdo.

-Bueno, les dejo solos, pero recuerde que debe descansar.

-¿Sabes? Yo siempre he tenido problemas para entablar relaciones con desconocidos -dijo Andrea-, siempre tenían que presentarme a algún amigo o algo así y resulta que desde hace 10 minutos estoy saliendo con el taxista que me ha traído al hospital...

-Yo... -sí, ya sé, perdona era una broma, ¿te parece bien si volvemos a quedar? Un frío intenso se apoderó de Ramiro, la imagen de aquella chica encantadora, sublime e inalcanzable se transformó en un enorme peso, en una enorme responsabilidad, en un monstruo que le miraba con ojos dulces esperando hacerle daño... un monstruo del que se podía enamorar y que le hacía sufrir.

-Verás... yo ya estoy saliendo con otra persona... y, ¡bueno!, me alegro de que estés bien, así que será mejor que me vaya.

-Encantada de conocerte -gimió Andrea-. Por cierto, ¿cómo te llamas?

<<Jefe, Jefe...¿qué quieres ahora? cuántas veces te he dicho que no me interrumpas mientras forjo el alma humana, o se te ha olvidado ya lo que provocaste con tus gritos el día que estaba forjando a ese alemán con bigotito... Pero Jefe es que Ramiro se va y no ha dado resultado el plan, ¡mire! ¡Rápido, no hay tiempo para florituras! ¡pon el cubo!>>.

-Me llamoooo... -Ramiro tropezó inexplicablemente en un cubo que alguien había dejado en el pasillo, rompiéndose también inexplicablemente la pierna derecha y un brazo...

-Hola buenos días qué tal han pasado la noche los tortolitos -preguntó la enfermera-. Estará usted contenta con que le hayamos puesto a su novio en la misma habitación, ya sé que va contra las normas, pero a la enfermera jefe se le ha muerto el marido (?) y está muy sensible con eso de las separaciones.

-Ha sido todo un detalle -respondió Andrea guiñándole un ojo a Ramiro. Ramiro sonrió...

Pasó el tiempo y Ramiro se casó con Andrea, por cierto después de pedírselo ella y tuvieron un hijo al cual llamaron Ulises. Ulises tenía la paciencia de su padre y el impulso y la energía de su madre, a todas horas siempre estaba preguntando a su padre la forma en que conoció a su madre. Se quedaba ensimismado escuchándole y preguntándose qué diablos hubiera sido de su padre si no hubiera tropezado con el dichoso cubo. Una vez incluso se atrevió a preguntárselo a su padre y Ramiro le respondió que sólo Dios sabe lo que una persona huidiza del compromiso y desprovista de sensibilidad ante el mal ajeno podría haberle hecho a este mundo... sólo Dios lo sabe.

<<Vaya que si lo sabía, como que esa es la única cualidad que me diferencia de ellos, que yo sé los posibles efectos de la historia con todos los personajes mientras que vosotros sólo tenéis un personaje al que ni siquiera podéis prever>>.

Epílogo:

De lo que una persona desprovista de sensibilidad y huidiza del compromiso le podría haber hecho a este mundo.

Ramiro habría ido por la carretera tal día como en el que Ulises le hizo aquella pregunta y al que por supuesto no conocería, pues nunca habría llegado a una relación con Andrea. Habría ido muy cansado después de llevar a un cliente hasta casi la otra punta del país y se habría encontrado un coche volcado al lado de un arcén, por supuesto no se habría parado a ayudar a aquella gente (cosa que por otro lado sí hizo estando con Andrea) y no habría llegado a tiempo nadie para salvar a aquel pequeño que agonizaba (aquel pequeño a Ramiro le recordó mucho a su hijo Ulises), ese pequeño habría muerto, ese pequeño no habría

llegado a tomar decisiones (como por otro lado hizo) que cambiarían la forma de comportarse en el mundo y que supondrían una nueva forma de solidaridad blindada contra cualquier presión interesada.

Juan Carlos Jiménez Moreno

Detalle 2:LA LUNA EN EL POZO

Para un viajero como él aquel pueblecito no era más que uno de los tantos del camino, hecho un poco más real por la circunstancia de tener que pasar una noche en él. El cadí del lugar, siguiendo las enseñanzas del Profeta, dio acogida en su casa a los humildes viajeros de la compañía. Un grupo de italianos en un pueblo musulmán despertaba la curiosidad lo bastante como para vencer los recelos.

Los invitados fueron agasajados y cenaron opíparamente. A cambio de la hospitalidad, sus hospedadores sólo pidieron relatos de las lejanas tierras de donde venían. E, igual que curiosos, se mostraban orgullosos de sus secretos y compartieron uno de ellos, tal vez el más antiguo, con el viajero. Los demás miembros de la compañía se habían acostado, pero él, deseoso de charlar, se quedó acompañando al buen cadí, bajo la luz de una brillante luna llena.

El cadí lo llevó por todo el pueblo, en un perezoso paseo que los condujo hasta el hermoso pozo de cerámica que abastecía de agua a todo el pueblo.

-¿No es bello? -le preguntó sin dudar la respuesta.

-Mucho- respondió sinceramente el viajero-. En su fondo se refleja la Luna -apuntó como una curiosidad.

-Te equivocas -le replicó el musulmán-. No es el pozo el que refleja la Luna, sino el cielo el que refleja el pozo. La Luna está encerrada en el fondo del pozo y, sólo por la noche, su brillo se refleja en el cielo oscuro. Por eso este pozo no puede ser tapado, porque entonces la Luna nunca más aparecería en las noches.

El viajero estuvo a punto de replicar divertido. "Eso es una estupidez. Todo el mundo sabe que la Luna está en el cielo, no en el fondo de un pozo. Yo mismo te mostraré que si se tapa el pozo la Luna sigue luciendo en el firmamento", habría dicho. Pero no lo hizo. Leyó en el rostro del cadí una especie de sonrisa inteligente. También el musulmán sabía que era una leyenda, que era una falsedad. Pero no

dejaba de ser hermosa. ¿Por qué habría de ser mejor creer que la Luna reposa en el firmamento que en el fondo de un pozo? Así que calló y devolvió la sonrisa cómplice a su nuevo amigo.

Concluyeron el paseo y se fueron a dormir. El amanecer llegó pronto, demasiado pronto para el viajero. Todos sus compañeros se levantaron y lo despertaron para marcharse. Su amigo el cadí los fue a despedir. Pasaron junto al pozo y el viajero bebió de su fresca agua. Por la mañana no podía verse la Luna en su fondo, pero eso no significaba que no estuviera allí igual que en los corazones de aquella gente. Poco después, el grupo de mercaderes abandonaba aquel pueblo que poseía la Luna.

## CÍRCULOS

-Doctor Espinosa, acaba de ingresar un nuevo paciente. Si quiere verlo está todavía en la sala de espera con su familia.

-Por supuesto -dijo Espinosa alzando la vista de un informe para encontrarse con las generosas formas de la señorita López.

Casi siempre le sucedía lo mismo cuando aquella mujer lo llamaba. Tal vez debería de replantearse la política de tener como secretaria personal una enfermera de tan buen ver. Por un lado era un atractivo de cara a los clientes de la clínica, pero, por otro, aquella exuberancia casi siempre descentraba al pobre doctor, aún demasiado joven para no saber apreciar la belleza.

Espinosa se puso la bata blanca para dar buena imagen y siguió las caderas de la señorita López contoneándose hasta la sala donde esperaba el nuevo interno. No tuvo ninguna duda acerca de cual era el paciente a ingresar. En la sala había tres personas: una mujer joven llorando, un hombre de mediana edad muy serio y un joven con barba de varios días, despeinado y con grandes ojos alucinados que miraban a ninguna parte. Espinosa se puso serio para tal circunstancia y se aproximó a los clientes.

-Al parecer el señor Velarde lleva unas semanas totalmente ausente y su familia está preocupada incluso por su integridad física -le susurró al oído la señorita López-. El caballero serio es su padre y la joven su esposa.

Espinosa asintió y se aproximó al señor Velarde padre. Estrechó su mano como si estuviera dándole el pésame y le habló con un tono sorprendentemente jovial con el que pretendía infundir ánimos a la familia del paciente.

-Pueden estar seguros de que atenderemos a su hijo del mejor modo posible y haremos todo lo que esté en nuestras manos para lograr su completa recuperación. Ahora, si no le importa, me gustaría que me hablase de su hijo, su enfermedad, los médicos que lo han tratado y quién les aconsejó acudir a nosotros.

El señor Velarde comenzó a hablar de las enormes cualidades naturales que residían en la persona de su hijo, de lo tristes que habían quedado todos y, mientras, Espinosa se dedicó a asentir con la cabeza apenas sin escuchar, observando al loco que mascullaba concentradamente palabras ininteligibles. El señor Velarde pareció centrarse en la causa de la locura de su hijo y Espinosa procuró prestarle más atención.

El señor Velarde abrió un portafolios en el que Espinosa no se había fijado y de él extrajo un pequeño libro de pastas amarillas. Al momento, los ojos de su hijo se iluminaron y trató de abalanzarse sobre el pequeño volumen. Su mujer lo sujetó y el paciente, tras estremecerse violentamente durante un instante, pareció calmarse y volver a su mundo interior. El padre entregó cuidadosamente, casi con prevención, el libro al doctor Espinosa, quien lo aceptó un poco extrañado e interrogando con la mirada a aquel buen hombre.

-Doctor -dijo el padre del loco-, creo que este libro es el culpable del estado de mi hijo.

Espinosa se encogió imperceptiblemente de hombros y su interlocutor se apresuró a justificar sus palabras. Por lo visto, su hijo era muy aficionado a la lectura y frecuentaba las tiendas de libros de ocasión, libros antiguos o curiosidades bibliofílicas. Su casa siempre había estado llena por cientos de volúmenes. Había un acento de orgullo en el tono con que hablaba de la erudición de su hijo. En una de aquellas tiendas había encontrado el pequeño libro amarillo. Parecía un libro vulgar, pero su hijo se había obsesionado de tal modo con él que no quería desprenderse de su nueva adquisición y lo leía y releía con avidez y ensimismamiento. Hasta tal punto llegó su obsesión que,

progresivamente, no respondía a las llamadas de atención de su familia, había dejado de trabajar y casi de comer, hasta acabar limitándose a deambular por la casa leyendo y, aparentemente, meditando. Finalmente, se había postrado en el lecho, mirando hacia el techo de la habitación con ojos vidriosos. Tal era la preocupación de su familia que acudieron con él al médico, casi arrastrándolo, buscando una explicación y una solución a sus males. Los médicos habían coincidido en que su problema no era físico sino mental y les habían recomendado la ayuda psiquiátrica. Tras visitar a algunos especialistas, les habían recomendado la clínica y, en una visita previa, el doctor Arteaga los recibió y les aconsejó el ingreso.

Espinosa no tenía noticia de lo de Arteaga, el cual se encontraba de vacaciones, pero simuló haber recordado el caso repentinamente:

-Por supuesto, señores. No lo recordaba, pero Arteaga me lo comentó poco antes de marcharse de viaje. Creo que su hijo padece de algún tipo de psicosis obsesiva. Por alguna razón ha convertido ese inocente libro en un fetiche que le da seguridad, pero dudo de que sea la causa de sus males. Han hecho bien en traerlo a nuestro centro. Utilizaremos las técnicas y terapias más avanzadas para que su hijo, su marido -dijo a la mujer llorosa-, recupere la salud.

-¿Usted cree que se curara? -preguntó la mujer interrumpiendo su llanto para mirarle con ojos esperanzados.

-Nunca se puede asegurar, pero creo que es bastante probable. Por el momento lo más interesante para todos será efectuar el ingreso de su hijo. La señorita López rellenará el formulario. Yo tengo que proseguir con mi trabajo, pero nos veremos en otro momento. Sin duda, tendré que hablar con ustedes para que me proporcionen información detallada sobre el caso. Ha sido un placer.

Espinosa estrechó nuevamente las manos de los clientes y golpeó sonoramente el hombro del paciente con autosuficiencia, para infundir renovada confianza en la familia. A continuación se marchó de la sala. No tenía nada verdaderamente urgente que hacer, pero siempre se las arreglaba para escapar del aburrido trabajo burocrático. Lo suyo era la psiquiatría, que practicaba con mayor o menor soltura, y las relaciones públicas, en las que era un auténtico maestro. Había

comprobado durante los años que llevaba en la clínica que para muchos clientes eran más importantes la confianza y la buena imagen del centro que el hecho de que sus familiares o amigos terminaran recuperándose. En verdad Espinosa no sabía si aquel pobre muchacho sería capaz de salir de su obnubilación, pero confiaba en que al menos existiría esa posibilidad de curación.

Espinosa volvió a su despacho y se puso a leer por encima el informe de otro paciente de la clínica. Sin darse cuenta se quedó dormido dando una cabezadita. En sólo unos minutos apareció en sus sueños la despampanante señorita López bastante ligerita de ropa que se sentaba sobre sus rodillas y empezaba a hacerle proposiciones y caricias indecentes. Espinosa se estaba excitando y, de repente, se abrió una puerta y apareció su mujer con una pistola en la mano, la cual, después de llamarle degenerado, se aprestó a encañonarles a los dos. En ese momento Espinosa se despertó sobresaltado. Agitó la cabeza para desperezarse y se frotó los ojos. Comprendió que todo era un sueño y se alegró de no creer en el psicoanálisis e ignoró las escabrosas implicaciones que alguien podría extraer de su sueño. Se dio cuenta de que todavía llevaba puesta la bata blanca. Al quitársela, notó un peso en el bolsillo izquierdo. Era el librito amarillo del último ingresado. La señorita López ya habría acabado con el formulario y habría despedido a la familia. Sin saber cómo, aquel ejemplar se había deslizado en su bolsillo. Espinosa lo dejó sobre el escritorio y colgó la bata en la percha.

Cuando se volvió a sentar fijó su mirada, por un momento, en el viejo informe, pero no tuvo ánimos para proseguir su deprimente lectura. "¡Qué poca profesionalidad, Benito!", se dijo bromeando. "En el fondo no tienes ninguna voluntad de servicio, te has metido a esto por el dinero", se recriminó, como otras veces, divertido por su ocurrencia. Volvió los ojos al librito. Aquel señor Velarde se lo había entregado como si fuera un objeto apestado y él no le había prestado atención. Se lo habría guardado inconscientemente y ahora la familia del loco estaría preguntándose dónde habían puesto el libro. Quizá recordaban que lo tenía el doctor Espinosa y eso los tranquilizaba. "¡Pobrecitos!", se dijo Espinosa observando la portada del librito. El título de aquel volumen era, ciertamente, sugerente: *Los círculos viciosos*. Un título así podía esconder en sus páginas casi cualquier cosa.

Espinosa, aburrido como estaba, jugueteó con el libro entre sus manos. Era un librito encuadernado en rústica, con sus tapas de cartón amarillo y unas doscientas páginas igualmente amarillentas. El libro estaba muy manido, como si alguien, quizá varias personas, se hubiera dedicado a su estudio durante mucho tiempo. Espinosa se preguntó quién podría haber escrito aquella cosa. En la portada, sobre el título, aparecía el nombre borroso de un posible genio ignorado: Arsenio Campanello. ¿Argentino, italiano? Daba igual. Espinosa se preguntó qué interés podría haber tenido aquel librito para el nuevo paciente. Quizá el simple hecho de ser un volumen raro, no en vano coleccionaba libros. Aquel en particular tenía todo el aspecto de ser un ejemplar poco común, posiblemente se trataba de una edición limitada, tal vez costeada por el propio sufrido autor don Campanello e impresa en una miserable imprenta arruinada. A lo mejor Velarde ya estaba loco cuando se lo compró. ¿Quién podía estar interesado por un libro semejante?

Por simple curiosidad, Espinosa abrió el libro por la primera página. Ni siquiera venían la fecha de la edición ni el lugar de impresión. En la página siguiente el señor Campanello había deslizado una dedicatoria seguida de lo que consideraba, sin duda, una máxima de veracidad absoluta. El libro estaba dedicado "*al doctor Gaspari a quien tanto debo*", un maestro sin duda tan conocido como el aventajado discípulo y a continuación venía aquella frase definitiva: "*las grandes ideas permiten divagar sólo hasta que se vuelve a ellas por todos los caminos*".

-Vaya -decidió Espinosa-, se trata de un maravilloso libro de filosofía- exclamó en voz alta sin ocultar un tono de burla.

Divertido, Espinosa pasó una página más y leyó el título del primer capítulo: "La entrada a los círculos viciosos". Sonaba tan divertido como estrafalario. Espinosa imaginaba en aquellas páginas multitud de razonamientos estrambóticos en apoyo de alguna loca filosofía inventada por el autor o tal vez por su maestro. Espinosa pasó todas las páginas del libro de seguido, comprobando que el autor no se había permitido deslizar espacios blancos entre los interminables párrafos de su magna obra. En la última página vio un índice en el que se reflejaba el título de los cuatro capítulos que constituían el libro. "¡Qué espanto!", se dijo, "¡Capítulos de cincuenta páginas!"

Los títulos de los cuatro capítulos eran todos igualmente ingeniosos. Tras el primero, venía un segundo cuyo título era "Dentro de los círculos", el tercero se llamaba "La obsesión de los círculos" y el cuarto, quizá el título más conseguido, era "Imposibilidad de escapar de los círculos".

En aquel momento se abrió la puerta y entró al despacho la señorita López. Una imagen de la enfermera, sentada sobre sus rodillas como en el sueño, se formó en su imaginación. La enfermera se estiró la corta falda del uniforme tratando de cubrir la parte superior de sus perfectos muslos.

-Los señores de Velarde ya se han ido -le dijo, un poco incómoda por la mirada penetrante que el médico había dirigido a sus piernas-. ¿Quiere ver el formulario?

-No, no es necesario. Puede usted guardarlo en el archivo.

-Sí doctor -replicó la enfermera y salió al compás de sus nalgas temblorosas.

La señorita López tenía otra cualidad: era tan eficiente como bonita. Espinosa suspiró sonoramente y, con una sonrisa, volvió al fascinante libro de tapas amarillas. Nunca imaginó que aquella piltrafa contuviera tanta diversión. Volvió a la primera página y, como un juego, inició la lectura del primer capítulo, simulando en su imaginación que una poderosa voz de catedrático declamaba sólo para sus oídos la insospechada sapiencia encerrada en ese pozo de sabiduría.

Los primeros párrafos le hicieron soltar una pedorreta de desaprobación. El autor realizaba una introducción al tema de su libro en la que se refería al interés que los círculos viciosos habían despertado en la humanidad desde su más remota antigüedad. Campanello hablaba de la fascinación de los hombres primitivos hacia los ciclos celestes a los que atribuían carácter mágico, hablaba de la importancia de las repeticiones en distintas religiones y mitologías, haciendo especial mención al valor del siete en el pensamiento hebraico, mencionaba casi de pasada algunos mitos griegos como el de Prometeo encadenado cuyo hígado era devorado una y otra vez por aquel pajarraco asqueroso. Espinosa se sentía un poco defraudado por la lectura. La verdad es que era más interesante de lo que había supuesto y por eso mismo le había desilusionado. Se trataba, al parecer, de un libro más o menos serio, un

ensayo de alguien que no parecía loco. Espinosa hubiera preferido que contuviera toda la serie de patochadas inverosímiles que él había imaginado; de ese modo habría resultado mucho más entretenido. No obstante, prosiguió la lectura, sin poderse negar que el tema del libro había despertado su curiosidad.

Después de algunos ejemplos mitológicos, literarios y hasta cinematográficos, el señor Campanello daba el tan esperado salto al vacío y afirmaba con seriedad y vehemencia que "*siguiendo los pasos de su maestro, el autor de este libro ha conseguido desvelar los misterios de los círculos viciosos más allá del simple juego intelectual*". Aquel comentario devolvió la alegría a Espinosa. Posiblemente el libro, finalmente, iba a conseguir divertirlo de veras. Casi le parecía lógico que alguien llamado Campanello y escribiendo un libro con aquel título debía de ser una persona un poco zumbada.

Afirmando, para deleite de Espinosa, que su libro era un tratado no sólo filosófico o psicológico sino metafísico, el señor Campanello se introducía en el meollo de la cuestión. Según él, el concepto de los círculos viciosos como repetición de los hechos hasta la saciedad debido a que los unos llevaban indefectiblemente a los que les habían dado origen había sido contemplado como un mero juego intelectual o un fenómeno que en la realidad aparecía de un modo restringido. En cualquier caso, aquella idea que había acompañado al hombre durante toda su historia, proporcionándole diversos entretenimientos no sin ciertas inquietudes, era una idea que no había sido estudiada ni explotada completamente. El autor, por supuesto, pretendía desvelar los misteriosos y complejos procesos mentales que podían conducir a los verdaderos círculos viciosos, tal vez sin reflejo en la realidad exterior, pero perfectamente válidos para la mente humana.

Hasta ahora el libro le sonaba a Espinosa medianamente coherente, con ese aire de pseudocientifismo que las sectas saben darle a sus creencias. Espinosa estuvo tentado de dejar el libro y proseguir con su trabajo como única alternativa posible, pero, como esa alternativa le resultaba deprimente, prosiguió con el librito esperando que la cosa mejorase.

Para su desgracia, el nivel de alucinación del autor no aumentó con el paso de las páginas. Al menos la introducción pretendía ser seria

dentro de su estilo y las locuras se limitaban a las premisas que el propio autor consideraba. Sin embargo, Espinosa intuía en aquel libro algo más que no podía explicar. La lectura era especialmente amena y atractiva, aunque el tema se había hecho más arduo que en su inicio, e invitaba al lector a proseguir página tras página. Espinosa supo que fue el propio libro y no su pereza lo que le había impedido dejar la lectura y ponerse a trabajar.

Espinosa miró el reloj. Sin apenas darse cuenta, había pasado más de una hora holgazaneando con el libro. No sintió remordimientos. En cualquier caso no había mucho trabajo. Después del breve lapsus mental, Espinosa volvió al libro. No se podía negar a Campanello una cierta habilidad para exponer sus ideas. Casi al final de la introducción, que constituía casi la mitad del primer capítulo, el autor introducía una nueva frase concluyente: "*el objetivo del presente libro es establecer los procesos que conducen al círculo vicioso intelectual y, para ello, a continuación se ejemplificará el mecanismo con la introducción de una idea fija sobre la que atraer la atención del lector de modo que sus líneas de razonamiento le obliguen a retornar inevitablemente al pensamiento de origen*". Aquella frase tenía todo el aspecto de un desafío y atrajo aún más la atención de Espinosa. El libro era, sin duda, curioso. El autor no se limitaba a exponer sus sutiles razonamientos e ideas sino que pretendía demostrar como ciertas sus conclusiones. Nunca lo hubiera esperado de un tipo como Campanello, todavía un loco razonable según el juicio de Espinosa, pero pretendía someter sus ideas a algo semejante al método científico. Intrigado, pero desconfiando de lo que Campanello pudiera considerar pruebas, Espinosa prosiguió leyendo el libro, dispuesto a desvelar, cuando menos, aquel misterio inicial de la idea fija.

El autor pareció olvidar de golpe toda su introducción y se lanzó a la estructuración de su idea fija de modo instantáneo. Tras su auto de fe y la promesa de la prueba, Campanello dedicó apenas dos breves párrafos a introducir lo que él había llamado la idea fija sobre la que construiría el círculo vicioso. En conjunto se trataba de un razonamiento simple y aparentemente inocente que podía resumirse, sin perder prácticamente nada de su fundamento, en un sencillo silogismo. Espinosa

decidió que el desafío de Campanello parecía más interesante de lo previsto.

El psiquiatra seguía embebido en su lectura, afrontando los párrafos finales del primer capítulo: "La entrada a los círculos viciosos", sin darse cuenta del paso del tiempo, cuando la enfermera López volvió a interrumpirle:

-Doctor Espinosa, el paciente de la habitación treinta y cuatro parece estar de nuevo en crisis y está pidiendo a gritos que vaya usted a hablarle. Ya sabe la fijación que tiene el señor Moreno con su voz.

Esta vez el doctor Benito Espinosa no se fijó en las portentosas formas de la señorita López. Tuvo que reprimir su irritación por aquella interrupción y se obligó a decirle a la señorita López, con la voz más dulce que supo, que enseguida acudiría a la llamada. Pidió a la exuberante enfermera que fuera a tranquilizar al paciente y, cuando la enfermera se marchó, tuvo que ejercer una gran fuerza de voluntad para dejar el libro amarillo sobre la mesa, ponerse la bata y salir al corredor. El doctor Espinosa suspiró y esbozó su más cálida sonrisa para enfrentarse a la crisis del señor Marcelino Moreno, asiduo ocupante de la habitación treinta y cuatro.

En la habitación vio a la señorita López sentada en la cama de Moreno. El paciente tenía los ojos rojos de llorar y apoyaba la cabeza sobre el abundante seno de la enfermera, en un gesto que Espinosa consideró bastante alejado de la locura.

-Señorita López, puede usted marcharse.

La enfermera apartó al señor Moreno, que al abandonar aquel comprensivo pecho comenzó a llorar de nuevo desconsoladamente, y se quedó de pie en la habitación, deseando observar nuevamente las sutiles maniobras con que el doctor Espinosa se conducía ante aquel alucinado.

El doctor Espinosa se sentó en el lecho de Moreno y procuró tranquilizarle con su voz más dulce y templada. Se dio cuenta de que su cabeza estaba en otras cosas porque el señor Moreno tardó en prestarle su atención y aún más en calmarse, cuando en otras ocasiones su simple voz, al margen de lo que dijera, relajaba al paciente casi instantáneamente.

-¿Se encuentra ya mejor, Marcelino? -preguntó el doctor tras casi veinte minutos de cháchara hueca.

-Sí doctor -dijo el paciente con voz fingidamente infantil-, pero que se quede la enfermera.

El doctor miró resignadamente a la señorita López y se levantó del lecho. La enfermera, un poco fastidiada por la idea de quedarse, le susurró al oído que esta vez la crisis había sido más fuerte, aunque Espinosa intuyó que, en el fondo, quería decir que la habilidad del médico había sido menor que la acostumbrada.

La enfermera volvió a sentarse junto a Marcelino y dejó que este posara su cabeza en su pecho. La señorita López despidió al doctor Espinosa asegurándole que le llamaría si el problema se acuciaba y se quedó mirando al techo pensando seguramente algo semejante a "¡Qué cruz, Dios mío, qué cruz!". Espinosa salió del cuarto con otro pensamiento diferente: "Degenerado sobón de mierda". Se fue sonriendo a su despacho y su sonrisa duró mientras se quitaba la bata y la depositaba en el perchero. Sólo se borró cuando se sentó ante el escritorio y volvió a coger entre sus manos el libro amarillo. Miró nuevamente la hora y se dio cuenta de que pronto anochecería, pero aún no sentía deseos de cenar. La noche era larga, sobre todo si era una noche de guardia en la clínica.

Espinosa retomó la lectura en la página anterior a la última que había leído, pretendiendo recuperar el hilo del curioso razonamiento del señor Campanello. El autor había expuesto su idea fija unas cuantas páginas atrás y ahora decía que había que desarrollarla hasta obtener el pretendido círculo vicioso. Para ello pretendía describir las implicaciones que su idea contenía así como exponer las numerosas vías de razonamiento que podían derivarse de su breve aserto. Pero eso era tema, esencialmente, de su segundo capítulo.

El doctor Benito Espinosa concluyó el primer capítulo y tuvo la fuerza de voluntad suficiente como para abandonar su amena lectura y volver al insípido informe de marras. Fue capaz de leerlo hasta el final, pero sin prestarle excesiva atención, y no tuvo más remedio que satisfacer la curiosidad que lo apremiaba y abrir el libro de Campanello por la página cincuenta y tres, lugar donde comenzaba el capítulo segundo: "Dentro de los círculos".

Con meticulosidad, el autor procedía en el segundo capítulo a desarrollar todas las posibilidades que su sencilla idea planteaba. Con

bisturí de cirujano, Campanello exponía los sutiles razonamientos que podían derivarse de su argumento inicial. Adelantándose a lo que el lector, en este caso Espinosa, pudiera pensar, Campanello establecía nuevas líneas de pensamiento, cortando todas sus posibles salidas y haciéndolas retornar, indefectiblemente a la idea inicial.

Espinosa, ya no podía negarlo, se sentía atrapado por la inocente perfección de aquel libro. El razonamiento de Campanello lo mantenía amarrado a la lectura, pendiente de cualquier nuevo descubrimiento del autor, deseando conocer todas las implicaciones de la sencilla idea original.

Inconscientemente, encendió la luz del escritorio. La noche había caído ya, pero el doctor Espinosa no sintió ningún deseo de retomar sus posibles obligaciones. Casi sin darse cuenta, sin una sola pausa, Espinosa fue avanzando trabajosamente por el segundo capítulo, sorprendiéndose a cada nuevo párrafo de la enorme riqueza que encerraba el sencillo desafío que Campanello había arrojado en forma de unas breves frases. Aquel asunto, aparentemente nimio, con el que comenzaba su disertación se había transformado en una enorme construcción intelectual que se apoyaba en aquel breve silogismo, como una torre sobre la cabeza de un alfiler. El equilibrio, lejos de ser precario, estaba perfectamente justificado y Espinosa, fascinado por la magia del pensamiento expuesto, se preguntaba tan sólo cómo sería posible para el autor cerrar el círculo que había abierto, aunque a estas alturas estaba plenamente convencido de que lo lograría y de un modo verosímil.

La lectura ya no era una broma, sino un asunto de suma importancia que debía ser resuelto sin dilación para que el lector pudiera recobrar la paz espiritual que aquel razonamiento, en su desarrollo, había removido en sus cimientos. Espinosa apenas sintió abrirse la puerta y entrar a la señora Paqui, la enfermera de noche.

-Buenas noches, doctor -saludó amablemente la buena mujer-. El paciente nuevo, el señor Velarde, pasó toda la tarde intranquilo y ahora lleva toda la noche paseando frenéticamente por su cuarto. He pensado que tal vez necesitaría un sedante.

Espinosa alzó una mirada rubicunda de su libro. Vio ante sí a la señora Paqui, la simpática enfermera entrada en años del servicio

nocturno, pero su mirada no se dulcificó. Casi sin pensarlo, gruñó a la enfermera que lo dejase en paz, que estaba muy ocupado y que hiciera lo que le viniera en gana. La enfermera, asustada y pálida por tan inesperada reacción, salió del despacho y cerró con sumo cuidado, diciéndose que, por alguna razón, el doctor Espinosa había tenido un día especialmente malo.

Espinosa prosiguió con su lectura hipnotizante. No podía abandonar el libro y la única salida era concluirlo. Retomando el hilo de los pensamientos de Campanello, Espinosa se encontró con una nueva fase en su razonamiento: ahora Campanello admitía que todas las líneas de pensamiento derivadas de su idea, al menos todas aquellas en que había podido pensar, estaban expuestas. Sólo restaba demostrar que aquellas líneas conducían inequívocamente y sin exclusión a la idea fija primaria que las había dado origen. Así pues, el autor pretendía cerrar el círculo tal como esperaba, ansiosamente, Espinosa, el cual devoró frenéticamente las últimas páginas del capítulo para hallar con sorpresa que, a la vuelta de una hoja, se alzaba el título del capítulo tercero: "La obsesión de los círculos".

Espinosa no se detuvo a descansar, ni siquiera para cenar. Se lanzó a la lectura del prometedor capítulo tercero, en cuyos párrafos iniciales el autor proclamaba con vehemencia que "*en esta tercera parte de mi obra demostraré al lector que todas las líneas de pensamiento se encuentran cerradas sobre sí mismas de vuelta a la idea original, lo cual, dado el carácter de los círculos viciosos, provocará no pequeña inquietud en el lector hasta el punto de que pueda sentirse obsesionado por buscar una imposible vía de escape a nuestra sólida construcción*".

Espinosa dudó un momento antes de proseguir, pero ya era demasiado tarde para detenerse. Aquellas frases de Campanello suponían una especie de amenaza. El psiquiatra vio ante sí la imagen del nuevo paciente, el señor Velarde, y recordó el poder de la obsesión para trastocar la mente. Creía a Campanello cuando anunciaba aquel mal, pero su ansiedad por ver la resolución del problema era tan grande que sólo podía avanzar y esperar que la conclusión del libro despejase sus dudas y tranquilizase su espíritu.

Con la misma sutileza con que había desplegado las múltiples ramas de su árbol, Campanello procedía en su tercer capítulo a podar las

vías muertas y unir las ramas válidas con la visible intención de reducirlas a un sólo tronco que, según había planteado anteriormente, no podía ser otro que su argumento inicial. A estas alturas de la fascinante lectura, la reducción de aquel edificio de ideas a una sola idea simple producía en Espinosa un vértigo y una insatisfacción que no estaba dispuesto a aceptar. Aquella reducción parecía antinatural y sonaba irracional, pero el autor la efectuaba con sólidos e inapelables argumentos que amenazaban con la llegada a la mísera semilla inicial. Cerrar el círculo suponía, tanto para el autor como para el lector que avanzaba ciegamente por los procesos mentales del creador, reducir la existencia, con toda su variedad y riqueza, a un humilde concepto de simplicidad miserable, algo que los esquemas mentales del doctor no estaban dispuestos a admitir sin pérdida de buena parte de su solidez estructural.

Pasando de la fascinación al espanto, Espinosa contempló como Campanello era capaz de reducir las innumerables vías a una sola, como todos aquellos pensamientos aparentemente irreconciliables podían ser fundidos en una sola idea básica que los encerraba y como los razonamientos diametralmente opuestos adquirían, bajo la sabia dirección del maestro Campanello, un significado idéntico observados a través del prisma adecuado que siempre encontraba la pluma del autor.

Espinosa se esforzaba por encontrar argumentos con que rebatir los del autor, pero sin hallarlos. La construcción era, efectivamente, sólida, aparentemente inmune a cualquier tipo de ataque intelectual. Al lector no le quedaba otro remedio que aceptar las razones expuestas y contemplar aterrado como las páginas del libro caían una tras otra hasta el terrible resultado final: Campanello, sin una fisura en su edificio, sin un resquicio visible por el que atacar su razonamiento, había cerrado el círculo. Espinosa se sabía desesperadamente perdido.

No se dio cuenta de que la luz del alba comenzaba a elevarse sobre el horizonte y se derramaba por el despacho a través de la ventana. La lámpara siguió encendida. Tampoco se apercibió de la entrada de la señorita López, tan exuberante como siempre, acompañada de la señora Paqui como fiel testigo de la locura del doctor. Las dos enfermeras salieron inmediatamente del despacho buscando

cualquier posible consejo o ayuda sobre qué hacer con el pobre doctor. Espinosa sólo tenía ojos, agotados igual que su cerebro, para la lectura de aquel maldito libro amarillo. El doctor vio apesadumbrado que concluía la última página del tercer capítulo y debía enfrentarse al desconsolador título del cuarto: "Imposibilidad de escapar de los círculos".

El cuarto capítulo resultó ser desesperanzadoramente minúsculo y ocupaba poco más de diez páginas, las últimas del libro. Espinosa leyó sin parar y no se dio cuenta de los golpes en la puerta ni de la entrada de la señorita López acompañada de dos recios celadores. Para entonces, Espinosa ya casi había concluido la lectura y presentaba un aspecto tan ausente como el del último paciente ingresado, el señor Velarde.

-¡Doctor! -gritó la señorita López sin que Espinosa se diera cuenta-, ¿qué le ocurre, doctor?

A una seña de la señorita López, los dos celadores rodearon al doctor Espinosa, dispuestos a sujetarlo si mostraba algún tipo de resistencia.

-No comprendo lo que le habrá podido suceder -murmuró la enfermera, esbozando un rostro de angelical inocencia.

El doctor Espinosa seguía embebido en su lectura. Las últimas páginas del libro no añadían nada nuevo a la obra. Campanello se limitaba a convencer al propio lector de que en las páginas anteriores había conseguido centrar su mente en un único pensamiento obsesivo del que no podía escapar. Espinosa no necesitaba que nadie se lo dijera. Sentía que en su cabeza las ideas habían dejado de bullir. Todas menos una que llevaba su cerebro por unos férreos raíles de los que le era imposible escapar, unos raíles que debía seguir una y otra vez recorriendo una circunferencia que lo llevaba en cada ocasión hasta el mismo punto de origen.

Espinosa se preguntó si aquello era la locura. Se dijo que no. Era consciente de su obsesión y de su retraimiento del mundo exterior, pero no le parecía simple locura sino una necesidad. Podía pensar en otras cosas, razonar, pero lo consideraba una pérdida de tiempo. Su máximo interés, el objetivo de su vida, era desentrañar el misterio de aquel espantoso círculo vicioso. La verdadera locura sería aceptar que el

círculo estaba cerrado, debía existir una salida para escapar del razonamiento que se encerraba sobre sí mismo, pero, por más que pensaba, no hallaba escape, siempre volvía al punto inicial. Con lágrimas en los ojos, leyó el último párrafo del libro de Campanello: "*Con esto queda demostrada mi teoría sobre la creación de círculos viciosos. En este momento el lector se encuentra preso del razonamiento circular que me he dedicado a construir y, siento decirlo, es imposible escapar de él. El círculo ha sido completado*".

El estilo aséptico e impersonal del autor parecía una nueva broma. Espinosa cerró el libro preguntándose si se le habría escapado algo en la lectura, si la salvación no se encontraría escondida detrás de una frase inocente dentro de aquel enorme edificio para el que no hallaba fisuras. Entonces se dio cuenta de la presa de unos recios brazos sobre los suyos. Vio a la señorita López y a los celadores. Quiso decirles que no estaba loco, quiso pedirles ayuda, pero no lo hizo. Aquellas breves pausas de su pensamiento para divagar acerca de otras cosas ya eran suficiente derroche, una innecesaria pérdida de tiempo dentro de su único pensamiento importante: la ruptura del círculo.

-Tráiganlo conmigo -dijo la señorita López exhalando un triste suspiro.

Los dos celadores levantaron a Espinosa de su asiento. El médico no opuso ninguna resistencia, pero se aferró al librito amarillo con desesperación, estrechándolo contra su pecho, intuyendo que debía volver a leer el libro, deseando que existiera una falla en el razonamiento de Campanello.

Los celadores lo llevaron a una habitación y lo echaron sobre una cama. Mientras lo sujetaban, la señorita López le puso una inyección analgésica para que durmiera. Espinosa no se movió del lecho y, sin quererlo, se quedó profundamente dormido.

Cuando despertó, se sintió perdido por un instante. Miró a su alrededor y vio a los dos celadores. Con mirada ansiosa recorrió la habitación. Sus ojos se posaron en la mesilla junto a la cabecera de la cama. Allí reposaba el pequeño libro amarillo de Campanello. Espinosa se lanzó sobre el tratado de los círculos y, aferrándolo con desesperación, lo estrechó contra su pecho, buscando seguridad en su mente perturbada.

No habló. No había tiempo para eso, únicamente para pensar. Tan sólo breves fogonazos acudían a su mente. Velarde no estaba loco. Él tampoco. Los dos buscaban la solución del enigma. Ambos estaban atrapados por Campanello. Pero tenía que haber una salida. Otra alternativa resultaba horrible.

Mientras dormía, la enfermera López había llamado al doctor Mejías, que no tenía guardia aquella noche, y había localizado al doctor Arteaga para que volviera de sus vacaciones e intentara resolver los problemas. Había llamado a la mujer de Espinosa. Por alguna razón, la señora de Espinosa se había mostrado brusca y desagradable con ella, pero, al saber de la repentina enfermedad de su marido, se había presentado casi inmediatamente en la clínica. El doctor Mejías interrogó a la señorita López buscando una explicación para la crisis de Espinosa. La enfermera le refirió lo sucedido el día anterior, un día relativamente tranquilo. Le comentó el nuevo ingreso, la crisis del señor Moreno y la alarma de la señora Restrepo, Paqui, cuando terminó su turno y ambas vieron el inesperado estado de agitación del doctor Espinosa. La señora Paqui, que aún no se había marchado a casa, confirmó después las palabras de su compañera haciendo notar, eso sí, el interés obsesivo del médico por leer aquel pequeño libro amarillo.

No hicieron nada más que suministrarle calmantes hasta que, ya entrada la tarde, apareció el doctor Arteaga, subdirector de la clínica y médico experimentado, con visible gesto de fastidio. Sus subordinados le comentaron el caso y, después de inspeccionar la situación del resto de los enfermos, que resultó normal, se dedicó de lleno a Espinosa. Arteaga había escuchado la historia de los Velarde antes del ingreso y, al oír que Espinosa se aferraba frenéticamente al mismo libro amarillo, pidió a los celadores que se lo quitaran de las manos, lo cual no fue tarea fácil. Espinosa sujetaba el libro como si de ello dependiera su vida, pero, tras una nueva inyección calmante, consiguieron quitárselo. Arteaga supuso, o más bien intuyó, que debía de existir alguna extraña relación, que no sabía explicarse, entre aquel libro y la enfermedad de los dos últimos pacientes: Velarde y Espinosa, aunque imaginó que el desequilibrio del médico debía de ser anterior y su situación actual la explosión de una crisis.

Por el momento, no se pudo hacer mucho más por Espinosa. El doctor Arteaga dejó a la señorita López y un celador a su cuidado, ordenó a Mejías que se encargara del resto de pacientes y él se dedicó a consolar, dentro de lo posible, a Olga, la señora de Espinosa, y a ponerse al día con los últimos informes. Espinosa había escogido el peor momento para caer enfermo: pronto empezaría la temporada de más trabajo y encima le había fastidiado las vacaciones.

Espinosa volvió a despertar pero no se fijo en los que lo rodeaban. Miraba sin ver con sus ojos vidriosos. Pensó por un instante en el libro perdido y casi sintió deseos de llorar. Aquel libro era, posiblemente, su única posibilidad para escapar de su obsesión. Debía encontrar un error que lo sacase del círculo y destruyera el edificio intelectual de Campanello. Sin libro le parecía casi imposible; aun con él lo habría creído improbable. Sin poder evitarlo, se sumió en sus círculos buscando sin éxito aquella salida inexistente. En un momento y como un breve fogonazo surgieron en su mente una duda y una inútil solución al terrible dilema de la locura o aceptar el horror. Una sutil pregunta se deslizó en mitad de sus desesperados razonamientos: ¿Cómo era posible que Campanello hubiera construido su sistema sin verse él mismo atrapado en su círculo? Evidentemente, no cayó preso, puesto que había escrito aquel libro. Espinosa casi sintió deseos de reír, movido únicamente por la desesperación. Sólo cabía una respuesta para aquella pregunta. Evidentemente, el círculo no era perfecto y existía una solución, una salida que, sin duda, Campanello conocía. Por eso Campanello había podido plasmar en el papel su sistema, imperfecto pero sin fisuras a menos que se conociera la salida. Quizá Campanello había construido todo su razonamiento a partir de la solución previamente conocida, como una cruel burla en la que atrapar a los ingenuos lectores de su maquiavélica obra. Espinosa pensó, riéndose sin piedad de sí mismo, que el pequeño libro amarillo estaba incompleto y Campanello, intencionadamente, había dejado sin publicar un quinto capítulo: "La inesperada salida de los círculos", el epílogo necesario para su propia cordura que, sin embargo, habría convertido en imperfecto su sistema.

Tras esta breve pausa y el nuevo, y desconsolador, conocimiento, Espinosa retornó furiosamente a sus cavilaciones, incapaz de escapar al círculo pero con la inútil determinación que le daba el

conocimiento de que, aunque él estuviera ciego para ella, la salida existía, lo cual era esperanzador, si bien poco importante para él.

Aparentemente, no había tratamiento posible para Espinosa, salvo esperar que la crisis pasara por sí sola. El doctor Arteaga no podía hacer otra cosa. Cuando empezó a caer la tarde y volvió a su despacho, dispuesto a descansar de cara a la larga noche que les esperaba a él y a Mejías, ya que ambos había decidido quedarse en la clínica, Arteaga se encontró con el pequeño libro amarillo que le habían quitado a Espinosa. Se dijo, racionalmente, que era imposible que aquel libro tuviera una relación directa con la locura de Espinosa. Sin embargo, movido por la curiosidad, se decidió a ojearlo, pensando que tal vez en sus páginas se incluyera alguna frase que pudiera explicar la crisis repentina del médico, algo que le hubiera recordado cualquier tipo de trauma doloroso. Miró la portada del libro y se encogió imperceptiblemente de hombros al leer el título: *Los círculos viciosos,* por Arsenio Campanello. Ni el título ni el autor le decían nada. Aquel librito podía tratar de cualquier cosa. Casi sin darse cuenta, volvió la página y leyó la dedicatoria. Cuando vio el título del primer capítulo y leyó el párrafo inicial sonrió y prosiguió divertido.

Juan Luis Monedero Rodrigo

Detalle 3:CORRELACIONES

Una mujer viendo la tele. Está sufriendo la terrible telenovela con la que los directivos del canal de turno martirizan a sus televidentes. No es algo habitual en ella. Pero todo el mundo cede de vez en cuando a su curiosidad. Nuestra mujer observa divertida las evoluciones de los insulsos personajes de carácter plano y carita de rosas. No deja de resultar extraño que haya tanta gente normal que convierta a esos bobos en sus ídolos. Los protagonistas son buenos y felices, guapos y listos, o bien feos y malvados, según lo que corresponda. ¡Siempre el mismo engaño! Nuestra mujer se pregunta de dónde se habrá sacado la gente ese tipo de correlaciones. Están muy extendidas. Parece que el guapo de la película ha de ser el bueno, es inteligente pero ingenuo, valeroso y emotivo. Todo virtudes que corren parejas. Y el pobre feo es idiota, o malvado, el malvado es infeliz y debe

perder al final de la película, de la obra o del capítulo. Las reacciones han de ser previsibles y las historias simples y sin complicaciones. ¿Por qué ese empeño en vendernos una realidad falsa? ¿Más hermosa? Nuestra mujer no sabe si es más hermosa. A ella no le gusta. Ella no se parece mucho a esos superhombres de pacotilla que le muestran cada día, pero tampoco es una ruina humana que paga sus crímenes y su estupidez. Quizá es porque a la mayoría de la gente le gusta creer en ese tipo de cosas: lo bello y lo bueno han de ir parejos, la inteligencia sólo trabaja para el bien, belleza e inteligencia están correlacionadas en las personas. ¡Pues no, hijo, no! Las cosas no son tan sencillas, por fortuna. Ella, por ejemplo, no se sentiría capaz de sufrir a un tipo como el guapete de turno de la telenovela. Prefiere a cualquier personaje normal lleno de defectos y virtudes, sin llegar siempre a los increíbles extremos. Esas correlaciones no existen. Hay gente guapa y malvada, fea e inteligente, inteligente y malintencionada. Eso es lo bueno de la vida. O lo malo, se dice de repente, con una ligera sombra de tristeza flotando en torno de su cabeza.

No, se dice nuestra sufrida televidente, posiblemente no existen esas correlaciones de película, pero tampoco existen otras correlaciones. En la mezcla de facetas de cualquier persona no hay una porción fija de virtudes que compensa a otra porción fija de defectos. La gente fea no es lista siempre, ni la gente estúpida goza del privilegio de la felicidad. No, la realidad es que aunque todos, o casi todos, tenemos nuestra porción de virtudes y defectos, siempre hay alguno a quien le toca el premio gordo junto con otro al que le toca una pesadilla. Por eso puede haber personas a la vez bellas, inteligentes, buenas, felices, ricas... y otras que son desgraciadas, estúpidas, malvadas, feas y miserables. Y entonces uno piensa que tal vez, si Dios existe, debía de haber aplicado alguna de esas bonitas correlaciones para igualar a sus criaturas. Aunque en el fondo, mirando la espantosa telenovela, nuestra mujer se alegra de que las cosas no tengan que ser siempre como en esos guiones tan simplones. Al menos, aunque el mundo no sea justo, siempre es mejor eso antes que verse rodeado por miles de personas iguales entre sí, acordes a un patrón de carácter tan plano como el de los protagonistas y los villanos del culebrón de la pantalla.

## DE RANAS & CAMELLOS
(*un bestiario personal*)

Las ranas llueven de abajo arriba, le decía a mi compadre. Esto no lo dice ningún libro. Lo digo yo, que las he visto llover y llegar de un salto a las ramas más altas de esos pinches arbolotes. Veo que usted disiente de quienes clasifican el reino animal, me dijo. Compadre, no veo por qué a fuerzas tiene que ser de un solo modo. Usted dirá. Mire, le dije, yo soy un libre observador. La otra tarde, tumbado en mi cama, miraba un alacrán que andaba en el techo. Pensaba darle con el zapato cuando lo hallara a modo. Pero de repente, ¡¡pas!!, se cayó el muy pendejo. Me puse de pie, no me fuera a picar. Me creerá que no lo encontré. Revolví el cuarto, pero había desaparecido. Entonces apunté en mi bestiario personal, como cualquier ser humano común y corriente aquí o en el pinche infierno: "El alacrán es un animal que cae de los techos, pero no se sabe dónde".

Mi compadre dijo hombre, así que los alacranes también llueven, eso es pura ciencia de lo particular, es pura alta poesía. Compadre, no me estoy justificando, ni crea. Simplemente sigo a mis clásicos. Hallo entre los animales virtudes que no tienen parangón entre los hombres, hábitos inauditos. Cómo la ve. Creo firmemente en mis propios juicios y sospecho de las opiniones extrañas, qué de malo hay, déjeme conocer el mundo a mi manera. Ah, dijo él, eso suena bien chingón. Y entonces le puse un ejemplo. Allá donde vivo. "Anoche vi pasar esa rata que se está comiendo mi costal de grano de maíz", dice una vecina. "Pues yo vi al mapache que se anda comiendo mis gallinas", dice la otra. "Y yo vi al armadillo que me ando queriendo comer", dice la tercera. Pues lo que las tres vieron era un "tlacuache" (único marsupial suramericano, muy feo, feo, feo...) que cruza al anochecer por la barda. Bueno. Pero dígame por qué no había yo de darles la razón a esas tres reinitas, compadre, a las viejas pinches viejas (mujeres) hay que dárselas. Fíjese compita que el otro día me dieron artas ganas de chillar, en un lugar en que obviamente eso era prohibido, ponen unas multas bien grandotas por lloroncito.... y ya no le sigo más porque me pongo muy locote. Y ¿cómo lo resolvió usted compadre?. Pues que me meto a un lugar lleno de libros y gente. No estoy seguro pero al principio pensé:

¿Aquí qué chingados venden?. Ah compadre, es usted un filósofo muy intelectual. No mame, no ve que estoy medio pedo. No le siga, que ya me está enredando todito. Bueno bueno...., respecto a las viejas, a las reinitas.... bueno, que voy a los libros, en ese lugar vendían libros y de eso me di cuenta casi cuatro horas después. ¡Qué compadre tan pendejo tengo! verdá sea de Dios. Pues que me voy a la N por puritita casualidad, ya ve como son las cosas, y que veo a un tal *Nietzsche* y así como si nada que le arranco la página 87 y que me la leo enterita, le digo de lo que me acuerdo: "*...en la mujer todo es un enigma... El verdadero hombre pretende dos cosas: el peligro y el juego. Por eso quiere a la mujer, que es el juguete más peligroso*". Se da cuenta compadre el porqué hay que darle la razón a las viejas.

Salud, compadre. Entonces mi compadre dijo que de la naturaleza humana cada quien puede decir las pendejadas que quiera o lo que es lo mismo barbaridades, no hay quien les pare el alto. Exactamente, le dije. Mire, si aquí nomás. La otra vez un estudiante discutía que el tabú del incesto es el origen de la cultura. Va usted a creer, si eso ya se desmintió en el siglo segundo. ¿En el siglo pasado?. No hombre, en el dos. La sentencia de Elíano debería estar grabada en la puerta de la escuela de biología, muchachos mensos (= que pendejo pero en quedito). Dice: "Nunca se verá que un camello se una a su madre". Ora sí se vació, me dijo, querrá decir "antes pasará un camello por el ojo de una aguja". No compadre, no, a poco es usted tan pendejo como esos estudiantitos, estoy hablando de otro camello.

Es una historia bien bonita y elocuente. No me diga. Pues procede de esta forma. A diferencia de los hombres, los animales no necesitan de signos reveladores o de terceras personas para reconocer que cometen incesto. Ya ve cómo fue con Edipo, que le tuvieron que hacer un desfile de pruebas. Le traen un adivino, dos pastores, un mensajero, bueno hasta le ponen a la madre enfrente. Pues sí, poco despabilado, verdad de Dios. Elíano dice que en cambio los animales se dan cuenta del carácter, ora sí antinatural, de esa unión a través del mero contacto. Aquí entra el ejemplo del camello. A ver, ejemplo:

Cuenta que un camellero cubrió, yo supongo que con una capa, a una hembra totalmente, dejando a la vista solamente los órganos genitales. Claro, en algunas yeguas las ayuntan de ese modo. Trajo

entonces a un camello para que la montara. Pues resulta que el infeliz era el hijo de la camella. El camellito. El camellón. El camellando. Momento. Urgido por el deseo sexual, el animal cubre a la madre. Por el solo contacto se da cuenta de que ha cometido incesto. Ah, ah, a poco. Desesperado, el camello mata a mordidas y coses al camellero, para luego arrojarse a un abismo que había ahí cerca. Cómo ve. No pues está re-bien buena la historia. Oiga compadre y ese abismo de que tamaño era?.

A mí me puede decir que son puras invenciones. Pero este ejemplo se usó para combatir nada menos las invenciones de la tragedia griega. A Elíano todas esas historias que se contaban de la familia de Layo le parecían absurdas y dañosas. Esa historia de Edipo, con tanto recoveco, ¿a poco no parece más inventada que la del camello?. ¿Por qué habríamos de creer una sí y la otra no?. Para colmo se acusa a Edipo de haberse comportado como un animal. Pues no, un animal se comporta mejor, ahí tiene el camello que se dio muerte. Edipo debió haberse suicidado para estar realmente a la altura de los acontecimientos. Pero en lugar de eso, echó la maldición sobre su descendencia y se dedicó a culpar al destino hasta su vejez.

En honor a la verdad, respondió mi compadre, yo nomás he visto los camellos en el zoológico. Dicen que las jorobas se les caen de puritita tristeza. Como a nosotros. Sí señor, ay dolor, salucita. Ah. Mire, le dije. Algunos dicen que el camello es libidinoso y muy enojón. Allá ellos, ¿saben lo que dicen?. ¿Hablan así los beduinos de sus animales de carga?. Ándale ora sí que esa es de campeonato. ¿Hablaba así el Rey mago que fue siguiendo la estrella?. Pues no sé, quién era, ¿era Melchor?, repuso mi compadre.

Le dije entiéndame, para mí en eso consiste la lluvia de las ranas. En que veo las cosas de otro modo y saco mis propias conclusiones. Ah, ahí si que no estoy de acuerdo, respondió, no se pase por el "arco del triunfo" la experiencia de siglos, el conocimiento humano y la razón ordenada. Hombre escúcheme, si no puedo hablar, le dije. Entiéndame que las ranas llueven para arriba por puro amor al conocimiento y a razón pura. ¡Qué!, ¡cuál conocimiento!, ¡cuál razón pura!. Compadre, por favor óigame. Sepa usted que yo estoy en contra del tabú del incesto, por ejemplo. ¿Y ora, ya no?. Ah, verdad. Lo que no

soporto es que se lo crean todos por principio. Si yo he de ser librepensador, pues déme *chance* de pensar por mi cuenta. Está usted en su derecho, me dijo.

Para mí el camello es la pureza, compadre. Pues no y no, me replicó, yo escogería al cisne, al corderito, porque no veo por dónde, no sea usted tan arbitrario. Mire compadre, acuérdese nomás, le dije. San Juan Bautista iba vestido con piel de camello y no se lo digo nada más para calentarle la cabeza, o qué no es usted judeocristiano compadre. Bueno, pero qué tiene que ver o qué. Ah pues con eso del incesto, a mí qué se me hace, dígame ¿a usted se la hicieron?. Cómo. La circuncisión. Ah, qué caray, pues no. Los judíos se la hacen al recién nacido, ¿no será para recordarle que es hijo de madre siempre que vaya a darle la razón a una reinita? o simplemente cuando va a *miar* y se acuerda que su madrecita santa no tiene prepucio. Pero no será que de esa manera es fértil, así como cuando se poda un árbol, para que dé más frutos. ¿Y cómo va a ser fértil si no es lejos de la madre?. ¿Ya me captó?. Ah, ya caigo compadre, me dijo, pero como el alacrán, no sé a dónde. Pues aquí merito mismo. Yo nomás le digo que San Juan fue quien sustituyó la circuncisión con el bautismo, y usted está bautizado, o qué no. Pues así consta, me respondió mi compadre. Pero que no se le olvide que al fin y al cabo al señor Bautista ese le mocharon la cabeza. Cierto, cierto, así triunfó la circuncisión. Chido.

*Sin autor.... panfleto anónimo encontrado por casualidad en una papelera de una calle a las afueras de Madrid (año: 1995, mes marzo, hora: poco después del desayuno).*

Detalle 4: FIJACIÓN COMPULSIVA

Lo decía su psicóloga, así que debía de ser cierto. Tenía una fijación compulsiva por las gordas. No se lo decía con acritud, era sólo la definición de lo que consideraba una anormalidad. Efectivamente le gustaban las mujeres rollizas, gruesas, de carnes abundantes. Pero, ¿era eso malo? Quizá no era algo habitual, de acuerdo. La mayoría de la gente no comparte ese gusto hacia la obesidad. Pero no era algo que tuviera que ver con la salud mental. En gustos ya se sabe. Aunque mucha gente lo olvida. Sus amigos siempre se burlaban de él y sus gustos extravagantes. ¿Extravagantes? Sólo diferentes. Rubens estaba

perfectamente de acuerdo con él en cuanto a lo que eran cánones de belleza a la hora de pintar sus Tres Gracias. ¿Era tan difícil entender que lo que para unos era belleza para otros no tenía atractivo?

Pues sí que debía de ser difícil, ya que su psicóloga calificaba su afición como fijación compulsiva. Pero, ¿por qué no se hablaba de fijación compulsiva por las flacas? Gordura, delgadez, son sólo cuestión de grados. ¿Por qué a la delgadez de las modelos la llamaban estar maciza? ¿Quién creaba esas normas tan claras y objetivas? Salud, delgadez, belleza, todo era una misma cosa.

Nuestro personaje no tenía tan claro el asunto. De unas épocas a otras, de unas culturas a otras cambiaban los principios y las formas. Lo que es bueno en un lugar no lo es en otro, la belleza material -¿sólo la material?- no es fácil de definir de una forma universal. Y, sin embargo, cualquiera que se sale de la norma es visto con malos ojos, como un bicho raro. Ser anormal significa sólo no estar en el lugar donde se sitúa la mayor parte de la población, pero, ¿quién sabe si estar fuera de la norma es mejor o peor que estar dentro? Es más incómodo ser anormal, por supuesto. Pero si uno no es normal no tiene por qué fingir. Eso sería más incómodo todavía.

Así que nuestro hombre, después de visitar a su psicóloga para contarle sus problemas, regresó a su casa pensando en su fijación. Dijera lo que dijese la gente, si lo que le hacía feliz era imaginar mujeres gruesas como toneles, ¿por qué iba a cambiar su felicidad por la triste norma de los que le rodeaban? Sólo quería tolerancia, ¿era tanto pedir? Pero no, pedía algo más: que los demás fueran capaces de comprender que el prójimo puede ver la realidad de otro modo, sin que eso signifique limitarse a soportar las extravagancias del vecino.

-Sí, me gustan las gordas, ¿y qué? -se dijo nuestro personaje frente al espejo, casi orgulloso de su rareza.

## INVITACIÓN A LA DANZA

<<¡Basta ya!>>, te dices, porque no piensas seguir con ese absurdo juego en que se ha convertido salir cada noche. No piensas seguir alimentando estúpidas vanidades, espíritus abyectos. Porque esta noche te has sentido como ese bufón que invariablemente trata de divertir a la cortesana. Porque todo se reduce a mostrar que eres

perfecto. Porque todo es un gigantesco montaje publicitario. Y a partir de ahora has decidido que te vas a mostrar como eres, con tus imperfecciones, que vas a ser tú mismo, sin ser bufón de nadie.

Narciso Tuera

Detalle 5: EL PASO DEL TIEMPO

Hoy ha vuelto a la vieja casa. ¿Cuánto tiempo hacía que no iba por allí? ¿Seis años? Poco más o menos. Desde la última vez que acompañó a sus padres durante las vacaciones. Ahora el padre había muerto y a él le había tocado la casa en el siempre triste reparto de lo que una vez tuvo como propietario y usuario a un ser querido.

¡Cuántos recuerdos le traían esas viejas paredes! Aquella era la vieja casa familiar. Durante generaciones la familia de su padre había vivido en la vieja casa de labriegos, situada a apenas un kilómetro del pueblo. Pero para él nunca fue un lugar de trabajo, ni siquiera el dulce hogar del que todos nos lamentamos cuando nos toca añorarlo. No, la vieja casa era el lugar de vacaciones. Era el lugar de juegos, el recreo cuando no había clases. Por eso el recuerdo era más agradable. A esa casa se ligaba una sensación de libertad y felicidad. ¡Aquella casa significaba las vacaciones! Significaba; ya no.

Ahora nuestro protagonista veía todo aquello como algo lejano. Él ya no era el muchacho pecoso que correteaba de un lado para otro. No era el que jugaba con otro muchacho que era su hermano ni el que traía a jugar a los nuevos amigos del pueblo, los amigos de las vacaciones, a la casa de verano. Era difícil reconocerse en aquel otro tiempo tan querido en el recuerdo.

¡Vaya si había pasado tiempo desde entonces! Los seis años de ausencia bien se lo recordaban. Habían pasado crueles sobre la vieja casa. Los escalones de madera de la entrada estaban carcomidos, la pintura de la pared desconchada, el tejado, en mal estado, debía ser retejado. De uno de los aleros se habían caído unos ladrillos y las tejas. Por dentro la casa mostraba idéntico abandono. Sus padres sí habían pasado un par de veranos más por allí. Luego vino la larga enfermedad de su padre y no volvieron a ir por vacaciones. La casa llevaba cuatro años abandonada. Nada era igual, todo estaba más viejo. El jardín lleno de matojos, la vieja higuera plagada de inútiles ramas, el camino de

cemento agrietado. ¡Cuán rápido e inclemente había pasado el tiempo sobre la casa de la infancia y el recuerdo!

Y pensando en esos seis años sin ver la casa, seis años en los que había convivido consigo mismo, se dio cuenta de que el tiempo también había pasado por él y con igual dureza. Ya no era el mismo jovenzuelo. Las entradas avanzaban en su frente, pequeñas arrugas afloraban a sus ojos, a la comisura de sus labios, a esa misma frente cada vez más amplia. Estaba echando barriga y, de vez en cuando, tenía dolores de espalda. Si todo eso le parecía normal era tan sólo porque había presenciado, inconsciente, su lenta evolución. La ruina de la casa le parecía instantánea, aunque era fruto de los seis años de abandono. El lento envejecer de su cuerpo, de su mente, todos los cambios y experiencias que había sufrido, se le habían hecho presentes, de una forma drástica, sólo al compararla con el viejo cuadro que guardaba en su memoria de la casa de un tiempo pasado que, como todo recuerdo, siempre nos parece mejor de lo que fue en realidad. Quizá ese era uno de los pocos consuelos al paso arrollador del tiempo: poder conservar gratos recuerdos de un pasado que cada segundo que transcurre vamos acumulando a nuestra espalda.

## SINCRONÍA

Un sábado por la mañana, el coche sucio después de todo un mes sin lavarlo y el dueño, armado de cubo y esponja, dispuesto a quitar la mugre acumulada. A nadie, rectifico, a casi nadie le agrada la idea de tener que limpiar su coche, por mucho cariño que tenga al mundo de las cuatro ruedas. Qué menos que intentar paliar el aburrimiento con un poco de música. El dueño conecta el casete del automóvil y pone su cinta preferida. La música comienza a sonar y el dueño, fingiendo más ánimo del que siente, toma la esponja y se pone a limpiar el parabrisas a la vez que silba entre dientes la melodía que se desliza desde el interior del auto.

La limpieza avanza al compás de la música. Pero, ¿cuándo ha comenzado a sonar esa otra música? El dueño del auto intenta localizar la procedencia del soniquete familiar. Es el vecino del bajo quien ha puesto música, parece la radio. La ventana de su cuarto de estar da al aparcamiento y la música se mezcla con la del coche. El vecino es un

joven a quien le gusta poner la música a tope, es casi un desconocido para el dueño del coche. Normalmente escucha una música horrible y obliga a los vecinos a oírla aunque no quieran. Pero esta vez la música, lejos de ser espantosa, es preciosa. Lástima que se superponga con la del coche y la melodía se mezcle.

El dueño del coche deja la esponja sobre el capó y trata de identificar la música del vecino. Casi siente la tentación de apagar el casete del coche. Pero, un momento, la música del vecino es también la de su grupo preferido, la canción que suena está incluida en la cinta que está escuchando. Es su canción favorita.

Casi sin pensarlo, se mete en el coche y se sienta ante el volante. No pretende conducir. Empieza a manipular en el casete. Lo hace avanzar y lo lleva hasta el final de la cinta, le da la vuelta y empieza a sonar la canción: "tarara ra ra". Es la que oía el vecino. Sale del coche, dispuesto a proseguir la limpieza, pero algo le molesta. La música del vecino y la del coche siguen sonando mezcladas. Suena la misma canción pero desincronizada. Le parece poco menos que un crimen estropear la música de ese modo. Vuelve al coche y manipula los mandos del casete. Trata de escuchar la música del vecino y hace avanzar un poco la cinta, intentando hacer coincidir las dos canciones, la única canción, en el mismo punto. Cuando deja de apretar el botón, escucha. Las dos canciones suenan casi a la par. Sólo casi, la del vecino va todavía unos segundos por delante, la música del coche repite las notas como un eco.

El dueño del coche chasquea la lengua con fastidio, se da cuenta del gesto y sonríe. Le parece una estupidez, pero colocar las dos músicas a la par se ha convertido casi en una cuestión de amor propio. Pero no es sólo amor propio, es algo más. A la vez que vuelve a manipular el casete, piensa que más que simple amor propio aquello es verdadera metafísica, uno de los problemas planteados por filósofos y místicos y nunca resueltos.

La cinta avanza apenas unos instantes y ahora es la canción del vecino la que ha quedado rezagada apenas un par de notas. Es una pena, la canción va a terminar en unos instantes y todavía no ha conseguido que las dos músicas suenen simultáneamente.

Retrasa la cinta y es inútil, se ha pasado y tiene que hacerla avanzar. Por fin, como si aquello fuera algo tan importante como para

absorber toda su atención, se dedica a escuchar la música del vecino, detiene la cinta, que iba varias notas por delante, y vuelve a conectarla cuando considera que la canción del vecino está a punto de alcanzar a la suya. ¡Casi! Por apenas unas décimas de segundo no ha conseguido la sincronía sino que en su lugar se nota una incómoda reverberación. Un intento más. Hace avanzar unos instantes la cinta y la vuelve a conectar. ¡Ahora sí! Fascinado, se relaja, cierra los ojos y escucha las tres últimas notas de su canción favorita que suenan a la par en la radio del vecino y dentro del coche. Apenas puede disfrutar su éxito. La canción termina y él siente una cierta frustración. En la radio se oye la voz chillona de una presentadora mientras que, al avanzar la cinta, ha comenzado una nueva canción, no tan lograda como la anterior, de su grupo favorito.

¿Se habría dado cuenta el vecino de lo que ocurría? Puesto que la música sonaba en la radio no tenía forma de alterar su ritmo así que él no tiene manera de saberlo, salvo preguntándoselo directamente, y no está dispuesto a afrontar el ridículo.

El dueño del coche suspira con desagrado. De sus labios brota un "¡ay!" que parece la queja de un enamorado. Sale del coche y, de repente, sonríe. Después de todo, había tenido éxito. Había logrado el milagro de la sincronía aunque sólo durante unos segundos, los últimos. Piensa que tal vez no era un verdadero milagro. A la vez que recoge la esponja del cubo, vuelve a canturrear con una sonrisa en la boca. ¿Acaso no era casi lógico haber logrado la simultaneidad al final? En el fondo, le maravilla el símil que había vislumbrado sentado ante el cuadro de mandos. ¿Acaso no había sido esa música un reflejo de la vida misma? La gente pasa años intentando conocerse, buscando alguien con quien sentirse hermano, sincrónico de algún modo, y al cabo, la mayoría de las personas sólo se igualan, quizá se hermanan, durante los últimos momentos de su existencia. En rigor, sólo dan una única nota común a lo largo de sus vidas, la última: mueren y dejan de existir. Filosofía pura.

El dueño del coche sumerge la esponja en el jabón del cubo, mientras sus pensamientos se diluyen en el agua más lentamente. Se pone a frotar los cristales de las ventanas sin dejar de silbar. No sabe explicar exactamente por qué, pero, a pesar de que siempre le desagrada limpiar el coche, aquella mañana se siente extrañamente contento.

Detalle 6: UN JUEGO DE CABALLEROS

Minuto veintidós y medio de la primera parte de la gran final de la Copa de fútbol. Se enfrentan David y Goliat. El equipo que encabeza la competición liguera, el más regular de la temporada, es asimismo el máximo candidato a alzarse con el título de Copa. El otro equipo es la Cenicienta de turno. Un equipo de segunda división, situado último en la tabla y con todos los bonos para descender. Su única oportunidad de salvar la temporada y de conseguir la gesta histórica es ganar la Copa. A pesar de todo, esta será una temporada especial, desciendan o no. Es raro ver a un equipo tan humilde -por no decir "malo"- alcanzar la final de una competición tan importante. Ha sido un milagro. Su juego no es brillante, pero la fortuna les sonrió al principio a la hora de asignarles los rivales y, más tarde, esa misma fortuna aliada con una defensa numantina les ha permitido llegar donde están: la final de Copa.

Es el minuto veintidós y medio y hasta ahora el partido tiene poca historia: dominio completo del favorito. Han tenido multitud de ocasiones para marcar gol, pero nuevamente la fortuna ha salvado a David. ¡Tres tiros al palo y uno al larguero! Se dice pronto. Pero todavía no ha subido ningún tanto al marcador, el cual señala un cero a cero tan sorprendente como ver a ese miserable equipo en la final. La mayoría de los jugadores son realistas: no hay muchas esperanzas de ganar. Tarde o temprano el contrario marcará gol y lo único que podrán hacer será capear el temporal y evitar que les caiga "la del pulpo".

En el minuto veintiuno se ha lesionado un jugador del equipo, uno de los mejores defensas. El otro equipo echa el balón fuera y el masajista puede entrar al campo para atender al defensa. En el minuto veintidós el jugador se levanta recuperado. El juego puede reanudarse.

Minuto veintidós y medio. El árbitro pita e indica que saquen de banda. Es un juego de caballeros. El jugador saca de banda a su compañero y éste pega un patadón al balón para devolvérselo al equipo contrario, eso sí, en su campo para alejar por el momento el peligro de ataque.

Pero, ¡Santo Dios!, es lo nunca visto. El balón va con tanta fuerza que, en lugar de ir a las botas de un defensa del equipo campeón, llega hasta el área y pilla adelantado al portero. ¿Qué hacía ese imbécil fuera del área?, se preguntan todos los aficionados. El balón, tan inocente en sus intenciones iniciales, pasa por encima del portero y se cuela en la portería por toda la escuadra.

-¡Gooool! -grita a coro todo el banquillo, sin poder contenerse.

¡Pero hombre, eso no se hace!, piensan casi todos los espectadores, los jugadores de los dos equipos e incluso el árbitro. Este es un juego de caballeros. Si alguien se lesiona se echa el balón fuera y luego el otro equipo tiene que devolverlo. Y eso precisamente es lo que han hecho o, al menos, lo que querían hacer. Pero, sea como sea, el tanto sube al marcador. No hay ninguna razón para anularlo. Ha sido un accidente.

Claro que ahora la situación ya no es la misma. En un juego de caballeros el equipo culpable de ese equívoco se dejaría marcar un gol para equilibrar ese desliz. Pero se trata de la final de Copa. Cenicienta nunca ha ganado una Copa. Posiblemente esta temporada descienda de categoría. Posiblemente no tendrá otra ocasión de ganar una Copa. Así que todos se aferran a ese gol tan poco deportivo. Se aplican a la defensa numantina. Renuncian al ataque. ¡Zaca! Balón que llega al área es despejado de un patadón hasta el área contraria. ¡Vaya, ahora el otro portero ya no "canta"!, dice algún espectador enfadado con el cancerbero.

El tiempo pasa. Minuto treinta y ocho, tiro al palo que podía haber significado el empate. Minuto cuarenta y seis, el árbitro indica el final de la primera parte. Es el descanso. Sonora pita para Cenicienta por parte de los aficionados del otro equipo. Ya les da igual. Es un juego de caballeros, pero hay que ganar de cualquier manera. ¡Piii!, el árbitro señala la reanudación del encuentro. Ataque tras ataque en el área del equipo que va ganando. ¡Qué sudores pasan los jugadores y el entrenador! Pero el balón no entra en la portería. Otro tiro al palo, los jugadores de los dos equipos están cada vez más nerviosos. El tiempo se acaba. Minuto cuarenta -ochenta y cinco del encuentro-, el árbitro se inventa un penalty dispuesto a reparar por la vía drástica el desbarajuste creado por aquella inocente cesión. "¡No hombre, no!", se

quejan el entrenador y el jugador expulsado por "cometer" la pena máxima. Ya está, ahora vendrán el empate, la prórroga y la victoria de los otros, piensan todos desanimados. El portero aprieta los dientes, el delantero contrario está nervioso. El árbitro pita, el delantero echa a correr, ¡zas!, patadón y el balón que pasa por encima del larguero. ¡Ha fallado el penalty!, clama a coro todo el estadio.

Minuto cuarenta y ocho y medio. El árbitro ya no puede hacer más. Es inútil prolongar la agonía. ¡Piii! Final del partido. Era un juego de caballeros. ¡Vaya cerdos! Sí, lo que quieras, pero Cenicienta-David ha ganado a la Princesa-Goliat por un gol a cero y se ha llevado la Copa.

SABORES

Estoy aquí sentado,
saboreando el detalle,
delante de la puerta,
al filo de la calle.
Veo pasar la gente
sin rostro, por delante
de mis cansados ojos,
admiro sus ropajes,
el gesto de su rostro
enfadado o amable,
y sonrío.
Estoy plantado frente al mundo
sin nada más que hacer
que usar cada sentido:
mirar, tocar, oler.
Escucho las palabras
de los caminantes
las voces de los pájaros,
susurros de los árboles.
Siento frío en la piel,
viento contra mi carne
que la hace temblar
bajo la tela suave,
que forma remolinos

que agitan el follaje.
Y la brisa que corre
trae aromas dulzones
mezclados y confusos
de frutas y de flores,
perfumes y fragancias
de mujeres y hombres.
Es inevitable:
el olor atrae al gusto,
siento que tengo hambre.
Imagino los platos
que desfilan delante
de mí.
Pero aún no es hora de comer.
Escucho el bullir de la olla,
veo la lumbre, huelo el humo
que llega hasta la calle,
y sigo aquí sentado
saboreando el detalle.

Juan Luis Monedero Rodrigo

Detalle 7: LOS RECUERDOS A MEDIAS

Ojeando unas viejas fotos de familia le asalta un atisbo del verdadero recuerdo. Es una fotografía de uno de los primeros cumpleaños que recuerda, aquel en el que le regalaron un juego de construcción con el que se entretuvo durante años, hasta que las piezas estuvieron medio rotas. Fue un día tan feliz en la memoria que parece increíble lo difícil que resulta evocarlo. Las imágenes acuden en tropel a su mente, pero son imágenes fragmentarias. Puede ver a su madre partiendo la tarta, a su padre entregándole una enorme caja envuelta en papel de regalo. Y allí está su abuelo, ya muerto, sonriéndole. El viejo y querido abuelo le felicita y le da un beso en la mejilla, mientras sostiene algo en la mano oculta tras la espalda. ¡Es la navaja con el mango de hueso! Ese fue su regalo. Y allí está su hermano, el mayor, intentando quitársela, haciéndole rabiar. ¡Es tan vívido el recuerdo! Y, sin embargo,

no es un recuerdo completo. Las imágenes son ricas en contenido, pero carecen de movimiento y apenas de color. Son como viejos cuadros deteriorados de los que una parte está borrada. Son imágenes fijas a las que la imaginación inventa el movimiento. Son cosas del recuerdo. Uno rememora los acontecimientos y siempre recurre a la imaginación para completar lo que falta. Es como si tuviera entre manos unos recortes de periódico con los que pretende hacer un mural. La memoria recoge todos los fragmentos y pinta la escena completa. El problema no es que la escena sea retocada por la memoria. El problema es saber que las cosas no sucedieron exactamente así. Es ese atisbo lo que hace tan desagradables, a veces, los recuerdos a medias. Ni siquiera necesita la foto para evocar la escena. A su mente acuden nuevas pinceladas, nuevos detalles de color: la voz cascada del abuelo, cuyo timbre exacto jamás volverá a oír; el olor del pastel de crema, con su nata, su chocolate, sus almendras y su guinda, un olor peculiar que no volverá, que sólo puede reconstruirse a partir de los componentes que se recuerdan, o frente a una tarta parecida, pero nunca igual a aquella; las palabras exactas que se pronunciaron, las sensaciones experimentadas, el tacto de las piezas nuevas del juego de construcción, el sabor de los dulces de mamá, el propio olor de mamá cuando era joven, mezcla de cocina, perfume y sudor. Y así, evocando todos los detalles deslavazados, tratando de esbozar aquellos otros que se vislumbran pero se empecinan en no acudir a la memoria, las lágrimas acuden a sus ojos. Y, ¿por qué será que los recuerdos siempre tienen otro color, como si lo que había de malo hubiera sido borrado de la memoria? Es agradable, aunque sea otro fallo de la memoria. Tal vez el que esta sea fragmentaria y, además, retenga lo bueno y repinte lo malo, sirva como una especie de autoprotección ante la crudeza de la vida en cada momento. Tal vez el recuerdo completo de los hechos, las sensaciones y pensamientos, sería muy duro de sobrellevar. ¿Cómo superar entonces un viejo amor o la muerte de un ser querido? Pero ahora, en este preciso instante, con la vieja fotografía del cumpleaños entre los dedos, le gustaría poder tener el recuerdo completo de aquel trozo de vida y no sólo los fragmentos, los recuerdos a medias.

## EL SENTIDO DE LA VIDA

-Lo tendré para esta tarde, señor González -se comprometió Agustín Peláez, oficinista, ante su jefe inmediato.

Inmobiliarias Gonzalo González, IGG para los amigos, era una empresa boyante. Había creado doscientos trece empleos desde su fundación. El señor Gonzalo González había empezado sus negocios, que algunos de sus clientes todavía se empeñaban en denominar chanchullos, con apenas un despacho, una mesa y dos empleados: su mujer y su hijo mayor. En quince años la empresa había crecido continuamente hasta alcanzar las proporciones actuales. Ahora mismo la compañía contaba con oficinas en seis capitales de provincia además de la propia capital del estado. A esto había que añadir dos oficinas más en otras ciudades importantes, tres representantes en el extranjero, docenas de viajantes a todo lo ancho del territorio nacional, el bufete de abogados de la empresa y dos cuadrillas de trabajadores, entre albañiles, fontaneros, pintores y demás profesionales, encargados de maquillar los viejos edificios con los que IGG especulaba. La empresa estaba gobernada con mano firme y, según indicaban los resultados, celestial por el señor Gonzalo González. A la cabeza de las distintas oficinas había colocado a sus hijos y hermanos, siguiendo las reglas del nepotismo tan bien aceptadas en la empresa privada. Él se había reservado la presidencia y, asimismo, regía con mano dura la sede central de la organización en la capital. Por debajo de él, y dirigiendo las propias oficinas centrales, se encontraba su hijo mayor, Gustavito, futuro heredero y presidente de la corporación con el consentimiento de sus también ambiciosos hermanitos, que esperaban un fallo y su propia oportunidad desde las oficinas provinciales. Al mando de la contabilidad central, como lugarteniente de Gustavo e inútil brazo derecho o muñón, se situaba su primo Faustino, sobrino de don Gonzalo por ser único retoño de su hermano don Olegario González. Y en esa misma sección de contabilidad, como último mono de la macroestructura, cargo compartido sin común acuerdo por la mayor parte de los doscientos y pico empleados de la casa, se encontraba Agustín Peláez, contable, obediente trabajador de la empresa y siervo incondicional de don Faustino González, por otro nombre, con connotaciones temibles y casi escatológicas, el Jefe.

De modo que fue ante su jefe inmediato ante quien se comprometió Peláez sin considerar la importancia que su compromiso podría tener para el futuro de la empresa y sin considerar tampoco si la fuerza de ánimo le iba a acompañar durante toda la jornada con la intensidad suficiente como para cumplir lo pactado. Para tranquilidad del lector le confesaremos que la importancia del asunto para la empresa, como macroentidad, era ninguna, puesto que González había encargado a Peláez que le rellenase la Declaración de la Renta y consiguiera, fuera posible o no, que le saliera negativa. El segundo aspecto merecería una consideración más profunda, puesto que de todos es sabido que el espíritu humano no es dado, en muchos casos, a la realización de esfuerzos inútiles en favor de personas que no sólo no nos resultan agradables sino que son inconfesados enemigos de uno. Si a esto añadimos la natural predisposición de Peláez para la pereza y las ensoñaciones así como el escaso apego que sentía por un trabajo que consideraba aburrido, transitorio y que no le reportaba satisfacción alguna, comprenderemos las dificultades que nuestro hombre habría de tener para llevar a cabo la enorme gesta de satisfacer al Jefe en el tiempo acordado sin descuidar sus otras urgentes tareas en favor de la empresa y el necesario descanso y respiro a que todo honrado trabajador tiene derecho durante el desempeño de sus labores.

Peláez dedicó la mañana a realizar sus tareas rutinarias. Después de comer se lanzó de lleno a trapichear los números de su Jefe para lograr el milagro de la declaración negativa. Estaba seguro de poderlo conseguir, sólo el más absoluto sopor se interpuso entre sus obligaciones y la realización de las mismas.

Agustín Peláez, después de ingerir un abundante y pesado almuerzo, no sentía otro deseo que el de poderse tumbar y echarse una siestecita de un par de horas. No pudo hacerlo. La jornada partida exigía de él que se mantuviera despierto y dispuesto para el trabajo más allá de cualquier necesidad fisiológica. Con la fuerza de un primer impulso inicial, Peláez fue capaz de repasar las innumerables facturas del Jefe, todas ellas desordenadas y muchas inútiles o incompletas, sin soltar más que algún que otro extemporáneo bostezo. Vencido el natural deseo de reposar la comida con un sueñecito reparador, Peláez no fue capaz de resistirse al otro peligro que le acechaba en su lucha por

lograr la máxima eficiencia. Al sopor postalmuerzo se sumó el terrible aburrimiento. Rellenar una Declaración de la Renta era una tarea siempre tediosa y muchas veces rutinaria, tanto más cuando los cuartos de los que se trataba no eran los de uno. No es extraño, pues, que el sopor llevara a Peláez a divagar y dejarse llevar por sus inevitables ensoñaciones. Era como si su cabeza se desconectara del trabajo. Le sucedía muy a menudo. No sólo en el trabajo, también podía ocurrirle en casa, en el metro o charlando con cualquiera sobre cualquier cosa. A veces le ocurría estar hablando con su esposa tranquilamente, escuchar estoicamente una parrafada que no le interesaba en absoluto, desconectarse y, al volver a la realidad, encontrarse frente al rostro furibundo de Maruja, harta de que no la prestase atención. Ese siempre solía ser el preludio de una de sus grandes y divertidas discusiones.

Peláez luchaba contra sus ensoñaciones con todas sus fuerzas, o eso suponía él, pero sin resultado. A nadie le agrada discutir con su mujer por una tontería o arriesgarse a una bronca en el trabajo por despistarse. Pero, lo dicho, Agustín Peláez, contable, no podía evitarlo. Posiblemente, su vida, tan monótona e insípida como la de cualquier hijo de vecino, necesitaba de esos momentos de ausencia para escapar del hastío.

¿En qué pensaba durante sus momentos de trance? Pues mira, la verdad es que normalmente pensaba en tonterías, o eso le parecía al menos una vez de vuelta a la realidad. Su mente divagaba y, ya se sabe, lo habitual es que haga una excursión por las nubes sin mayor sentido. A veces, eso sí, se le ocurrían cosas interesantes. Otras se dedicaba a recordar otros tiempos. Y algunas veces ni siquiera recordaba las tonterías en las que había estado pensando.

Aquella tarde no iba a ser una excepción. Sumergido en la interminable lista de insípidas cifras, harto de calcular estúpidos porcentajes, Agustín Peláez se dedicó, inconscientemente, a su más querido e inocuo vicio: soñar despierto. Su mente se desconectó de los números y las facturas. Un ligero click sonó en su cabeza y la Declaración de la Renta ya no estaba allí, ni su mano se paseaba a lo largo de sus páginas con un bolígrafo en la mano. Peláez ya no estaba en la oficina, sentado frente al escritorio. Tampoco estaba en ninguna otra parte. Simplemente había desaparecido del mundo real para bucear

introspectivamente dentro de sí mismo. Divagaba, sí. Pero aquella no era una ensoñación como las demás. Quizá la comida de aquel día o el aburrimiento lo habían conducido a una predisposición o sensibilidad especial. Lo cierto es que aquella ensoñación tenía una irrealidad peculiar. No, no era irreal en sentido estricto. No sucedía, como otras veces, que uno se daba perfecta cuenta de que aquello no era real sino un sueño. Al contrario, aquella última ensoñación era irreal pero por exceso de realidad. Las ideas y los colores con que acudían a su mente poseían visos de objetividad supranatural, como si estuviera contemplando la Verdad y esta fuera un absoluto. Más tarde Peláez tendría ocasión de dudar acerca de la veracidad de sus impresiones. Una vez abandonada la ensoñación solía ser relativamente sencillo decidir que todo lo que había pasado por su imaginación no eran más que tonterías. No fue ese el caso en esta última ocasión.

Pero, ¿qué pasaba entonces por la mente de Agustín Peláez? Era, verdaderamente, como si se encontrase en trance. Si existe el nirvana debe de ser algo similar a la sensación de sopor y lucidez que sigue a una opípara comida y un monótono trabajo. Peláez, créanlo ustedes, había desentrañado uno de los grandes enigmas de la humanidad. El simple oficinista que había abandonado en sueños los tristes límites de su realidad, trascendió las convenciones y rutinas para atravesar el umbral que lo separaba de la Percepción.

¡Qué extraordinaria lucidez! ¡Qué maravillosa lógica! Peláez, siervo de don Faustino González, había traspasado los límites de su persona para vislumbrar lo que casi nadie ha sido capaz de ver: el sentido de su propia vida. Como si se tratara de un complejo rompecabezas en el que todas las piezas, inesperadamente, se ordenan y se simplifica la estructura, así Peláez observó como todas las facetas de su existencia se concertaban en una coherente imagen de conjunto. ¡Peláez había desentrañado el significado de su propia existencia! ¡El milagro deseado se había hecho realidad! Más allá de la burda realidad de números, facturas, justificantes, recibos e impresos de la Renta, Peláez había desentrañado el misterio de su vida. Las motivaciones, objetivos, consecuencias, justificaciones, toda su vida clara como el vidrio de un reloj. Más aún, toda su vida con un nuevo color, con la perspectiva ampliada por el nuevo conocimiento, como si no fuera el

vidrio de un reloj sino una lupa de aumento. Cada hecho, cada decisión y pensamiento, todo tenía su lugar y su razón de ser. ¡Su vida era clara y justificada como nunca había imaginado que pudiera llegar a serlo! En su mente clarividente contemplaba lo que debía ser su futuro, las cosas de su vida que había de modificar para alcanzar el sentido que tan vívidamente había vislumbrado. El sentido de su vida era ineludible, diáfanamente perfecto.

No se le pasó por la cabeza la idea de que hubiera desentrañado un misterio aún mayor: el del sentido de la vida en general. No, no pretendía, ni podía pretender, ser tan absolutista. Ya era bastante haber vislumbrado el sentido de su vida como para pensar, ingenuamente, que aquel fuera extensible al total de los mortales o, siquiera, al vecino del cuarto.

¡Qué euforia! ¡Qué dicha absoluta! ¡Qué descubrimiento maravilloso! Peláez no se planteó la posibilidad de plasmar aquel escurridizo descubrimiento en una hoja de papel. Acaso no era posible expresar con palabras aquel conocimiento. Había perdido la noción del tiempo. No sólo de su transcurso, también de su mera existencia. El sueño intemporal, el descubrimiento de sí mismo anulaba cualquier otra realidad. Pero lo cierto es que el maravilloso trance no duró más allá de diez minutos de relajado duermevela, de adormecida lucidez. Y, ¡horror!, no abandonó aquel nirvana particular de forma voluntaria. ¿Quién querría hacerlo?

Eran las cuatro y cuarenta y seis minutos según el reloj que colgaba de la pared del despacho, marcando la temporización de sus obligaciones a los sufridos empleados que trabajaban bajo aquel techo. Eran las cinco menos catorce minutos, hora exacta. Las 17:46 PM cuando el señor Faustino González, Jefe, deidad venerable, dispensador de sueldos de ambrosía, abrió la puerta del despacho donde Peláez había realizado su descubrimiento filosófico. Indiferente a la trascendencia de los pensamientos de su subordinado, González lanzó un irritado grito de guerra:

-¡Peláez!, ¿no le da vergüenza? -su voz sonaba amenazadora-. ¡Dormir cuando tiene tanto que hacer!

La primera exclamación había sacado a Peláez de su bendita ensoñación. Dio un respingo en su asiento. Sintió un hormigueo en su

mano izquierda dormida, que había reposado durante unos minutos bajo su barbilla. El bolígrafo se cayó de sus manos y el pobre contable se agachó instintivamente a recogerlo del suelo. Peláez, desentrañador de enigmas trascendentales, había vuelto a la realidad.

-¡Señor! -graznó con voz ahogada-. Yo... Perdone... Sólo ha sido un instante. Ya casi tengo hecha su Declaración...

-¡Cállese imbécil! -lo atajó González con la seguridad que da la autoridad de tener la sartén por el mango-. ¡Habráse visto mayor desfachatez! No le pagamos por dormir en horas de trabajo. ¡Vamos, póngase de una vez a trabajar y deje de decir tonterías! Más le vale que no vuelva a repetirse o tendremos que prescindir de sus servicios.

-Sí, señor, al momento, señor -replicó el pobre Peláez recordando sus tiempos de recluta en el ejército.

El señor González se hinchó como un pavo, exhibió una sonrisa de autosuficiencia y salió del despacho encendiendo un grueso puro con el que celebrar la constatación de su poder. Faustino González, Jefe, regresó a su despacho, se repantingó en su sillón y ensayó una postura cómoda para su próxima siesta. Nada le dejaba tan relajado como una buena bronca a un empleado. Nada había mejor para sentirse bien con uno mismo que realizar una exhibición de poder.

Peláez, por su parte, no observó la partida de su Jefe. Se lanzó a una frenética y ciega carrera por terminar de rellenar en un tiempo récord la Declaración de la Renta que, más allá de sus obligaciones nominales, se había comprometido a completar aquella tarde. Por extraño que parezca, durante unos minutos no recordó en absoluto su visionaria ensoñación. Tan obcecado estaba con la necesidad de cumplir con su deber que parecía no existir otra cosa que aquellos impresos que tenía delante de las narices. La interrupción de González le había pillado tan de sorpresa que, posiblemente por la fuerza de la costumbre o algún sentido de la conservación, su reacción fue la de emplearse a fondo en la tarea ordenada para no hacerse acreedor a las iras del Jefe.

Pasados unos minutos, el cerebro de Peláez volvió a funcionar. ¡Qué ridículo se sentía ante sí mismo! Ridículo y rastrero, como cualquier lameculos que se vende por un plato de lentejas. Miró lo que había hecho en los últimos minutos, desde la llegada de González, y se dio cuenta de que todo estaba mal y tendría que repasar nuevamente las cuentas.

Ahora, ya más tranquilo, se daba cuenta de lo que había significado la interrupción de don Faustino González. Lo de menos era que Peláez estuviera dormitando. Era una falta de cierta gravedad, de acuerdo, pero eso no le daba derecho al otro, por muy jefe que fuera, a tratarlo como escoria, peor aún, como un esclavo que debe achantarse ante todo. Pero así era como Peláez siempre se había comportado, y se daba perfecta cuenta de ello. Eso tampoco era importante de veras. Lo más grave había sido que la interrupción le había sacado de su ensoñación, de su trance. ¡Y ahora no recordaba lo que había vislumbrado! Tenía la sensación de que algo muy importante se le había escapado y se había quedado en un lugar inaccesible a las puertas de la consciencia, en un margen de su cerebro que quedaba fuera del alcance de su voluntad. La sensación de pérdida era tan vívida como la felicidad del maravilloso hallazgo. ¡Había descubierto el sentido de su vida! Por un momento su mente había sido capaz de conciliar todo lo que él era en una imagen global con sentido propio. ¡Pero aquello se le había escapado! Se lo había robado González y, tal vez, no podría recuperarlo.

Ahora Peláez estaba realmente enfadado. Reacción natural cuando a uno le interrumpen un tranquilo y feliz sueño. González, con la prepotencia e inoportunidad que le caracterizaba, le había robado el instante más importante de su vida, el del verdadero autoconocimiento, la comprensión de uno mismo. Aquel conocimiento se le había escapado entre los dedos. El recuerdo era lejano y a la vez familiar, por eso mismo más doloroso. En algún lugar remoto de su alma todavía reposaría aquella visión irrecuperable. Así se lo parecía aunque, ciertamente, cabía la posibilidad de que algún día retornara la visión. No le parecía probable. Antes le parecía más probable que la imagen se hubiera marchado lejos, definitivamente, y que la reminiscencia en su mente fuera sólo un fantasma, una sombra del conocimiento pero que no lo contenía.

Por un momento la frustración y el enfado le hicieron maquinar una salvaje venganza. Sintió el impulso de levantarse del escritorio, recorrer el camino hasta el despacho de González, coger al Jefe por el pescuezo y estrangularle con su propia corbata. "¡Maldito imbécil!", le diría mientras tanto, "me has robado el momento más importante de mi vida; el único momento importante. ¿De qué me sirve seguir viviendo si

ya no sé para qué?", le diría contemplando con divertida fascinación la lengua amoratada del moribundo. Entonces se dio cuenta de que se estaba dejando llevar por una nueva ensoñación, de las del tipo irreal. Respiró hondo, tratando de tranquilizarse. Hizo un esfuerzo supremo por recuperar el paraíso perdido y no pudo llegar a él. Al contrario, cuanto más trataba de recordar más lejano y remoto se volvía. Decidió dejarlo a un lado, con la esperanza de que algún día volviera. Si no era así, como le parecía más probable, al menos le quedaría el sabor agridulce de la sombra del conocimiento.

Peláez se serenó y, en lugar de tomar venganza sobre González, volvió a sus papeles. Debía rellenar la Declaración de la Renta de su Jefe y conseguir que fuera negativa. Odiaba a González. Le había robado el momento más importante de su vida, pero todavía tenía que ganarse sus habichuelas como cada día. Suspiró una vez más, como tributo a la pérdida, y dejó de pensar. Al final de la tarde, González se llevó una alegría: ese año Hacienda le devolvería más dinero que los anteriores a pesar de que sus ingresos habían sido muy superiores a los de otros años. En el fondo, aunque un poco perezoso, aquel empleadillo, Agustín Peláez, no era mala persona. Sólo había que recordarle de vez en cuando quién mandaba allí.

Juan Luis Monedero Rodrigo

Detalle 8: COMO UN PEZ

Algunas personas parecen disfrutar recordándose continuamente su desgracia. La mayoría no es que disfruten, pero no pueden evitar volver una y otra vez sobre aquellos problemas que les obsesionan, poco importa que sean o no solubles.

Ese podría ser el caso de nuestra protagonista. Está de pie sobre la alta roca que da al acantilado. Un metro por delante de ella se extiende el hondo precipicio y, al pie de la pared vertical de piedra, golpea el bravo oleaje con su rítmico vaivén de agua y espuma de mar. Los ojos de la chica observan el azul verdoso del agua con nostalgia, diríase que con profunda pena.

"Quisiera ser un pez...", decía la canción. "Quisiera ser un pez...", se dice una y otra vez la chica. Acaso está loca. Ella no puede ser su propio juez y tampoco se atreve a confesarse la temida demencia. Es

cierto. No es ninguna broma ni mera poesía: ella quisiera ser un pez. Desplazarse libremente por el mar, nadar, bucear, agitar el cuerpo sin brazos ni piernas, aletear y avanzar por el líquido elemento a fuerza de los empellones de su cola. Tal vez se conformaría con ser sirena, si las sirenas existieran, o quizá delfín, a pesar de la dependencia del oxígeno atmosférico. "¡Qué locura!", se dice. "¡Qué locura!", le dirían si confesase su sueño.

Es una chica callada, triste y taciturna. Es lo único que pretenden saber de ella sus vecinos, amigos y familiares. Antes no era tan rara, aventura alguno de ellos. Sí, es cierto que antes se reía a menudo y se pensaba feliz. Pero ya no. Su sueño, su obsesión irrealizable la devora. Pero, ¿cómo explicar su obsesión a nadie? La gente no podría comprender algo así. La mayoría está demasiado atada al suelo como para entender, y el resto no se sentiría capaz de realizar tamaño esfuerzo de comprensión.

Coge a una persona cualquiera y cuéntale un sueño loco. Ser un pez con agallas, escamas y aletas, que vive bajo el agua, que respira del agua, que come algas y atrapa peces pequeños, ¡qué asco! Ser libre bajo el agua, poder explorar esos mundos desconocidos, nadar durante horas sin agotarse ni esforzarse, vivir en el mar como lo más normal del mundo. No, nadie puede entenderlo. Y además, aparte de ser una locura mayúscula, es irrealizable. Parece que este último aspecto supone la condena definitiva del sueño.

Y nuestra chica se pregunta, desesperanzada, qué confiere respetabilidad a un sueño. Parece ser la factibilidad o su apariencia. Pero no es del todo cierto. Hay utopías irrealizables perfectamente respetables. Quizá es la costumbre o, tal vez, sólo la capacidad de los demás para compartir esos sueños.

Hay sueños descabellados que la gente se esfuerza en comprender. Gente que pretende cambiar el mundo de forma inverosímil y arrastra a otros tras de sí. Hay personas que sueñan con tener alguna profesión o afición para las que no tienen ningún talento. Y esos son dignos de lástima. Hay hombres que quisieran ser mujeres y mujeres

que quisieran ser hombres. Y esos son dignos de lástima y hay incluso cirujanos que intentan aproximarlos burdamente a su sueño. Pero si alguien dice que quiere ser un pez no es digno de lástima por no poder cumplir su sueño, sino sólo por su locura. ¿Por qué unos sueños han de ser respetables y otros ridículos? Quién sabe. Ella, mientras tanto, se limita a contemplar el mar a sus pies y se imagina a sí misma buceando y respirando bajo el agua, simplemente como un pez cualquiera.

## ESPERANDO EN LA LUNA

Una sombra, pequeña y encogida, avanzó de forma vacilante, lentamente, en la soledad de la noche. Atravesó medio bosque con paso torpe y dubitativo, hasta que por fin, alcanzó su destino: unas rocas en lo alto de una colina, imposibles de ver desde abajo, pero que proporcionaban una visión casi ideal de la ciudad que poco a poco se comía el bosque, del cielo, de las estrellas ... de la Luna.

Cuando la sombra se detuvo sobre las desgastadas rocas, el pálido astro que reina en la noche, salió a recibirle abandonando su escondite. Unas algodonosas nubes que parecían pintadas por un crío.

La luz de la Luna descubrió un rostro cansado y feliz. Cansado por el esfuerzo que había hecho para llegar hasta allí y cansado también por los innumerables años que llevaba a cuestas como delataban las profundas arrugas que surcaban su menuda y sonriente cara.

Y es que estaba feliz.

A pesar de todo estaba feliz.

Sonreía de alegría por estar ahí una noche más. Una noche más como en las noches de los anteriores dieciseis años.

Hacía ya dieciseis años. Una lágrima asomó tímidamente para dejarse caer finalmente, rodando por el rostro de aquél anciano de más de ochenta años.

Apenas reparó en que estaba llorando. Cada noche era lo mismo. Sin embargo, aquella vez, recordó con más fuerza que nunca aquél día, hacía ya dieciseis años, en que media vida se le marchó.

Y es que ella había sido media vida para él, igual que él era media vida para ella. Jamás comprendió porqué Dios los había separado.

Trataba de recordar qué habían hecho mal para merecer semejante castigo ... pero nunca encontraba la respuesta.

Recordaba su rostro, últimamente lleno de finas arrugas que cruzaban su cara con delicadeza para no estropearlo demasiado. Su pelo, blanco como la Luna, cuando llegó a ser negro como la noche. Su cuerpo se hizo más frágil, su piel más fina, su espalda más encorvada ... pero sus ojos, aquellos ojos negros, nunca cambiaron. Siempre le miraron con amor, con ardor, con ingenuidad, con esperanza, con cariño, con deseo, ... con amor. Desde los trece años, edad que tenían los dos cuando se conocieron, siempre le miraron con amor. Aquellos ojos nunca tuvieron secretos para él, igual que los suyos nunca tuvieron secretos para ella. Muchos años antes de separarse se habían acostumbrado a hablarse con los ojos, No hacía falta nada más ... para decírselo todo.

Crecieron juntos, estudiaron juntos, trabajaron juntos, vivieron juntos, pero algo que temían les acabó separando. Siempre se dijeron que morirían juntos, porque ni la vida tendría sentido para el que se quedara, ni el más allá tendría significado alguno para el que se fuera.

Y es que siempre tuvieron miedo a la muerte. No a la muerte en sí, sino miedo a que los separara. Miedo a encontrarse solos en el más allá, miedo a que cualquiera de los dos tuviera que descubrir solo que era eso de la muerte, y cómo sería la vida después de la muerte ... porque no dudaban de que tenía que haber algo después de la muerte. Su amor era tan fuerte, tan intenso, que sabían que duraría para siempre, para toda la eternidad.

Sin embargo, hacía ya dieciseis años llegó el día que tanto habían temido. La muerte rondó su casa y envidiosa de su amor, se la llevó. Se llevó a la compañera de su vida, a la compañera de su alma.

Una enfermedad rápida acabó con su vida. Pero antes tuvieron tiempo de despedirse.

Ella se negó a abandonar su casa para ir a un hospital, y puesto que los médicos sabían que ya no había nada que hacer, respetaron su última voluntad. Permaneció hasta el último momento en su habitación, en la habitación en la que habían pasado los años más felices de su vida, sobre el lecho en el que tantas veces se demostraran su amor.

Allí yacía ella, tumbada, más delgada que de costumbre, más pálida que de costumbre.

Él se sentó a su lado, en una vieja silla de madera, y le acarició el rostro, hundió sus dedos en su pelo y con lágrimas en los ojos la pidió que no se fuera.

Pero la hora había llegado y los dos lo sabían. Por eso él lloraba. Por eso ella lo miraba con el miedo dibujado en sus ojos, miedo por enfrentarse por primera vez en más de cincuenta años sola a algo ... sola ante la muerte. Miedo a no volver a verle más. Miedo a que nunca la volviera a encontrar. Miedo a no seguir amándose más.

Durante horas se miraron sin decirse nada. Entre esas cuatro paredes, amarillentas por el paso de los años, testigos de tantos y tantos momentos felices. Llenas de recuerdos, llenas de mil y una historias que, siempre juntos, habían vivido durante más de cuarenta años de feliz matrimonio.

Su primera experiencia, su primer trabajo, su primer hijo, su primera hija, su ascenso en la empresa, su segundo hijo, su amor, siempre su amor, su primer nieto, su jubilación, la enfermedad de ella ... y el amor, siempre el amor.

Aquellas paredes habían sido testigos de toda una vida llena de amor.

Pero el momento llegó.

Ella sintió una especie de escalofrío que le recorrió todo el cuerpo avisándola de su partida. Apretó la mano del compañero de su vida. Clavó sus ojos en él, y con el último aliento pronunció unas palabras, unos breves susurros que se le clavaron en el corazón, que se le clavaron en el alma.

"Cariño, te esperaré en la Luna, y juntos ... juntos buscaremos el cielo".

Dicho esto volvió sus ojos hacia la reina de la noche que se asomaba por la ventana, como si no quisiera perderse detalle. Él sintió cómo se le iba de las manos, cómo su amor salía de aquél cuerpo muerto, inerte, carente de vida, y que de forma pesada se hundía en la cama. Inmediatamente las ventanas de la habitación se abrieron de par en par, empujadas por el viento. Volvió su cabeza hacia la noche que cubría el cielo, y allí la vio. La Luna se erguía majestuosa sobre la oscuridad de la noche.

Se levantó de la silla y se asomó a la ventana. Allí mismo, mientras el frío aire de Invierno le azotaba el rostro, la prometió ir a verla todas las noches.

Así le encontraron sus hijos. Trataron de consolarle, pero eran ellos los que se consolaban con él. Y es que él ya estaba tranquilo. Sabía dónde estaba, sabía que era cuestión de tiempo, que cuando llegara la hora iría a su encuentro y ya nada más podría separarles.

Al día siguiente de su muerte salió por la noche de casa. Vivía con su hija en un chalecito casi a las fueras de la ciudad y al pie de un hermoso bosque.

Fue vagando por él hasta que la fortuna quiso que encontrara aquella colina, con aquellas rocas, que le acercaban a la Luna, donde estaba su esposa, hasta casi tocarla con los dedos.

Al principio sus hijos no le dijeron nada, pensaban que se trataba de una crisis pasajera. Pronto se le pasaría. Pero fueron cayendo los días, las semanas, los meses, los años, y cada vez más fatigado, más débil, seguía saliendo por las noches a contemplar la Luna en la que pacientemente esperaba su amor.

Sus hijos decidieron que era el momento de hablar con él. Ya habían perdido a su madre y no querían perder también a su padre.

Él trató de explicárselo todo. No le creyeron. Pensaron que estaba trastornado, que se había convertido en un viejo loco. No les culpaba. Si a él mismo alguien le hubiese venido con aquella historia, no le habría creído.

Al final, todo quedó igual. Decidieron respetar su voluntad y hacían como que no sabían que seguía saliendo por las noches. Si aquello le hacía feliz, no era cuestión de quitárselo.

Así fueron pasando los años. Dieciséis largos y solitarios años, y es que aunque sus hijos y nietos se esforzaban en hacerle feliz, en acompañarle, nunca fue igual. Ya nada podía ser igual porque cuando ella murió, se llevó la mitad de su ser.

Aquél día o mejor dicho, aquella noche, no había sido distinta a las demás. A eso de las diez salió de casa apoyándose en un bonito y trabajado bastón de madera, con la empuñadura de oro, regalo de su hija. Caminó por un sendero que se conocía de memoria. No le hacían falta linternas, conocía cada palmo del terreno.

El problema era otro.

La fatiga, el cansancio, eran mayores cada día que pasaba. Sabía que pronto se terminarían aquellas escapadas. Sintió como en el último tramo del recorrido, cuando tenía que abandonar el sendero, el corazón le latía rápidamente, como nunca lo había hecho. La fatiga se apoderó de él, y casi tambaleándose, con las piernas temblando, alcanzó su destino.

Allí estaba, sobre la roca desde la que tantas y tantas veces la había contemplado. La Luna, siempre acompañándole durante aquellos dieciséis años.

Y aunque muchas veces sus ojos no podían verla, sabía que estaba ahí. Como todas las noches la habló, la contó todo lo ocurrido durante el día, e incluso a veces pedía perdón cuando sabía que había cometido algún error.

Sabía que allí en lo alto, sentada sobre la Luna, estaba su esposa esperándole, escuchándole ... amándole.

Se recostó en la roca, siempre mirando a la Luna. El ruido de la ciudad fue descendiendo poco a poco hasta hacerse casi imperceptible a eso de las doce, hora a la que normalmente volvía a casa, a pesar de que más de una vez tuvo la tentación de quedarse allí toda la noche, con su esposa... pero no quería preocupar a sus hijos, sabía que sus hijos conocían lo de sus escapadas al bosque aunque no le decían nada, y sabía también que a ella no le gustaría que sus hijos se preocuparan por su causa.

Trató de levantarse para iniciar el camino de regreso, pero no pudo. El corazón volvió a latirle de nuevo con gran rapidez, la respiración se le aceleraba y la cabeza se le iba. Comenzó a sudar a pesar de la baja temperatura.

Sin embargo vio algo que le hizo ponerse de pie.

¡Era ella!

Primero creyó ver algo que se movía sobre la superficie de la Luna. Algo que cada vez se hacía más y más grande, que estaba más y más cerca.

No cabía duda, ¡era ella!

Sus ojos podían verla. Se miraron, se hablaron, estaba ahí, ¡podía verla!. No era un espejismo, su cara, la cara de su amada esposa ... ¡le estaba sonriendo!.

Dejó caer su bastón y tendió su mano derecha hacia la Luna de la que venía su amor.

Sintió como su cuerpo se desplomaba pesadamente sobre las rocas, sin vida, mientras su alma volaba, llena de alegría, al encuentro de su amada, que como le había prometido hacía dieciséis años, le estuvo esperando en la Luna, para buscar juntos el cielo.

Alejandro L.

Detalle 9: DEL AMOR FUGAZ

Era un bonito documental acerca del origen y evolución del Universo. Muy interesante y muy didáctico. Lo extraño es que a ella le hiciera pensar en asuntos que nada tenían que ver con la Astrofísica.

Estaba viendo el documental, el cual le parecía sumamente interesante. Una tenía pocas oportunidades de ver documentales en televisión y no todos ellos eran de calidad. Y para uno verdaderamente bueno que ponen, a ella le da por pensar en otras cosas y no se entera del resto.

Porque vamos a ver, así, a priori, qué tendría que ver el origen del Universo con el amor humano. Pues en eso se puso a pensar: en amor. Y la relación, por lejana que pudiera parecer a primera vista, sí que había existido en su mente. El caso es que al oír hablar de millones de años, de eones y eras, a ella no se le ocurrió pensar en otra cosa que en el amor fugaz.

¡Qué tontería! Pero no dejaba de parecerle razonable. Una oye hablar de miles de millones de años como si fueran nimiedades y entonces piensa en la duración de la vida humana. ¡Qué miseria! Ochenta años pueden parecer muchos, pero no son nada cuando una piensa en el tiempo a lo grande, como en el documental. Y pensando en grandes cifras es cuando pierde su sentido el valor que el hombre da a los acontecimientos en su minúscula escala de tiempo. Ciertamente es en este punto donde se produce el salto mental: ¡chas!, del tiempo geológico y humano pasa a pensar en el amor. Porque, veamos, una se enamora y le parece algo fuera de lo común pensar en un amor para toda la vida, como

si cuarenta o cincuenta años con un tipo que envejece a tu lado fueran un sinónimo de eternidad. Pues no, mirándolo fríamente, cuarenta años son una birria. Pero a nosotros nos parecen una barbaridad de años. Por eso, cuando nos enamoramos en serio y pensamos que la cosa va a durar, nos imaginamos matrimonios para toda la vida y cosas por el estilo. Por eso quitamos importancia a esos amores fugaces o pasajeros, que pueden durar unos meses, unas semanas, tal vez unos días, unas horas o, incluso, a veces, tan sólo unos breves segundos. Y, bien mirado, si comparamos esas cifras con los millones de años del documental, parece que todas se igualan. Para la escala astronómica unos segundos y unos cuantos años son prácticamente lo mismo, una minúscula gota en el enorme río del tiempo. Entonces, ¿por qué decir que unos amores son trascendentales y otros nimios? Vistas así las cosas, parece que no tiene mucho sentido establecer diferencias. Y, desde otro punto de vista, si queremos otorgar algún tipo de eternidad -que para el caso parece un sinónimo adecuado de trascendentalidad- a nuestro pequeños amores, siempre podemos pensar que cualquier cosa que suceda no se pierde sino que queda como una especie de isla en el continuo fluir del tiempo. Pero entonces nuestros amores duraderos y fugaces son igualmente perdurables, sin más distinción que el grado o la duración, no la trascendencia.

"¡Vaya!", se dice divertida nuestra protagonista mientras intenta infructuosamente retomar el hilo de la narración, "creo que he estado verdaderamente enamorada cientos de veces". Y este descubrimiento, creencia o apreciación la hace sentir feliz por un momento, aunque, pese a todo, se da perfecta cuenta de que nada ha cambiado en su intrascendente vida.

<<Felizmente terminaba por advertir
que todo eso era imaginario y que
al menos seguía quedando la
posibilidad real>>

Ernesto Sábato

Vives en ese mundo imaginario
que creas con la punta de tus dedos.

Te sumerges a diario en la actividad
que desatas en tu convulsa paz interior.
No vives en tus actos, en tu mundo.
(Esa vida carece de sentido).
Con la fe extrema de Santo Tomás
sólo crees aquello que sientes con vehemencia.
Viviendo sin poder vivir en ti
logras la sublimación con cuanto te rodea.
Con la mano en el pecho apuestas tu corazón
como quien no tiene nada que perder.
Pero sabes que todo eso es ficción
y que al menos queda la posibilidad real.
Enervado por la hiperestesia sin límites
esperas ansioso la llegada de la primavera.

Narciso Tuera

Detalle 10: COMUNICACIÓN

Es tan difícil la comunicación. Ambos se dan perfecta cuenta de ello. La verdad es que no tendría por qué serlo. Al menos no parece razonable pensar que sea tan complicado hacerse entender, por más que el lenguaje humano -tanto basado en palabras como gestual- no sea una herramienta perfecta o tan siquiera adecuada.

Lo cierto es que, en un principio, la conversación era amigable, un sencillo diálogo. No eran amigos, desde luego que no, pero tampoco enemigos que se demuestran hostilidad. Los dos tenían opiniones diferentes sobre un mismo tema y sólo pretendían intercambiar ideas y, de ese modo, enriquecer e incluso modificar, si eso fuera necesario, los propios criterios.

Sin embargo, a los pocos minutos, los dos se habían enzarzado en una agria disputa. Más tarde, cuando la discusión hubiera concluido y los dos meditaran tranquilamente al respecto, se darían cuenta de que lo que los había llevado a discutir no fue la disparidad de opiniones sino la frustración de no haber sido capaz de hacerse entender ni de comprender, a su vez, lo que el otro quería decir.

Es triste pero cierto, se decía uno de los dos, rara vez somos capaces de transmitir a los demás aquello que hay en nuestra cabeza o

en nuestro corazón. Quizá, se dice nuestro hombre, el problema es la sinceridad. ¿Cómo podemos pretender que nos entiendan si rara vez decimos verdades completas? Es necesario mucho valor para hablar claramente y con el corazón en la mano, sin temor a hacernos daño o lastimar al interlocutor.

Es triste pero cierto, se confesaba el otro, rara vez escuchamos a los demás con el suficiente interés. La mayoría de las veces escuchamos a medias, como si en el fondo temiéramos que nos pudieran convencer o introducir la duda en nuestras sólidas seguridades. Es necesario mucho valor para estar dispuesto a admitir la posible falsedad de nuestras creencias más firmes.

Es triste pero cierto, concluyen los dos, rara vez es posible la verdadera comunicación. No importa que la conversación sea trascendente o trivial, ni que sea amigable u hostil. Tal vez se debe al emisor, tal vez al receptor, quizá a los dos, quizá al lenguaje o al pensamiento. ¡Pero cuántas cosas habrán quedado sin comprender, cuantas relaciones y negociaciones habrán fracasado por no ser el hombre capaz de comunicarse con sus semejantes!

Los dos hacen propósito de enmienda para una nueva ocasión. Cuando vuelvan a encontrarse harán todo lo posible por comprender y hacerse entender. Y, posiblemente, no lo conseguirán, no del todo, y esa frustración de no ser capaz de compartirse del todo volverá a dejar la comunicación incompleta y, con ello, lugar para la insatisfacción. No, la comunicación nunca es fácil -se dicen los dos-, porque tal vez no lo es ni siquiera con uno mismo.

## LA SOMBRA

Sólo somos sombras de un sueño. Lo sé porque yo ya había muerto hacía tiempo (no recuerdo cómo; los seres soñados no podemos recordar detalles). Algo había salido mal y tuve que bajar otra vez para enmendar el fallo. Supongo que esto es lo que vosotros llamáis castigo eterno: repetir eternamente tu vida hasta que todo haya salido a la perfección. Sólo entonces mueres realmente y te es permitido el descanso. Lo cierto es que yo me casé con una mujer odiosa con la que viví durante cuarenta larguísimos años (creí que nunca iban a acabar). Era una mujer terrible con la que sólo compartía la cama, verdadero

fundamento de todo matrimonio. Tuvimos tres hijos, pero también ellos formaban parte de ese magnífico error. Entonces regresé al momento preciso en el que el cura me preguntaba si deseaba casarme con aquella mujer (ya sabéis, aquello de "...hasta que la muerte os separe..."). No vacilé un momento. Contesté "No".

Existieron mil razones para otros tantos regresos: los celos, cientos de infidelidades (tardé mucho en subsanar este "error"), una contestación a mi madre, un asesinato... Sí, un asesinato, porque a veces has conseguido un nivel grandísimo de pureza pero te sobreviene un ataque de locura. De repente la carne se vuelve débil y crees odiar a todo el mundo. Entonces, como en el juego de la oca, tienes que volver a la primera casilla y empezar desde el principio. Porque la vida viene a ser como una partida infinita donde nuestro adversario -Dios- nos descoloca constantemente las fichas.

Luego he vuelto a regresar más veces, porque siempre hay algo que falla, algún error inapreciable (*) que viene a echar abajo una vida plagada de misticismo y existencia virtuosa. Ayer tuve que regresar de nuevo por un problema de vanidad: me creía ya perfecto...

Narciso Tuera

(*) algún mínimo detalle

MEDIAS SONRISAS

Dos sitios en el autobús, los dos al lado de una ventana, los dos al lado de una desconocida, los dos igual de cerca, los dos únicos, las mismas condiciones en la conservación de los asientos, hay que elegir, qué nos queda... si tu respuesta es lo bien o mal que esté la chica, en el fondo siempre actúas según eso, en mayor o menor medida.

.....

8 ruedas... 2 carritos con ruedas. Un padre y un hijo. Un padre que empuja y el hijo que va sentado. Un hijo que empuja y el padre que va sentado. Un coche de niños y una silla de ruedas... el final y el principio son siempre tan parecidos.

Juan Carlos Jiménez Moreno

Tengo los ojos rojos, el corazón negro

de pensar tanto en todo
de dar tantas vueltas a lo absurdo,
de mirarte tanto a hurtadillas...
No quiero ser nada más que yo mismo;
-creo que no es pedir mucho-,
pero tampoco nada menos.
Sin embargo algo me impide ser yo.
Siempre hay algo, algún matiz,
alguna elemental discusión.
Todo es equívoco;
todo es confuso.
Tengo los ojos rojos, el corazón negro
y no puedo curar mi espanto
porque no alcanzo ese candor,
esa pureza primigenia,
esa libertad única y maravillosa.
"Si pudiera, adelantaría el reloj
de mis horas para no tener así
que recorrer el camino".
(Lo importante es llegar;
No importa cómo).
De tanto callar;
de tanto ahogar sentimientos,
tengo los ojos rojos;
el corazón negro.

Narciso Tuera

Detalle 11: SOBRE EXISTENCIA PROPIA Y AJENA

-Me dijo mi hermano que te vio el otro día en la discoteca bailando con una chica -le comentó su amigo.

-Sí, con Raquel, la chica con la que estoy saliendo. ¿No te la he presentado?

No le molestaba la información, no era ningún secreto que fue con Raquel a la discoteca aquel sábado por la noche, igual que otras

veces. Pero se siente extrañado por su procedencia. Él no conoce al hermano de su amigo. Quizá lo haya visto, quizá fueron presentados tiempo atrás, pero no es capaz de identificar un rostro o una personalidad correspondiente a aquel desconocido hermano.

Es un descubrimiento, una idea que hace pensar. Se ha despedido del amigo y todavía sigue con el dichoso hermano en la cabeza. No tiene esperanzas de recordarlo, ni siquiera lo pretende. Parece una tontería, pero darse cuenta de que existe para alguien -el hermano- a quien no conoce ni significa nada para él le proporciona una sensación de irrealidad. Igualmente, piensa, existirá para una infinidad de desconocidos y él conocerá a muchos para los que él no existe.

No es tan raro. Si uno se pone a pensar en la gente que conoce, es muy normal que haya personas a su alrededor con quienes hablan, a quienes mencionan la existencia de uno, de forma que deja de ser un completo desconocido. Tal vez para muchos sólo es una etiqueta: el novio de Raquel, el amigo de su hermano, el chico que se sienta en la segunda fila, el chico que toma el metro a las 9:30, el chico que compra el periódico cada viernes y luego el pan en la tienda de al lado, el nuevo vecino, el que habló el otro día con Sonia, el que se durmió en el concierto. No se requieren nombres ni historias para conocer a una persona. No conocer de veras, simplemente personalizarlo dentro del rebaño. Hay tantas formas de existencia propia y ajena. Minúsculas e intrascendentes, pero de existencia al fin y al cabo.

Así, pensando en el hermano de su amigo, en un desconocido que sabía de él, aunque sólo fuera por referencias, llegó a la conclusión de que si la propia existencia se contrasta a través de la impresión que causamos en otras individualidades, hay muchas formas de existir a través de los otros. Así, pensando, se encontró ante la puerta de casa. Abrió y su perro, Franky, salió a recibirlo dando saltos de alegría y moviendo rápidamente la cola. Lo miró fijamente a los ojos, divertido ante la nueva consciencia para la que se hacía presente, y le dijo, sin esperar respuesta:

-Y para ti, ¿quién se supone que soy yo?

"Íbamos a vivir toda la vida juntos.
Íbamos a morir toda la muerte juntos. Adiós."
Manuel Scorza.

## EL CORAZÓN DIFUSO

Llegaste tarde, como siempre. Atravesaste el café mirando de un lado a otro, nervioso, deliciosamente excitado. Allí estaba, en una mesita arrinconada al margen izquierdo del pasillo central. La miraste por primera vez pero ella no pareció verte. Tenía un libro entre las manos. Crees que era "Eugenie Grandet". Sí, estás completamente seguro porque sentiste que te esperaba desde siempre, como si fueras Charles. Te aproximaste con lentitud hasta la mesita, sigilosamente: no querías que se te escapara ese momento. Una vez frente a ella la miraste una segunda vez, inquisitoriamente, como intentando radiografiar sus sentimientos. Levantó la vista del libro y, esta vez sí, te miró. Fueron tan sólo décimas de segundo, pero creíste ver una luz en la oscuridad de sus ojos. Allá al fondo, pero casi la podías tocar. La saludaste; la diste dos besos y te asombraste de lo cerca que habías estado de su boca.

Te sentaste. Pediste un café; ella aún no había terminado el suyo. Entonces empezasteis a charlar sobre cosas sin importancia. (Siempre hablabais de cosas sin importancia). Y durante toda la conversación no dejaste de mirarla un segundo y sentiste como se turbaba, como le alcanzaba el rubor las mejillas. Ella te miraba también, pero su mirada era inescrutable. Al otro lado de su mirada no refulgían cientos de velas encendidas como en la tuya.

"Sus ojos incógnitos, un universo reducido; Agujeros Negros; gigantesca entelequia. La quiero".

Eso pensaste mientras jugabas con la cucharilla buscando tu destino en los posos del café. Buscabas qué decirla cuando se hubiera agotado el repertorio habitual. Ella no te vio pero dibujaste un corazón dulce entre los restos de azúcar y de café.

Habías dejado de mirarla durante algunos segundos. Ella seguía hablando pero tú apenas la escuchabas. Hablaba de su próximo matrimonio, de lo feliz que era junto a su prometido, de la estabilidad y agradable seguridad que había encontrado junto a él. Pero tú no la creías y observabas como temblaba su blusa, como se expandía y

contraía por los movimientos de un corazón que debía estar latiendo violentamente. Te excitaste intensamente al pensar que ella estaba sintiendo lo mismo, que todo lo que estaba diciendo era para engañarte, para engañarse a sí misma.

-Y tú, ¿por qué no te casas? -inquirió repentinamente. Tú todavía mirabas como temblaba su blusa. No lo pensaste más y disparaste a bocajarro:

-Porque yo te quiero a ti.

Entonces buscaste su mano por debajo de la mesa. La encontraste. Era fría, suave, delicadamente bella. Estaba temblando...

"Silencio. Piensa. Momento clave. El cielo o el infierno; o todo o nada".

Te miró de nuevo. Creíste que estaba a punto de llorar. Tiernamente soltó tu mano y dijo que se marchaba. Te pidió perdón, que por favor no la acompañaras. Dijiste:

-Está bien. Lo siento. Fui sincero.

Y viste como se alejaba apresuradamente por el pasillo central entre mesas donde la gente seguía charlando indiferente. Y tú quedaste escrutando los posos de su café. Creíste ver otro corazón, más difuso...

---

Habían pasado quince años y tú seguías sentado frente al mismo café. Algo más viejo, quizás, pero tú mismo al fin y al cabo. La nieve había comenzado a teñir tus cabellos de blanco. Ahora llamabas madurez a no vivir con aquella incontenible hiperestesia con que vivías antes. ¡Tantas cosas habían cambiado! Seguías leyendo a Pessoa, pero ahora solamente recordabas cuatro exiguos versos:

"No soy nada
Nunca seré nada
No puedo querer ser nada
Aparte de esto, tengo en mi todos los sueños del mundo."

En verdad todo había cambiado. Porque ahora cada nuevo día no era un nuevo capítulo de ese libro que escribes con el tesón de una pequeña hormiga que arrastra tozudamente un peso cien veces mayor que el suyo. No; ya llevabas mucho tiempo anclado en el mismo capítulo, un capítulo monótono y aburrido donde nunca pasaba nada...

"La vida sigue igual.

Sólo cambiamos nosotros."

Y, sin embargo, recordabas sin olvidar detalle alguno los pormenores de aquel otro capítulo, de aquella noche crucial que había hecho cambiar el rumbo de esa historia individual que no se recoge en ninguna enciclopedia, pero que es más importante que la vida de Napoleón, porque te atañe directamente, porque has de escribirla a diario, porque nadie la escribirá por ti...

"¿A quien le importa quien era Murat?"

Así habían transcurrido esos quince años, dando vueltas a un mismo suceso, haciendo cábalas sobre lo que hubiera ocurrido si aquella noche no hubieras estado en casa. Creías en el destino, pero sólo en ese destino que se trabaja, que se provoca. Tu fe en el destino era una fe de agnóstico, una de tantas entelequias que asolan el entendimiento humano.

Tú estabas en tu habitación escribiendo las páginas de tu ignoto diario. Moría el crepúsculo con el último día del otoño. Habías escrito algo sobre los posos de un café y su vinculación con el futuro, con el devenir de los hechos. Entonces alguien llamó a la puerta con los nudillos. Te sorprendió porque no esperabas a nadie y el timbre funcionaba. Comprobaste si había luz. Sí; la puerta volvió a temblar, con impaciencia. Abriste lentamente, como quien desenvuelve un precioso regalo. Era ella. (Lo sabías, aunque no quisieras admitirlo). Y, como tantas otras veces, no supiste qué hacer cuando el corazón te hubo saltado a las manos. La miraste fijamente, con algo de incredulidad.

-Bueno, pasa... No te quedes ahí.

La besaste fríamente. No pensaste en lo de sus labios como aquella otra vez. La cabeza te daba vueltas sin parar; creías que te iba a estallar. Te temblaba el pulso.

"¡Maldita sea!. La música... George Winston no es apropiado."

Pero la música era lo de menos. No había hecho más que entrar y ya te estaba besando ardientemente, diciéndote todo aquello que tú siempre habías querido decirle y nunca supiste cómo. Te acarició la cabeza con ternura hablándote de cómo había esperado ese momento, de la luz de la Luna, de no sé qué panal de miel y de la belleza del ocaso. Y tú sólo podías pensar en el hermoso jarrón que acababas de hacer añicos de un manotazo. Mirabas los trozos desperdigados por el suelo.

En su magistral desorden apreciaste cómo no había tal. Los restos de porcelana se alineaban armoniosamente formando una confusa imagen. No le diste más importancia porque tú también ardías de pasión. Entonces las palabras callaron, y hablaron los sentimientos...

---

Desde entonces sólo has vivido para lo único que te ha importado hasta este mismo momento: ELLA. Ahora está en la cocina. Mientras, tú sigues buscando tu destino en los posos de ese café. Nunca le has hablado de ello. No le has contado lo que viste en aquel jarrón destrozado, lo mismo que ves ahora en ese café. Sientes que todavía la quieres, sí, pero ya no con aquel amor ciego, falto de cualquier rastro de cordura con que la amabas antas. Por ella hubieras matado; hoy apenas sabes si darías la vida. Las huellas que el paso del tiempo va dejando en nuestros cuerpos son menores que las que soportan nuestros sentimientos, nuestras emociones. Hoy nada nos enternece como antes...

"Los sentimientos son el fuego que necesariamente acaba en rescoldo. Donde antes había llamas hoy sólo hay brasas."

Y, sin embargo, somos la misma persona. Sólo la memoria da fe de ello. Recuerdas a Rosales:

"La palabra del alma es la memoria,
la memoria del alma es la esperanza..."

Pero nosotros ya no tenemos esperanza en nada. Ni siquiera en nosotros mismos. ¡Quizás lo mejor fuera decir adiós!

"¿Somos nosotros, o ha sido el tiempo el que nos ha hecho cambiar?"

Has vuelto a mirar el café y, de nuevo, has vuelto a ver esa figura nubilosa. Entonces ella ha entrado en el salón. Parece que no ha pasado el tiempo y la sigues viendo como el día de la cafetería. También ha envejecido, pero parece haberlo hecho sólo en solidaridad contigo. Ella te sigue queriendo como aquel día y tú lo sabes. Sus ojos siguen teniendo esa luz mágica de vuestros primeros días, como una vela encendida en la oscuridad. Entonces, te ha mirado dulcemente cuando te ha visto así: sentado en el sillón con la cabeza metida en la taza de café. Te ha vuelto a mirar tiernamente y te ha preguntado:

-¿Qué buscas, cariño?

-¡Oh, nada! Sólo las huellas de nuestro corazón difuso.

Detalle 12: EL LUGAR EQUIVOCADO

El gesto habitual de cada día de camino al trabajo. Llega el metro y entra como un buitre al vagón dispuesto a conseguir sitio a cualquier precio. Hoy no viene muy lleno. Se sienta en el medio de una hilera de asientos, saca su novela y comienza a leer despreocupado. Suena el silbato y el tren va a partir. ¡Un momento! Las puertas no pueden cerrarse todavía. Una pareja de jóvenes viene corriendo y el conductor los espera. Parecen novios. Miran en derredor, buscando un par de asientos libres, y se sientan uno a cada lado de nuestro hombre.

Podía haberles cedido su sitio para que fueran juntos y ocupar él uno de los extremos de la hilera. Por pereza y desgana no lo hace. Sigue atento a su novela como si no se diera cuenta de la conversación que empieza a establecerse desde ambos lados de su asiento.

Es lógico. Los chicos venían juntos y tienen muchas cosas que decirse. Posiblemente se limitan a continuar una conversación que no querían dar por zanjada. No van a interrumpirse por la presencia de un extraño entre los dos. Y el caso es que la conversación parece bastante privada, casi íntima.

Nuestro hombre finge seguir atento a la novela, pero no puede evitar oír a los jóvenes. Se da perfecta cuenta de que se encuentra en un lugar que no le corresponde. Se dice que la conversación no le interesa, aunque lo cierto es que se trata de una persona tan cotilla como cualquiera. No puede cerrar los oídos a sus palabras, ¿verdad? ¡Bonita forma de justificar el deseo de husmear los asuntos ajenos! Todavía podría cambiarles los asientos, pero no lo hace. Prosigue leyendo, o simulando leer.

Los chicos parecen mirarse muy acaramelados. Si no estuviera él por medio es seguro que se abrazarían y tal vez se besarían, con mayor o menor discreción según fuera su costumbre. Y, sin embargo, la conversación, aunque mantenida en tono suave y amable, parece ocultar cierta tensión. Hablan de celos. Celos de la chica por una amiga del chico, su novio o lo que sea. Él quita importancia al asunto, pero se nota que está incómodo. Hace bromas y los dos se ríen. Para cuando llegan a

la siguiente estación ya han hecho las paces y están haciendo planes para el próximo fin de semana. Que si podrían ir a tal discoteca, pero no porque ella ha quedado con unas primas que vienen de fuera. Y después, ¿qué? ¿No nos vemos?...

¡Qué divertido!, se dice el cotilla. No les importa en absoluto que esté él allí en medio. De hecho es como si no estuviera. Ignoran su presencia completamente, como si cualquier pasajero desconocido fuera una parte integral del armazón del vagón. Pero, por otro lado, ¿qué iban a hacer si no? Pues eso, hablar delante de sus narices como si no existiera.

Él vuelve a su novela. Esta vez sí intenta centrarse en la lectura. Hace como si no hubiera oído nada y se empeña en no escuchar más secretos ajenos. Se siente un poco incómodo y avergonzado por su comportamiento. Ahora le parece demasiado tarde para intercambiar asientos. Intenta no moverse ni hacer ruido, como si inconscientemente temiera delatar su presencia ante los ojos extraños de los jóvenes que lo flanquean.

Es una tontería, pero cuando a la parada siguiente los chicos se levantan y salen del vagón, el involuntario espía se siente aliviado. Se da cuenta de que no se ha enterado de nada de lo sucedido en las cuatro últimas páginas del libro que lee. Agita la cabeza divertido y se le escapa una risotada que atrae sobre él la atención de varios viajeros aburridos.

¿Por qué se ha reído? Porque la escena de los jóvenes y él en medio le ha hecho pensar que si los fantasmas existen deben de ser algo parecido a lo que él ha sido durante unos instantes: seres de cuya presencia nadie se da cuenta y presencian escenas de una vida que no les corresponde. ¿Cómo explicarles la risa a sus vecinos de vagón? No, nunca le podría decir a nadie que durante cinco minutos se había sentido fantasma.

## A MI RECUERDO
(Una canción distinta)

Todo sucedió hace unos meses. Me había marchado yo a mis tierras de Extremadura, a mi adorado pueblo; ya sabéis vosotros. Cansado de Madrid y de sus gentes me retiré para estar conmigo mismo, en esa soledad que tan frecuentemente me acompaña. Una de las zonas

menos conocidas y concurridas de Gredos, incluso por los lugareños, es la sierra de Jarandilla de la Vera. El autocar me dejó en Jarandilla a las 10:15 minutos de la mañana, con el saco y una pequeña mochila.

El camino que va a la piscina municipal de Jarandilla, y que luego sale del pueblo, se convierte pronto en una pista trazada por Icona. Esta pista conduce por las colinas durante unos 13 kilómetros hasta llegar al refugio del Guijo de Santa Bárbara, desde donde se inician las excursiones hacia la Covacha, el pico más alto de Extremadura. Este es un camino que he recorrido veces, y que conozco bastante bien. Aquella vez, después de andar unos 8 kilómetros por la pista de Icona, me salí del camino en una curva, temeroso de encontrarme, incluso allí en el refugio, con gente conocida.

El día era magnífico, mediada la primavera del año pasado, con un leve viento y un sol que apenas calentaba; con la hierba alta y mullida y el agua del deshielo corriendo en muchas gargantas; con el corazón ligero, y poco peso en la espalda.

La mañana estuvo tranquila, y paré a comer en un prado, junto a una fuentecilla de agua fría que aún manaba; y algunos charcos formaba más abajo; donde, si te acercabas, las ranas saltaban.

La siesta es algo que a un día de sol y a una buena comida acompaña, y allí quedé dormido, escuchando el rumor del agua. Quizá soñé, o quizá soñé que soñaba; en cualquier caso sueños felices, porque me levanté con una sonrisa en la cara. Y me puse en camino de nuevo, sin saber a donde andaba, un paso tras otro, siguiendo mi mirada.

La tarde caía, y el sol se sonrosaba, al hacer un guiño al día que acababa.

Pues ya se sabe que las tardes de primavera comienzan a ser largas, y a mí me quedaban dos buenas horas de jornada, en las cuales quería llegar hasta donde la sierra estuviera del todo pelada. Di varias vueltas y otras más, mientras faldeaba una montaña, por llegar a una majada verde donde supuse que habría agua. Y era cierto que agua había, pero llegué cuando el sol ya se ponía. El cielo ya se tornaba oscuro, con el lucero visible a un lado, y otros muchos astros amagando hacer su entrada bajo la cortina de aquella noche estrellada.

Me incliné sobre el venero, bebiendo a sorbos aquel agua tan fría; haciendo pausas para tomar aliento, que en alguna ocasión, de puro

fría, cortaba la respiración. Se oían por entonces bastantes grillos, y levanté la cabeza fascinado, mientras el agua se escurría entre las manos, mirando la primera luciérnaga que veía hacía años. Y luego vi otra, y otra más; o quizá fueran cuatro, no lo sé muy bien, porque mientras miraba embelesado sentí una mano en el hombro, y me volví con un ligero sobresalto. Era un hombre viejo, viejo y arrugado; y digo viejo por decir algo, porque se me antojaba que en él el tiempo no tenía significado. Viejo y encorvado, sobre un bastón bastante largo, con la parte superior algo más abultada donde apoyaba la otra mano. Y quizá fuera la magia del momento, o alguna razón sin causa; el caso es que le ofrecí mi cantimplora, para que no se agachara, e hincara su rodilla en el suelo para beber del agua clara.

No dijo nada, así que saqué la cantimplora y primero la vacié y volví a llenarla después; e incluso quité el vaso que lleva abajo, y luego lo llené. Se lo tendí agachado como estaba, y él se inclinó para tomarlo, y sólo en ese momento me di cuenta de que era un hombre realmente alto. Bebió despacio y me devolvió el vaso, vacío; y yo lo volví a llenar, y a ofrecérselo de nuevo; y mientras lo tomaba con su mano izquierda me miraba a los ojos, de un modo tal que tuve que apartar la mirada, porque a pesar de ver poco, veía que brillaba, que eran ojos vivos, no como su piel gastada, que quizá vieran más allá, o quizá no vieran nada.

Oí como echaba el resto del agua que no quería a un lado, y entonces levanté la cara, apartando la vista del suelo, donde la tenía clavada. Sonrió y dijo:

-Ven, tengo la sopa casi preparada-. Tras lo cual se dio la vuelta y avanzó por la majada, metiéndose entre algunas escoberas. Yo, imprudente de mí, le seguí, aún cautivado por su mirada, y corrí por no perderle en aquella noche en la que se adentraba. El camino entre las matas era sencillo y le alcancé en un periquete. Anduvimos un buen rato, mucho, pensé después, para las pocas escoberas que había, aunque mi cabeza cubrían, no tenían más de 50 metros de espesura. Salimos a un claro, y a lo lejos se perfilaban las sombras de las montañas, el cielo estaba estrellado, y los grillos continuaban su tonada.

El viejo caminaba unos pasos por delante de mí, y casi escuchaba su respiración mientras andaba. No hace falta ser muy alto

para sacarme una cabeza, pero éste, por lo menos 3 me sacaba, y eso que andaba encorvado.

La casa era de piedra, con una sola estancia, en la que había un fuego en el suelo, al fondo, y sobre él, un caldero en el que algo se cocinaba. Mesa de madera, y 3 sillas altas, de madera también.

En una colgué los trastos y a ella me encaramé, girando la cabeza para ver lo que me rodeaba: el fuego, que poco alumbraba, aperos a un lado, un armario, la mesa, las sillas y una buena ventana, por la que se veía la noche ya entrada.

Alguna ensoñación ocupaba entonces mi mente, pero salí de ella a tiempo para ver como plantaba delante de mí un plato de barro y una cuchara de madera; otros para él al otro lado de la mesa. Se arrimó la silla y acercó el caldero abajo de la mesa; luego con un cazo me sirvió a mí primero, después a él. Y sin más, mientras tomábamos aquella humeante sopa, comenzó a contarme un relato de épocas remotas. Lo inició en unos susurros, quizá en un dialecto de la zona, pero a mí se me antojó que era una lengua poderosa; y se tornaba poco a poco en un canto grave. El batido de las alas de una lechuza que estaba en la casa me sobresaltó al despegar y volar saliendo por la ventana. Debía ser una lechuza, pero dentro no se veía nada, con aquella lumbre casi apagada.

Continué mirando la ventana, viendo la noche cerrada; y las estrellas comenzaron a moverse en aquel cielo encantado. El corazón me dio un vuelco, e intenté mirar al viejo a la cara, y aunque la luz era muy débil, le vi con los ojos cerrados. Mi mente se revelaba y volví los ojos a ventana. Suspiré de alivio, o de alegría en mi alma, las estrellas no se movían; eran un par de luciérnagas que se acercaban a través de aquella noche tan clara.

Tres luciérnagas penetraron por la ventana, de las cuales dos dieron vueltas por la estancia; la tercera se acercó a la mesa mientras el viejo cantaba en aquel habla extraña. Su mano estaba extendida sobre la mesa, y tenía la cara relajada, como si las arrugas de antes hubieran sido líneas dibujadas.

No sé si la luciérnaga brillaba poco o mucho, nunca vi una tan cerca, pero intenté vislumbrar sus alas. Desistí; supuse que no llevaba.

La luciérnaga dio un par de vueltas alrededor de aquella mano grande, y luego salió por la ventana. Las otras dos ya no estaban. Y fue

como una señal escrita en el aire con letras de plata. El viejo cesó de cantar mientras mi corazón en su latir se apaciguaba. Le miré y sólo vi algo brillar y descender por su mejilla. Supuse que era una lágrima, pero si lo fue, él no hizo nada por enjugarla. Elevé un poco más mi vista, y me encontré de nuevo con aquella poderosa mirada ante la que me sentía tan pequeño; entonces, comenzó a hablarme de una época antigua, en aquella misma zona, cuando las cumbres eran más escarpadas, la vegetación más espesa y más vida la poblaba; cuando el hombre aún no había puesto su pie en aquella región inexplorada; cuando el lugar estaba dominado por otro tipo de gente. Me contó a cerca de la llegada de los humanos, y de como éstos les atacaron por ser simplemente distintos, por no hablar una lengua común; y cómo su gente fue mermando, y cuando supieron hablar el idioma humano, nadie quiso escucharlos.

De algún pueblo olvidado de una región que posteriormente sería conocida como las Hurdes llegó un poderoso hacedor de magia a liberar al mundo de esas criaturas extrañas. Quizá su corazón fuera grande, quizá su alma clara, porque no hizo daño alguno a aquella raza. Tejió un sortilegio a través de las montañas, una invisible barrera hecha de palabras, aislando al hombre, ignorante de otros que casi eran sus semejantes. Y la extraña raza quedó fuera del alcance del mundo; y el mundo fuera del alcance de éstos, reducidos a una pequeña área, sin ver fuera, y los de fuera no viendo dentro nada. Y aquel día los cuernos gimieron, y las trompetas lloraron, allí, en el pueblo aislado, solo, y encerrado.

Con el paso de los tiempos el portento fue olvidado, tanto por los de dentro como por los humanos, éstos últimos creciendo; los otros mermando.

Y así pasaron los años, hasta la casi extinción de los de dentro; con los humanos fuera, y el olvido por medio.

Cuando acabó de contarme esto, volvió a llenar los cuencos; de esa sopa humeante, amiga de los cuentos; y tras tomar dos cucharadas, con la cabeza alta, me preguntó sonriendo: "¿Cómo sigue la vida fuera?". Y yo se lo conté. Le hablé de lo que vosotros y yo sabemos; del mundo tal cual lo conocemos.

Amanecía cuando quedé dormido sobre la mesa, exhausto, después de la noche en vela. Más tarde desperté en una especie de

cama, con una manta cubriéndome el cuerpo, pensando en cualquier tontería, como suelo hacerlo.

Me desperecé y salí al día ya entrado, y frente a la puerta vi al viejo, allí agachado, inclinado sobre un objeto en el que estaba trabajando.

Se volvió al oír mis pasos; sonrió, extendió un brazo, y lo movió abarcando todo en derredor, como mostrando alguna proeza que mi mente no descifraba. Más tarde, al otro día, comprendí de qué se trataba...

Tres días más vi amanecer desde aquella casa, y pasar dos noches conversando hasta entrada la madrugada. Tres días pasé con aquel viejo marchito, el hombre inclinado sobre su bastón; seco, cansado, viejo y arrugado. Fui su discípulo por tan corto plazo, el único, y el más aventajado. Y aprendí, vaya que si lo hice, pero para mí me reservo lo estudiado.

Cuando me fui, en la última mañana de mi estancia, él me acompañó de nuevo por las escoberas, por aquel camino largo que ningún otro puede transitarlo; y salimos de nuevo a la majada, al venero claro; y bebimos ambos con nuestras manos; y si el agua estaba helada, ni me paré a pensarlo.

Nos levantamos para decirnos adiós, mirándonos a los ojos; y esta vez no sentí miedo, sino respeto y amparo. Le sonreí yo primero, y él se sorprendió como si fuera un descaro, asintió repetidas veces, me puso una mano en el hombro, y me dijo: "Amigo, poco te conozco de antes, pero veo cuanto has cambiado". Quedó un rato en silencio, como dudando, y luego dio la vuelta, a desandar lo andado. Unos metros hizo en unos pasos, y yo le grité: "¡Espera!, yo también tengo un regalo". Se giró y apoyó ambas manos, sobre el bastón; y sobre ellas su cuerpo cansado; y esperó así plantado. Me coloqué la mochila de nuevo, y le saludé con una mano, ladeé el cuerpo para irme, y le dije: "Adiós, amigo". Y un instante después él rompió a reír, con aquella voz que creaba ecos en las montañas; allá, tambaleándose en su bastón aquella figura solitaria. Gracias, me contestó entre tantas carcajadas.

Yo, a mi vez, sonreía, disfrutando de aquella risa alegre y sana; de la suave brisa de la mañana, del cielo azul, y de las montañas.

"Quizá vuelva algún día" dije yo, "quizá", repuso él, mientras yo le miraba. Y me giré del todo, dándole la espalda, bajando por la suave pendiente de aquella pradera verde; acompañándome mucho tiempo más los ecos de aquella risa que por siempre tengo grabada.

Volví a Jarandilla, al autocar, a Villanueva y a mi casa; a pensar, o mejor pensar en no hacerlo, a cuidar las azucenas que a punto de florecer estaban, a regar la hierba y a no saber más de nada.

Ya ha pasado mucho tiempo después de todo esto, pero a veces, aún me sigo preguntando si estuvo el viejo acertado al decirme cuanto había cambiado. No lo sé; decididlo vosotros que me conocéis. Yo no lo sé.

Fran

Detalle 13: QUIÉN ES

Estaban hablando acerca de ella. Ella, por supuesto, no estaba presente. ¿Por qué por supuesto? Quizá porque hablaban sinceramente acerca de ella, sin necesidad de enmascarar los sentimientos que les inspiraba. En realidad todos, incluida ella, habían sido siempre amigos. Amigos sí, pero tan diferentes entre sí.

Al actor aquello le parecía una especie de representación. No una escena real. Era como si todos, hablando acerca de la ausente, estuvieran actuando, interpretando un papel medio aprendido en el que quedaba cierto espacio para la improvisación.

Si ella no estaba con el resto del grupo no era porque se la hubiera excluido. En cierto modo era ella la que se había autoexcluido. No había muerto, pero como si lo estuviera. Se había marchado tan lejos y tan definitivamente que nadie esperaba volverla a ver. Quizá dentro de unos años... Pero si faltaba casi una vida para volverla a ver, cuando regresara se encontraría con otro mundo y ella sería otra persona.

Si hubiera muerto nadie se habría atrevido a expresar una opinión sincera sobre su amiga. Cuando uno muere parece que los vivos tienen la obligación de maquillar su recuerdo y sólo es lícito recordar las facetas agradables de su personalidad. Incluso se inventan algunas de esas facetas.

El actor, por una vez, se mantenía un tanto al margen, adoptando el papel de mero espectador. No era porque se avergonzase de aquella conversación, antes bien le parecía tan sumamente interesante y enriquecedora que había preferido escuchar mejor que intervenir activamente.

Era divertido comprobar algo que no por esperado dejaba de ser sorprendente. Sonaba extraño escuchar a aquellas voces tan familiares hablando sobre la misma persona, a la que todos habían conocido y con quien habían compartido muchos instantes en compañía. Para ninguno de ellos la ausente era la misma persona. Cada uno descubría un matiz, un punto de vista no compartido por el resto. Quizá uno se fijaba en determinado aspecto de su personalidad que había pasado desapercibido para los demás; otro veía el mismo detalle de un modo diferente; aquél interpretaba una actitud de un modo distinto a los demás. De tal modo que, compartiendo las diferentes visiones, se podía construir un conjunto lejanamente identificable con la imagen que de ella tenían todos y cada uno de los amigos reunidos. Las imágenes se solapaban en algunos puntos y divergían claramente en otros. ¿Acaso no estaban hablando todos de la misma persona? Claro que sí, pero precisamente por eso, porque diferentes personas hablaban de la misma había tantas imágenes como perspectivas diferentes.

Al actor le venía a la imaginación un paralelismo bastante adecuado. Cuando se representa una obra de teatro, cuando se estrena una película, los críticos, el propio público sin necesidad de esgrimir una artificiosa autoridad, reciben diferentes impresiones ante la misma obra. Y es lógico. Entonces ya no hay una obra sino tantas como espectadores. Igualmente, piensa el actor, todas las personas con las que nos relacionamos reciben impresiones distintas acerca de nosotros. ¿Por qué hay que pensar que exista un sólo yo o que las imágenes de los demás sean falsas? ¿Por qué pensar que existe una verdad objetiva y unidimensional?

El símil trae un pensamiento a su cabeza. Si, a fin de cuentas, uno vive a través de sus semejantes, si uno sólo perdura a través de la impresión que causa en los demás, si se hace real a través de sus actos, sus obras y sus relaciones, entonces uno es lo que los demás conocen o creen conocer de él, aunque eso signifique ser muchas personas

difícilmente compatibles. Y, quizá sólo hasta cierto punto, uno es en parte responsable de aquello en que se convierte para los que le rodean.

Con la imagen todavía fresca en su imaginación, el actor decide que es un buen momento para hacer su aportación a la conversación. Se pone a hablar de la vieja amiga, consciente de que según habla está construyendo una parte hasta el momento desconocida para los demás de lo que la ausente es. Una imagen tan real como la de su propia persona que, está seguro de ello, no es sino otro conjunto de fragmentos, como piezas de un rompecabezas, formado a partir de miles de impresiones y matices.

## ESTUDIO COMPARATIVO DE DOS MÉTODOS DE CONTROL DE NATALIDAD

Obviamente, los que aquí presentamos como dos métodos de control de natalidad (preferimos no utilizar para ellos el calificativo de anticonceptivos puesto que no ponen ninguna traba al ejercicio de la concepción) no han sido considerados tradicionalmente como tales. No obstante, estamos convencidos tanto de su función como de su dispar eficacia.

En este estudio pretendemos demostrar:

1-Que el trabajo por cuenta ajena pretendía -y tal vez aún lo pretende- alcanzar como objetivo secundario un control efectivo de la población trabajadora, siempre tendente al exceso de natalidad y la producción de nuevos parados.

2-Que aquel segundo objetivo fracasó no tanto por las premisas en las que se fundaba como en la carencia de vehículos lúdicos apropiados.

3-Que en nuestra sociedad actual la televisión, como entretenimiento de masas, ha suplantado, mediante la complementación de sus virtudes, aquella segunda función del trabajo.

4-Finalmente, pretendemos estructurar una hipótesis global que nos explique la consolidación del proceso de forma unitaria.

A continuación desarrollaremos los supuestos que acabamos de apuntar:

El trabajo, además de producir indudables beneficios materiales y sociales, es completamente alienante, sin lugar a dudas y como demostraron tanto Marx como los niños cantores de Maguncia, siempre que el trabajo se centre en la consecución de unos productos más que en el desarrollo de una tarea por seres humanos. Como en el trabajo siempre ha sido importante la obra, no queda más solución que admitir su poder alienante.

La alienación, sin embargo, ha sido injustamente olvidada tanto por socialistas como por socializantes en cuanto a sus cualidades psicogeneradoras sobre el individuo. ¿Qué efectos, nos preguntamos, tiene o pretende tener la alienación sobre el sujeto activo, o alienado pasivo? Es esta una pregunta compleja que no resolveremos en su conjunto. De ella sólo nos interesan las implicaciones relacionadas con el tema principal de nuestro ensayo: control de natalidad en la sociedad contemporánea.

Pues bien, inconscientemente los patrones buscaron un efecto secundario del trabajo que no llegó a producirse. En los años felices del más puro capitalismo, llamados por algunos inconformistas de salvaje explotación, parecía previsible que las familias trabajadoras -padre, madre, hijos y demás parentela-, después de una saludablemente agotadora jornada de catorce o dieciséis horas, sometidas al cansancio y la alienación, no tuvieran ánimos ni bríos para dedicarse a las impúdicas tareas procreadoras. El trabajo, desde este punto de vista, dignificaría a la clase obrera en lo físico y en lo espiritual. Nada más lejos de la realidad, queridos amigos. Aquellos plebeyos rayanos en la bestialidad dedicaban sus noches a la entretenida tarea del fornicio descontrolado, cuya consecuencia obvia sólo podía ser el incremento de la familia y un mayor reparto de miseria.

¿Qué fallaba en el planteamiento de aquellos filantrópicos prohombres? A esta pregunta hemos de responder que tal planteamiento no fallaba, era válido pero no consideraba algunos móviles que impulsaban los cerebros viscerales de sus subordinados. Y es que tras el trabajo alienante el populacho buscaba diversiones desalienantes que alegraran su reposo. Pero claro, la diversión, como lujo superfluo y accesorio, no podía estar al alcance de cualquier bolsillo, de modo que a nuestros descerebrados sujetos sólo les quedaban dos alternativas

válidas a un plazo medio o largo: la taberna (que suponía un desembolso inmediato de recursos) o el fornicio (que se traducía en el mantenimiento futuro durante algunos años de los consecuentes retoños de descerebrados). Lo habitual es que ambas diversiones se complementaran según la ecuación siguiente:

Diversión de la clase obrera= taberna + fornicio,

siendo este el orden más corriente del polinomio.

No vamos a entretenernos por más tiempo en otro tipo de consideraciones accesorias (para más detalles consultar el ensayo en trescientas páginas "Importancia de las guerras, las hambrunas, plagas, peleas y funestas huelgas en las estructuras lúdicas del siglo XIX en Occidente", obra de G. Grogrenko en prensa) sino que pasaremos al otro punto trascendental de este apunte: el éxito de la televisión como suplantador de la función profiláctica del trabajo.

Indudablemente, la aparición del televisor fue responsable del drástico descenso de natalidad en los países desarrollados. ¿Cuál es el secreto de este éxito? El trabajo alienante provocaba el deseo de diversión en los sujetos, tal y cómo hemos visto. Por tanto, ¿qué mejor que la aparición de un entretenimiento adictivo y alienante para ocupar las horas de asueto?

Sabemos que la invención de la televisión no tuvo en origen finalidades eugenésicas, pero actualmente no sería descabellado pensar que los canales televisivos son una forma eficiente tanto de control de natalidad como de mejoramiento de la raza. Dado que los trabajos actuales, si no menos alienantes, son, normalmente, algo más breves -si dejamos a un lado los incómodos horarios partidos, las horas extraordinarias, los empleos-basura, los empleados hipereficientes deseosos de trabajar cuanto más mejor y el innegable atrofiamiento mental al que está sometida buena parte de la clase funcionarial patria- resulta que los individuos disponen de más horas libres que rellenar, lo cual podrían hacer perfectamente ejecutando libérrimas prácticas sexuales. Sin embargo, no es así. Aunque se diga que cada vez se practica más sexo y son los métodos anticonceptivos los que han reducido la natalidad, esto no es cierto. Es la televisión la que, como entretenimiento alienante que ocupa las horas de ocio de la clase trabajadora e intelectual, ha reducido a un mínimo las prácticas

sexuales ortodoxas (es una hipótesis de N. de Lego que las prácticas heteroxas y homosexuales nos parecen más abundantes en nuestro tiempo no por extensión de las mismas sino por reducción de las relaciones normales de pareja). De este modo la televisión es un eficaz método de control de natalidad (a la vez que método eugenésico que provoca la reproducción diferencial entre individuos adictos y no adictos) así como de control intelectual alienante que complementa al trabajo y completa sus saludables objetivos moralizantes, vigorizantes y de desarrollo del individuo.

De esta forma, la consolidación completa de la alienación en nuestra sociedad a través del trabajo y la televisión ha servido para afianzar nuestros sistemas de gobierno, el censo de los países desarrollados y la proliferación de esa quintaesencia del arte que son los anuncios, donde se sublima la relación entre el trabajo y la televisión, adquiriendo el carácter formativo-propedéutico que se requiere para educar a los individuos que nos dirigirán en el futuro.

Palabras clave: alienación, niños cantores de Maguncia, televisión, sexo, bocadillos de chorizo, llamar a mamá por lo del viaje a Cancún.

Fondo cultural del Centro de
Investigaciones Periféricas (CIP)

Detalle 14: SILENCIO

El primer día de clase siempre había algún novato como aquél que se atrevía a formular la misma pregunta. El antiguo estudiante también la formuló en su día. Ahora era su turno de respondérsela al nuevo.

-¿No es demasiado joven para ser catedrático? -había preguntado el principiante, que se sentaba a su lado en el aula.

-Es cierto. El catedrático no es quien ha hablado. Este no es el maestro, sólo es su ayudante. Es más, el catedrático nunca habla en sus clases -fue la respuesta del veterano, que incluía un cierto aire de misterio, de cosa no dicha.

El novato no se atrevió a seguir preguntando. Estaba demasiado amedrentado por el ambiente universitario de la ciudad, tan lejano, probablemente, de la sencillez del monasterio rural donde habría

aprendido sus primeros latines. Fue el veterano el que le facilitó el trabajo, deseoso de contar el resto de la historia:

-¿Te gustaría saber por qué el viejo catedrático ya no enseña? -propuso el antiguo alumno como a él le había sido ofrecido tiempo atrás.

-¿A los alumnos? -sugirió el novato.

El veterano negó con la cabeza:

-A nadie -proclamó tajante.

Tras un instante de tenso silencio, provocado para crear expectación, y en el que se acercaron otro par de alumnos nuevos, el veterano contó la historia del viejo profesor. Una historia sencilla, extraña y con moraleja:

-Todo empezó hace unos años, cuando el maestro ya era catedrático de Escolástica. En su afán por buscar la Verdad quiso ir más allá de las enseñanzas de Nuestro Señor y de la sabiduría de Aristóteles y el buen Tomás:

>>"Queremos conocer la verdad", dijo en uno de sus discursos magistrales. "Para ello debemos huir de lo simple e intrascendente". Palabras de filósofo. Y en un vano alarde de humilde orgullo añadió: "Sin embargo, todos pensamos en lo intrascendente y hablamos de lo trivial. Siendo nuestros pensamientos impuros, ¿cómo pretendemos atisbar la Verdad?" Nuevas palabras de filósofo ante un auditorio admirado y silencioso. Pero algo extraño debió sucederle. El terrible pensamiento, la decisión, pasaron por su mente en una instantánea iluminación. El catedrático quedó un momento en silencio, mirando hacia el infinito con los ojos iluminados. Y entonces dijo sus últimas palabras: "Queridos amigos. He decidido predicar con el ejemplo. He decidido no volver a hablar mientras no sea para decir algo verdaderamente importante. No se deben mancillar el éter ni la propia alma transmitiendo los pensamientos vanos a través de la palabra". Y, tras este último alarde de retórica, el maestro calló. Dedicó una mirada de inteligencia al auditorio y se retiró entre los murmullos de admiración de sus alumnos.

>>Y, desde entonces, nunca nadie ha vuelto a oír su voz ni una sola línea ha salido de su pluma.

Con esto el alumno terminó su historia. Los demás lo miraban con respeto, amedrentados por su veteranía tanto como por los vetustos muros de la vieja facultad. El estudiante calló, como el maestro, recogió

sus cosas y se levantó, consciente de que sus compañeros le seguían con la mirada.

"Ciertamente", se dijo, "ha de ser muy difícil encontrar un pensamiento trascendente, e igual de difícil será juzgar sobre su verdadera trascendencia o intrascendencia". Así había de ser de acuerdo con el prolongado silencio del profesor. "Pero siempre es agradable hablar y comunicarse por el simple placer de hacerlo", concluyó para sus adentros.

Al llegar al claustro se encontró con un compañero conocido del año anterior y los dos se pusieron a hablar. ¿De qué? De cualquier cosa. Como si fuera del sexo de los ángeles.

## TIEMPOS MODERNOS

La manilla parece moverse cada vez más despacio, 45, 46, 47,... parece mentira lo que puede suponer la apreciación de un segundo cuando deseas que pase rápido, 50, 51,... por fin se acerca al final... 59, 60 ¡ya está! ya es la hora...

-Bien señores son las 6, se pueden ir a casa.

-Usted también Sebastián...

-Sí, señor director, ahora mismo... Ese soy yo y así es como terminan los días en la agencia de seguros donde trabajo, trabajo en la sección de partes de accidentes. Dicen que es la más divertida, ciertamente que te digan esto al principio deprime un poco. Pero en aquella época a mí me daba igual porque mi vida estaba siempre en otro sitio. Como todos los días me dirigí a la puerta giratoria.

-Adiós Sebastián.

-Adiós, señora Esmeralda... Como siempre ella me dedica una candorosa sonrisa, en aquella época no la apreciaba, porque como ya he dicho mi vida estaba en otro sitio.

Después salí a la calle, ya había anochecido, porque era invierno. El invierno era la época del año que más me gustaba. Curiosamente en esa época no me sentía tan diferente al salir del trabajo. Pero hoy además era viernes y como todos los viernes me dirigí a una tienda de chucherías antes de coger el autobús, donde hice acopio de dulces, palomitas y refrescos. En aquella época no me daba cuenta de lo

extraordinariamente simpática que era la chica de aquella tienda conmigo. Recuerdo que una vez incluso estuve a punto de pedirle consejo acerca de qué golosinas eran mejores, pero no lo hice; ciertamente qué más me daba, pues en realidad casi nunca me daba cuenta ni a qué sabían. Salí de la tienda, contento como todos los viernes... Llegué al portal de mi casa y por extraño que parezca aquella vieja y pesada puerta de madera no se abría a la primera los viernes, por fin lo hizo. Subí por las insípidas escaleras de mármol blanco y llegué a la puerta. Otra vez la B estaba boca abajo, la coloqué y entré... El silencio era sepulcral, sólo un botón me separaba de ese silencio solitario y de la vida, la única vida que yo conocía en aquella época... Lo encendí y un mundo maravilloso aparecía ante mí, la vida arquetípica sin fallos y con posibilidad de montaje de posproducción, en resumen la televisión. Cogí el semanal que informaba sobre la programación, la agenda como yo la llamaba. Bien, aquella noche hasta que empezara la película, podría reírme un rato con "Tostón" o podría deleitarme con las intrépidas aventuras de los chicos de "Entusiasmo para vivir". Aquellos personajes me parecían más reales porque eran perfectos, esta estupidez era debida a que en el fondo era un cobarde con miedo a decepcionarse; tanto, que sacrifiqué la posibilidad de vivir una vida real. Ciertamente aquellas series me gustaban bastante, pero mi auténtica pasión eran los concursos, me costaba tanto tiempo ganar dinero y a ellos tan poco. Ellos no eran nada especial, eran bastante parecidos a mí; así que me decía a mí mismo: ¡qué mal pagado estoy! Los concursos ratifican la buena opinión que tenemos de nosotros mismos y la mala opinión de quien nos paga. Pero la televisión para mí no sería lo mismo sin la publicidad. Esta me proporcionaba la parte de imprevisible que hay en la vida. Aún recuerdo aquella noche mientras veía una película, cuando el actor pronunció palabras apasionadas y justo cuanto todos esperábamos una respuesta de la actriz (el actor y yo) apareció ante mí un anuncio de compresas, el símil provocado entre los tabúes del acto sexual y la creencia popular de que la regla es casi una enfermedad, casi me hizo llorar. Pero mi pasión por la publicidad no solamente derivaba de mi talante artístico y de su necesidad de explorar nuevos matices en los largometrajes, ciertamente la publicidad tenía para mí un sentido eminentemente práctico. Naturalmente gastaba poco dinero, aunque

tampoco ganaba mucho, pues mi vida se reducía a un televisor y unas palomitas, así que todo el dinero que me sobraba no habría sabido qué hacer con él de no ser por la publicidad. Tenía todo tipo de enciclopedias y libros que adornaban toda la pared del salón, también tenía en la terraza un juego de aparatos de gimnasia pero no lo había sacado de la caja pues ocupaba demasiado espacio fuera. Y por supuesto mi cocina estaba llena de todo tipo de aparatos y electrodomésticos, no los usaba pero daban un aspecto futurista a la cocina y para un amante de "Estar Tres" como yo eso era todo un lujo.

Por fin acabé de consultar la agenda y comencé a cambiar de canal, de repente algo totalmente inesperado sucedió, la pantalla se quedó negra, al principio pensé en un nuevo tipo de anuncio, pero rápidamente comprendí que se trataba de la "Gran Avería". Sabía que algún día tenía que llegar, pero ¡un viernes! Me precipité hacia la guía telefónica en busca de un técnico sin éxito. En mi desesperación arranqué el calendario de la pared para después mirarlo y comprobar horrorizado que no había un día rojo sino dos, dos días rojos, mañana era... fiesta. Todo esto parecía una extraña película de esas que echan después de las doce, sin actores conocidos y con historias de esas en las que no estoy seguro de que vayan a acabar bien. Pero realmente aquella noche estaba muy cansado, quizá mañana encontrase la manera de arreglar esto, me acosté cerré los ojos y comencé a imaginarme anuncios hasta que me dormí...

A la mañana siguiente desperté sobresaltado, había soñado que la televisión se había roto, pasé de la euforia de despertar de un mal sueño al disgusto de su certeza en cuestión de segundos. Deprimido me acerqué al televisor y con aire suplicante apreté el botón, nada, no pasó nada. Miré por la ventana y pensé que habría que salir a la calle, aunque no fuera un día de trabajo. De mala gana me vestí y cogí el abrigo y con paso taciturno me dirigí al bar de la esquina. Era un día soleado aunque frío, ese sol de invierno que tanto invita a pasear en algunas películas, en mi camino hacia el bar pude ver mucha gente paseando, increíblemente no se mostraban muy preocupados por estarse perdiendo "Bola de león" o el menú de Santillano; supuse que la procesión iría por dentro. Por fin entré en el bar sin despegar la vista de un televisor apagado y me dirigí al camarero:

-¿Sabe usted de alguien que sepa arreglar televisores?

-Pues la verdad es que hoy sábado y además fiesta, le va a resultar bastante difícil, va a necesitar usted a Lopatón. Ja, ja...

-Sí, eso, encime hurgue usted en la herida, está bien. Buenos Días... -Estaba a punto de irme cuando se dirigió a mí un hombre de aspecto desaliñado, con el pelo canoso casi amarillento y de aproximadamente 60 años. -Yo podría hacerlo -replicó-... pero tendría que verlo para estar seguro. Estaba tan desesperado que no me dediqué a escuchar los consejos que mi sentido común me gritaba, así que acepté llevarle a casa.

Llegamos a casa, esta vez no tuve que colocar la B. Entramos y aquel hombre abrió una pequeña caja de herramientas que había traído consigo. Empezó a hurgar en el televisor y comenzaron a saltar chispazos. Nunca he aguantado las operaciones, así que me fui a la cocina. Allí podía oír toda clase de chasquidos, estruendos y demás chirridos que mi imaginación no se atrevía a relacionar con los "arreglos" que supuestamente estaba realizando aquel hombre.

De repente, como por encanto, toda esta suerte de sonidos desagradables se transformó en una voz. Una voz clara y cristalina, una voz de presentadora de telediario... Era cierto, por fin estaba arreglada, fui corriendo hacia el salón y cuando vi a Inmaculada Bambán casi se me saltan las lágrimas. Emocionado miré al noble anciano y le di las gracias, a lo cual él me replicó:

-Son veinte mil.

Abrí mi cartera y se las di sin apenas discutir. El hombre se fue.

Después de media hora viendo la tele, ya estaba más relajado e incluso me hacían gracia las peripecias que había pasado y hasta pensaba en ellas. Eso era muy curioso, porque cuando veo la tele no suelo pensar en nada. Abstraído estaba por estos temas cuando me encontré a mí mismo mirando un silencioso vacío negro... La tele estaba apagada. Intentando controlar mi pánico, traté de convencerme que la había apagado yo sin darme cuenta. Pero no era así, apreté el botón repetidas veces pero no sucedió nada. Antes de caer en una nueva depresión me vestí y salí de mi casa con la motivación inicial de encontrar a aquel desaprensivo. Después de caminar unas manzanas esto se me olvidó.

Comencé a observar a la gente, era algo casi tan fascinante como mirar la tele pero con una diferencia:... ¿tiene hora, por favor? yo, sorprendido como a quien de repente le habla una estatua del parque respondí: las, las, las siete... y cuarto. -Gracias. Aquella gente podía hablarme, era real y yo podía hablarles a ellos. Y eso hice... -bonito día, ¿verdad? -será imbécil, el tío -respondió una guapa señorita. Era maravilloso, yo formaba parte de todo esto, yo no era un observador solamente. Aquella tarde entablé amistad con una joven muy simpática, que por cierto me engañó para que le comprara no sé qué folleto. Además un hombre de aspecto ciertamente amenazante me quitó el dinero, como en "La ley de los Argeles", ¡fue muy emocionante! Por primera vez en mi vida me pasaban cosas a mí y no a los demás. Mi vida era simple pero era mía y los demás podían entrar en ella sin necesidad de que yo apretase un botón. A la mañana siguiente el camino al trabajo me parecía nuevo, incluso di los Buenos Días a personas que veía todos los días desde hace años pero que nunca me había atrevido a saludar; ellos me los devolvieron, algunos divertidos, otros taciturnos, otros sorprendidos... era todo tan inesperado. Cuando entré en la oficina me acerqué a Esmeralda y le dije: -¿Sabe que tiene usted la sonrisa más hermosa de todos los días laborables y festivos de mi vida? -Ella se ruborizó.

-¿Yo?... Gracias Sebastián.

-A ti Esmeralda...

Aquel día en el trabajo se me hizo igual de aburrido e igual de largo, pero por otro motivo... Salí a todo correr.

-Adiós Esmeralda.

-Adiós pelotilla.

Hice un amago de volver, le dediqué una sonrisa y seguí corriendo.

Por fin entré...

-Hola Buenas Tardes, me gustaría que me aconsejase sobre las golosinas más dulces y sabrosas.

-Eso me llevará tiempo...-sonrió divertida.

-El tiempo vale, lo que vale su contenido y yo quiero... Golosinas.

Juan Carlos Jiménez Moreno

Detalle 15: SUICIDIO

Noticia marginal en la página de sucesos del periódico local: un tipo se suicida tirándose desde lo alto de un edificio, como en las películas. El lector apenas siente curiosidad por un caso así, tan acostumbrados estamos a presenciar desgracias ajenas en las noticias. Pero sigue leyendo. El suicida era un tipo un poco extravagante, según sus vecinos. Dicen que era un poeta, un revolucionario o algo por el estilo. Un bohemio, a fin de cuentas.

Ahora el caso sí le parece algo más interesante al lector. No lo es por los hechos en sí mismos sino por la interpretación que el lector da al suceso. No conoce nada de la vida del suicida, sólo aquella referencia dudosa a su carácter bohemio. Posiblemente era un inconformista, uno de esos tipos idealistas que están dispuestos a cambiar el mundo, lleno de ideales impracticables. Un luchador derrotado de antemano que, finalmente, se rinde y acaba con todo.

Pero, se pregunta el lector, ¿verdaderamente se ha rendido? Todo el mundo da por supuesto que un suicida es un cobarde, alguien que renuncia, se rinde y deja de luchar. ¿Tan sencillo es? Nuestro hombre no está tan seguro de ello. ¿Acaso no son más cobardes, no son verdaderos renunciadores, aquellos que abandonan sus ideales y se acomodan a una situación con la que no están de acuerdo? El lector es uno de esos renunciadores, plenamente consciente de ello, por lo cual cree comprender al suicida. Tal vez sea una presunción exagerada por su parte, reflexiona. No puede ser tan simple entender el porqué un hombre acaba con su vida. No puede ser tan sencillo, no, pero mucho menos una simple rendición. Quizá sea justo al contrario. Puede ser que aquel que decide renunciar a su vida, aquel inconforme con la realidad que le rodea, se haya negado antes a adaptarse al mundo. Quizá su renuncia es afirmación de sí mismo, un llevar sus convicciones hasta sus últimas consecuencias. El inconforme se niega a dejarse cambiar por el mundo cuando esa es ya su única salida. Puesto ante el dilema de cambiar, de amoldarse, o dejar de existir, elige la alternativa más drástica: si no puede seguir siendo lo que es prefiere no ser; si no puede obtener lo que persigue prefiere desaparecer en vez de resignarse, en vez de superar la situación. Quizá prefiere afrontar su cruel destino antes que cambiarse por otro. Entonces no es un cobarde, se dice el

lector. Al contrario, es un verdadero valiente, consecuente con sus principios. El lector siente simpatía y admiración por el suicida desconocido. También se da cuenta de que tal vez el suicida no tuvo las motivaciones que él pone en su boca. Pudo haber sido sólo un loco. Un loco sí, pero no un cobarde, concluye.

Aun así el lector no siente deseos de proseguir el camino del suicida. No es tan valiente o tan estúpido. No, no todo el mundo es tan intransigentemente consecuente con sus principios. Y, como no está dispuesto a aceptar su cobardía, prefiere justificarla. Es cierto, se dice, él no es consecuente con sus verdaderos ideales, pero, si renuncia a sí mismo para mantenerlos, ¿qué quedará de esos principios? Será cobardía, pero el lector prefiere fingirse ante el mundo y mantener su secreta esperanza, sus secretos sueños de algo mejor. De modo que deja el periódico, se olvida del suicida y decide fingirse un rato.

Detalle final: éste y todos los detalles anteriores han sido seguramente percibidos por muchas personas, pero en este caso han sido escritos por:

Juan Luis Monedero Rodrigo

ALETEO

Algo me aletea en el alma
no es agradable, no es un deseo
no es un sufrimiento, es una necesidad
solamente una sobreconciencia
me veo a mí mismo viviendo y pienso lo insulso que es el personaje central de mi... vida
necesito contar otra historia
distinta de mi vida
...para vivirla aunque sólo sea una vez
y saber qué siento, no siendo yo
soy escritor porque lo necesito y quiero que me leas pues con una persona que lea lo que escribo mi vida de ficción nace a la existencia
cada vez que no me leen estoy muerto
cada vez que me leen resucito
y cada vez que no escribo, me aletea el alma

Para empezar, digamos que estoy loco. Es verdad. No pienso como los demás. Pienso cosas extrañas. ¿Pienso? Eterna filosofía buscando la confirmación de lo aparente. ¿Pienso, o más bien confundo? Confundo; confúndome y gracias. No esperes de mí orden ni concierto, ni siquiera la anarquía concertada. No esperes de mí.

Digamos que me gustan los extremos: blanco y negro, oscuro y claro, delante y detrás, dentro y fuera. Tan sencillo como aprender en Ábrete Sésamo. Pero si estoy en el quicio de la puerta y mi rostro tiene dos caras como el de Jano, desaparece esa magnífica sencillez aclaradora. ¿Dentro o fuera, con o sin hacia? Me gustan lo difuso y lo complejo. Me gusta lo que no tiene principio ni fin. ¿No estoy loco? Veo una recta como una circunferencia infinita con arco de curvatura cero. Ni principio ni fin. Pero sí lo hay en esta corta exposición.

Para concluir, digamos que no sé cómo terminar. No termino. Ya seguiré con otras cosas. Perdón. Gracias. Hasta luego. Llamadme

El temible burlón

## TE LO CUENTO

es hora ya de contarlo, es hora ya de decirlo

estamos esperando demasiado

el mundo no es justo, los pobres no son más tontos, los guapos no han hecho nada para serlo, casarse por dinero es prostitución, el mañana sí existe aunque no sabemos para quien, el amor y la amistad no sobreviven por sí solos, hay que cuidarlos, los tíos cachas no necesariamente hacen mejor el amor, la fidelidad no es una consecuencia es un propósito, la sensibilidad se pierde viendo la televisión, la mili no te hace un hombre eso lo hace el tiempo, el único amor perfecto es el platónico y todos tenemos uno a cualquier edad a partir de los doce, odio el punto y coma, hacer el bien es más agradable que hacer el mal aunque menos reconocido, por mucho que hablemos nos moriremos sin decir todo lo que sentimos, el miedo nace tanto de la experiencia como de la ignorancia, la belleza interior es palpable por una persona de sensibilidad media y desprovista de elementos subjetivos

como parentesco, afinidad sexual o afectiva etc... esto como veis resulta sólo posible con desconocidos que no nos atraigan sexualmente, el punto y aparte no existe todo está relacionado y sólo existe el punto y seguido, el baile es liberador y la incapacidad para bailar deriva de dos causas la represión interior o la consideración del baile como algo que se hace de una manera determinada dirigido a los ojos de los que nos observan y juzgan, definición de baile: la música se mete dentro del cuerpo y sale de manera ligeramente anárquica, guiada únicamente por el placer que te proporciona esta salida, este placer se acentúa si ves gozar a más gente a tu alrededor con la música (por eso dicen que el baile es un lenguaje, pero los lenguajes pasan por el cerebro y el baile no), el antónimo de seguridad es pasión, el antónimo de amistad es interés, la pasión es valiente y el interés cobarde, la amistad es valiente y la seguridad es... una ilusión

Juan Carlos Jiménez

el tópico es la forma en que los estúpidos llenan su cabeza de ideas

## CARTAS AL DIRECTOR
(la plaza sigue vacante)

Estimado redactor:

Sí, soy yo, Werther. ¡Oh, cobarde de mi! Prometí suicidarme en el número anterior pero me faltó el valor. Cada minuto añadido a mi vida es un insulto a mi honor; cada vez que respiro es como si me estuviera mofando de mi destino; cada vez que pienso en ella es una ofensa hecha a los ángeles... Pero, "¡qué es el hombre para que se pueda acusar a sí mismo!"

Soy un amante de la soledad, siempre lo he sido y, ahora, al saber que compartimos juntos mi pequeño secreto me siento como el miserable que vende su alma al diablo, como el sacrílego que confiesa sus sentimientos en "Lo que necesitas es amor". No es que piense que vuestra revista goza de tan escaso nivel intelectual. Es que creo haberla convertido en un vergonzoso consultorio sentimental.

"¡Cuantas veces arrullo mi sangre agitada hasta que se duerme! Pues jamás he visto nada tan desigual, tan inconstante como este

corazón." Soy un cobarde y no puedo hacer nada por evitarlo. Pero, ¿qué valor puede tener mi muerte si dejo de verla? Si mi sufrimiento al menos conllevara su amor, su idolatrada presencia, quizás fuera más llevadero este amargo cáliz.

Soy consciente del interés que ha suscitado mi carta anterior. Sé que buscabais en las esquelas, en las páginas de sucesos, un perfil que se adaptase al mío. Soy consciente de que no esperabais una segunda carta. Pido por ello perdón, por haberos decepcionado. Pero poneros en mi lugar: ¿cómo podré soportar la muerte sin ella? Sólo yo puedo poner fin a esta trágica historia (trágica es ya aún sin desenlace). "No quiero ser guiado, ni animado, ni encendido; este corazón ya arde bastante por sí mismo."

Siento no poderos desvelar mi auténtico nombre (Carlota nunca lo entendería). Así que no acoséis a nuestros redactores con vuestras preguntas. Ni siquiera ellos saben quien soy, aunque tal vez puedan hacerse una ligerísima idea. Además creo que si algún día se llegara a saber, mi vida peligraría seriamente (¡qué ironía!, ¿verdad?).

Me despido, en fin, sin más pretensión que la de no haberos entristecido mucho y sin más deseo que vuestro olvido.

Quizás, no sé, haya una tercera carta. Al fin y al cabo todos estamos interesados en ver un minuto más la luz del sol...

WERTHER.

CARTA AL DIRECTOR (INVISIBLE)

(en su defecto a los redactores)

Estimados amigos:

Parece mentira, pero parece que la revista empieza a funcionar. Y funciona precisamente por ese aire de libertad que la envuelve: nada nos obliga a hacerlo. En la vida las cosas más valiosas son las que hacemos o recibimos sin ninguna obligación, sin ningún porqué. No hay ley como la de la costumbre.

Narciso Tuera

PD: El no revelar mi auténtica identidad no es señal de timidez. Es sólo que el yo que escribe es otro yo, una persona distinta, mi Hyde particular.

Título: ¿Quién ha dicho que todos los hombres han evolucionado?

Yo quería llamar la atención sobre el señor Fran, de apellido Kenstein supongo, porque lo único que demuestra este especimen humano es la capacidad que tiene para insultar a los demás sin haberse mirado antes su propio ombligo.

Algunos hombres no demuestran ser más libres que la mujer sino, según te veo a ti, ser más "burro" en la forma de actuar y como el susodicho usar el ronzal para no seguir la vía hacia otros caminos.

Yo no pienso mal del hombre como tú de la mujer ya que comprendo que debemos ser distintos, pero ser distinto no es malo e igual que no veo al hombre inferior a la mujer, tampoco al contrario, como la señorita Sofía Pérez.

Es verdad que algunos hombres tienen más masa muscular que la mujer, pero otros si la tienen no se les nota porque no van a gimnasios y, o bien están fofos y desgastados o son de los llamados "cuatro chichas" que vuelan cuando sopla el viento.

Por otra parte según tú, la mujer tiene más tendencia a acumular grasa que el hombre y a lo largo de los años se vuelve gorda y celulítica; pues los hombres cuando envejecéis os parecéis a los barriguitas retoño: lo digo no sólo por el barrigón cervecero que lucía sino también por la pérdida de vuestro preciado pelo y, sin querer alarmarte, estudios recientes demuestran que los casos de alopecia se dan cada vez a edades más tempranas.

Nuestra grasa por lo menos es útil, pero la vuestra es inservible lo mismo que la alopecia.

Otra cosa muchacho, las mujeres podemos decidir si para tener descendencia recurrimos a un hombre o no, porque actualmente existen los bancos de semen, con unos pocos señores serviría para muchas señoras.

Otro dato es que según parece los hombres maduran mentalmente mucho más tarde que las mujeres, me imagino que tú tendrás unos veintitantos años, yo soy mucho más joven que tú y mira, te estoy poniendo verde. No te ofendas, era sólo un ejemplo. Rectifico; jódete. Hablas igual que un crío de trece años, pues ya es hora de que te

lo vayas quitando de la cabeza porque aunque no lo quieras las mujeres nos hemos quitado el velo de víctimas y venimos pisando fuerte, sólo tienes que ver la proporción de empollones y empollonas en las clases, ¡cuidado que lo hemos cogido con ganas!

Tienes razón en decir que el hombre es más primario (lo primero porque se pueden ver especímenes como tú que todavía viven en la prehistoria) y obedece más a los instintos que la mujer, por eso cada 500 hombres más o menos según parece, sale alguno defectuoso con un fallo en los cromosomas que les hace ser violentos, agresivos, es decir, futuros asesinos, señores que maltratan a sus mujeres e hijos, etc...

También quiero decirte que te enteras de las noticias que te convienen, ya que hace poco salió en la televisión que científicos americanos habían descubierto que la mujer utiliza más parte del cerebro que el hombre y por tanto es más inteligente e intuitiva que él. Yo no creo ninguno de los dos, pero te lo cito para que veas que también existen hombres que afirman lo contrario.

No sé si conoces esa frase famosa que dice. "La mujer hace el amor y el hombre la guerra".

Convendría feminizar este mundo que habéis creado los hombres todo lleno de violencia, competitividad y capitalismo. Al hombre le ha pertenecido durante mucho tiempo el poder y, ¿para qué lo ha usado?, para beneficio propio, lo que demuestra que es un ser egoísta y egocéntrico.

El "hombre" ha inventado: el tabaco, el alcohol, las drogas, las guerras, los políticos corruptos y chorizos, las violaciones, las palabrotas, las películas violentas, el machismo, el dinero, el racismo... podría estar años citando productos dañinos para la gente inventados por una sociedad fundamentalmente machista.

Lo que veo penoso es que bastantes mujeres queriéndose parecer a los hombres copien también los hábitos perjudiciales de este, eso sí lo veo ridículo, pero como ves no todas somos así; como afortunadamente no todos son como tú.

Bonito mundo ha creado el hombre basado en el dinero (algo artificial), cuando lo que tiene que hacer es recordar que viene de la naturaleza y naturaleza es. Maravilloso este mundo en el que es más importante el dinero que el agua, el agujero de la capa de ozono, la lluvia

ácida, la contaminación y otros desastres naturales creados por la sociedad machista. Cuando se acabe el agua beberemos dinero, comeremos dinero, "con esto sí se demuestra la inteligencia superior del hombre".

Por eso digo que la sociedad debería feminizarse un poco y coger las cualidades buenas de la mujer: sensibilidad, dulzura, maternidad, cariño.

Referente a que Eva la cagó, yo creo que Adán era un machista como tú que se creía que Eva era tonta y, al creerla tan inocente, picó el pobre idiota.

El que haya todavía gente con tu forma de pensar es por la falta de transigencia en este mundo; los hombres opinan mal de las mujeres porque son diferentes, los blancos de los negros, los guapos de los feos (o al revés que también puede ser), etc.

Cuando consigamos cada uno de nosotros no vernos como el centro del universo y respetar las creencias, la forma de ser y el aspecto de cada persona, se acabarán muchos de los problemas de este mundo.

Lo último que quiero decirte es que sería más lógico y de mejor gusto por tu parte que dejaras de seguir el camino recto y estrecho de la intransigencia para seguir el camino ancho y sin límites, por el que uno crece en la vía del saber, y lleva a la amplitud de idea.

Me imagino que usas el nombre de Fran porque estás hecho cisco.

Paca la justiciera

Queridos amigos:

Quiero contaros mi historia. Sé que otros os han relatado hechos inverosímiles. Como aquel que decía haber hablado con Dios o el otro que anunciaba su muerte. Probablemente no los habéis creído o los habéis tomado a chufla. Con mi historia os sucederá lo mismo. Sin embargo, es tan verídica como las demás. ¿Acaso todo el que tiene una extraña historia que contar ha de ser por fuerza un loco? Y, si es de veras un loco, ¿la demencia le impedirá decir la verdad, su verdad cuando menos?

Llamadme loco o bobo. Creedme o no lo hagáis. Pero apiadaos de mi desgracia. Sí, amigos, de mi desgracia, pues no me siento afortunado. ¿Cuál es mi desgracia?, os preguntaréis. Aunque bien puede suceder que a ninguno os interese en absoluto. Da igual, los desgraciados siempre terminamos por contar nuestras desventuras. Pues la mía nace de un don. Mejor dicho, nace de medio don. En el don completo pudo estar mi fortuna. En su mitad reside mi fatalidad.

Os lo diré con pocas palabras: tengo la capacidad de acertar los números de la lotería, de la quiniela o de la primitiva. Nunca me equivoco. No hay truco ni trampa. Por milagroso que pueda sonar es absolutamente cierto. Será magia o milagro, don divino o -creo yo más acertadamente- infernal. Pero es cierto: adivino siempre el resultado de los juegos de azar.

Pero he dicho que se trata sólo de medio don. Tengo dotes adivinatorias que me podrían ser muy provechosas. Pero no lo son en absoluto. Porque, es cierto, soy capaz de acertar los números del azar sin conocerlos, pero, ¡ay, amigos!, me falta proyectar ese don hacia el futuro. No es lo mismo adivinar las combinaciones ganadoras que adivinar el futuro. Debéis daros cuenta de este detalle, que es el causante de mi desgracia.

Creo que debo explicarme mejor. Soy capaz de adivinar los números agraciados sin tener ningún conocimiento anterior del resultado. Pero no preveo el futuro. Sólo puedo decir qué números han salido cuando el sorteo se ha celebrado ya. ¡Pues menuda gracia!, diréis. Efectivamente; medio don. No sé cómo funciona esta mi capacidad. Hay algo en mí capaz de aprehender esos resultados, pero no sé qué ni cómo. Y esta capacidad no me sirve de nada en absoluto.

Si fuera capaz de proyectar mi don hacia el futuro podría apostar en cualquier juego de azar con la seguridad de ganar, lo cual me proporcionaría toda la dicha que cabe en el dinero, que no es poca. Pero así, acertando cuando el sorteo ya se ha celebrado, sólo puedo aspirar a ser una celebridad de feria. ¡Qué inutilidad, Dios mío! A algunos de mis amigos les resulta divertido preguntarme por los números de la primitiva con el único objeto de contrastar su boleto con el infalible oráculo que yo les hago a posteriori. El acertador de primitivas, me llaman con sorna.

Tal vez podría emplearme en un circo y ejercer de adivino de números secretos, pero eso no me hará millonario, célebre, ni mucho menos feliz.

Por eso soy un desgraciado, porque tengo un don inútil que sería completo si actuara sobre el futuro y no sobre el pasado. Por eso me quejo amargamente en esta inútil carta, con la esperanza de que, entre los lectores, haya alguna alma caritativa que se digne tenerme lástima por todo cuanto me falta para tener una gracia completa.

Nada más. Adiós,

Buenaventura Gª-Veleta

¡Hola compis!

Veo una tontería que hagáis esta revista, de verdad, es un rollo, osea, no puedo comprender como en una revista que puede caer en manos de gente guapa como yo, no existan apartados dedicados a la belleza, la moda, las modelos, tests de como ligar con chicos y reportajes fotográficos sobre Tom Cruise o Brad Pitt.

Por favor, como comprenderéis esto es lamentable. Es una horterada de revista en la que sólo se escriben cosas que gente tan normal como yo no puedo comprender, osea, me parece penoso, lo repito y lo repito de verdad. Esta revista hiere la sensibilidad de una persona tan VIP y culta como yo.

Yo que soy una apasionada de las novelas Arlequín sobre todo Bianco y Diana y que he escrito un libro que me ha publicado mi papá, llamado "Popó y Momó en el castillo polvoriento".

Tampoco comprendo como no se hace referencia a la noche madrileña ni a la gente guapa y legal como yo que la anima, yo que soy una rompecorazones y he tenido veinticuatro ligues en mi historia. Por favor, que no se hable de la noche en Pachá o Joy y de los guapos que son los gogós, osea, de verdad, me parece superlamentable.

Las únicas personas que se salvan en esta revista son Narciso del Higo y Fran.

Narciso del Higo sabe expresar los sentimientos de la gente guapa como yo, y Fran, ¿qué voy a decir de Franky que vosotros ya no sepáis?:

Franky es maravilloso, ese es el verdadero hombre, osea, el hombre que todas esperamos, de verdad el único calificativo que lo

puede definir es el de "machote". Los hombres duros como él son los que a mí me gustan. Por su forma tan apasionada de escribir, osea, con esa descripción que hace de las mujeres, de veras, una se lo imagina como un chico alto, cachas, moreno y de ojos azules, vamos, todas las cualidades que posee el chico ideal. Guapetón, sigue escribiendo para nosotras y cuando quieras podemos quedar para jugar al tenis con mis coleguis, o para coger un buen pedo en los sitios más marchosos de Madrid City.

Aquí en la Moraleja donde yo vivo ya te hemos hecho un club de fans yo y mis amigas, osea, que cuando quieras puedes venir a echar firmitas.

Un besito de todas.

Tu admiradora:

Horteria Riguoldo

Adiosito

## PRESUNCIÓN DE IMBECILIDAD

Señor director.

Me dirijo a usted en calidad de presunto imbécil y a continuación le explicaré la razón de tal exabrupto: Está establecida en la retórica actual, tan dada, como tantas cosas en España, al fatalismo, la idea de que la generalización que se ha producido en el acceso a estudios universitarios no ha hecho sino unos universitarios más tontos y hasta más analfabetos (según el mercenario de la generalización, el señor Amando de Miguel). Es decir, puesto que ahora somos más los universitarios, la universidad se ha estropeado y hemos perdido todo lo bueno que antes tenían los escogidos que pudieran en otro tiempo acudir a ellas. Pero en este planteamiento se me permite ver con mi escasa capacidad intelectual, atrofiada sin duda por los exámenes tipo test y los profesores que nos hacen copiar dictados que les dictaron otros en su tiempo..., un error de valoración, pues aplicamos al valor de una carrera la teoría de la oferta y la demanda en el sentido de que a mayor número de oferentes es menor el precio de lo ofrecido, sin embargo esto tal vez pase con el oro y el pescado, pero no con la formación que es sólo un valor relativo a la hora de buscar trabajo, pero tiene un beneficio innegable y de manera absoluta en el intelecto del que la

posee. Señores, un poco de respeto, porque si es la cantidad de universitarios lo que ahora nos infravalora, a lo peor los de antes estaban sobrevalorados. Sí, la sociedad busca mecanismos de selección que hagan cada vez más reducido el acceso a puestos de responsabilidad porque ahora hay más candidatos y ha de elegir alguna manera. Pero no valoremos la formación en términos de oferta y demanda.

Señor Amando de Miguel, en un país de ciegos quizá la universidad, aunque tuerta, sí era buena, pero con la videncia los que vuelan alto son las "águilas", eso sí, los videntes vemos perfectamente, aunque usted nos condene constantemente a la presunción de imbecilidad.

Una cosa más, un físico debe ser muy humilde pues a cada momento se replantean sus argumentos, los economistas aún no sabemos la razón del ciclo económico de manera concluyente, sin embargo usted cree conocer mediante encuestas y similares lo que piensa y como es una masa heterogénea de individuos... Una persona tarda en conocerse toda la vida, ¿no le parece suficiente motivo para ser menos categórico? (Perdóneme si usted utiliza la radicalidad de sus argumentos para hacerse notorio, entiendo que todos tenemos que ganarnos la vida de alguna manera).

Juan Carlos Jiménez
(Un presunto imbécil)

A Algernon

Ola me yamo Charli

Yo huna bes fui mui listo i recuerdo muchas cosas ke pensava I ya no las entiendo.

Qiero desir qe me gusta mucho buesta rebista porqe quando era listo yo tamien pensaba cosas. Ora ya no soi tan tonto como hantes i todos se siguen rriendo de mi.

Qiero desir qe heso no esta vien porke todos semos umanos y tenemos sentimentos. Yo soi vueno y qiero amigos. Yo no ago mal a naide. ¿Porque se meten conmigo.

Se cren mui listos i mui superiores poqe yo soi tonto. Soi umano i me duele.

Soi tonto i casi no penso vien i qasi no se escrebir. Pero quando era listo pensava mucho i era mui listo I macuerdo qe pensava muchas cosas i pensava en los listos. Porqe yo era mas listo qe eyos i no me reia deyos. Me davan pena unque no eran mis amijos. I pensava que los listos no eran tan listos i que todos me davan pena. I a todos los engañava algien qe se creia mas listo. Man dicho qesta rebista ba del detaye i me parese un detaye mui vonito lo qe yo pensava quando era listo qe lo himportante es ser umano i tener vuenos sentimentos i no ser malo con los de mas pa qe todo baya vien i si biene huno mas listo qe tu pues qe tamien te trate vien ¿ho no?

pues eso qe me gusta buestra revista i qe semos muchos tontos i otras cosas malas i no tenemos la suerte de fores gam i no se tienen qe reir de nosotos ni vularse qe tienen cayudanos poqe todos tenemos nuestos defetos i no ay caprobechase deyos

Pues ala lo dejo poqe estoi mui cansado y me dele la kamocha y no sigo mas adios

Charlie Gordon

A D.J.

NUBES PASANDO

He visto nubes pasando. Estaba mirando el cielo, tumbado en la terraza, y he visto cómo esas nubes espumosas cruzaban mi amplia perspectiva. <<Esas nubes son como nuestras vidas>>, me he dicho al verlas perderse por el horizonte. Como esas nubes, así también nosotros andamos errantes por el mundo. Nuestras vidas no son como un cigarrillo que se consume (tal vez porque no me gusta fumar). La vida no es como un cigarrillo en el que cada gramo, cada partícula cancerígena acaso represente un suceso aislado (tal vez la mili, la novia, el trabajo; tus tres grandes preocupaciones). La vida es mucho más que eso.

Yo tal vez esté también en esa "edad difícil" (¿no lo son todas?), esa edad en que tu vida puede tomar distintos rumbos, algunos de los cuales tal vez se comuniquen a través de pasadizos insondables. Yo también vivo procurando no equivocar mi camino, no elegir un sendero

equivocado, aunque siempre haya tiempo para cambiar de rumbo y dar un giro de noventa grados a tu vida.

Porque no hay etapas. Tal vez sólo cambie el viento (ya sopla el este; ya del noroeste). Y un solo y minúsculo detalle puede hacer que nuestra vida no sea la que pudiera haber sido (algunos lo llaman suerte). Y, como esas nubes que pasan, así también nosotros andamos por el mundo vagabundos, perdidos, errantes...

Narciso Tuera

PD: Por cierto, D.J.: La mili no es como un parto. El parto nace -normalmente- de un acto voluntario. La mili no.

## COMENTARIO AL ARTÍCULO DEL "CIP"

Esta nota sólo pretende hacer partícipes a nuestros lectores de una buena noticia para los amantes de la Cultura con mayúsculas.

Acabaron las beligerancias entre nosotros. No era razonable que dos de los cerebros más brillantes de nuestro estepario panorama intelectual estuviésemos peleados y mal avenidos. Conforme a nuestra vocación solidaria hemos decidido hacer las paces y unir nuestros esfuerzos en una obra común. Así pues, desde aquí os anunciamos la fundación del Centro de Investigaciones Periféricas, sociedad elitista en la que sólo admitiremos a las mentes privilegiadas que supliquen su entrada a tan selecto club a través de la redacción de esta inculta revista y las demás publicaciones que acierten a dignificarse con nuestra colaboración.

Sin más, y felicitándonos por el buen criterio de su redacción al incluir entre sus bazofias literarias alguna que otra perla de la cultura, se despiden de ustedes,

Gazpachito Grogrenko y Narciso de Lego

(socios fundadores del CIP y humildes luminarias del orbe)

## EL TRIUNFO DE JUDAS

Estimado director (ya sé que no tienen, eso está claro a la vista de su organización)

Me dirijo a usted en calidad de escéptico matizado por una cierta perplejidad ante lo que están haciendo en esta presunta revista. Soy un empresario bien acomodado tanto económica como

ideológicamente porque en mi caso esas dos palabras son sinónimas; quiero explicarles que lo que intentan ustedes es ridículo aunque admito que si no conociera a la juventud mejor de lo que ustedes la conocen me sentiría amenazado, de esta forma sólo me divierte. La juventud no es como ustedes creen y se parecen más a mí que ustedes, sólo que no tienen dinero. Es decir, a la juventud hoy en día no les preocupa si no su propio divertimento y se quejan constantemente de tener que trabajar para vivir. Son tan ilusos que nosotros que somos unos pocos podemos someterlos a ellos que son millares imponiéndoles ciertos axiomas totalmente partidistas de nuestra causa, como son que:

-Lo principal es la experiencia y por tanto si quieren trabajar y no la tienen, tendrán poco que exigir. Bastante hacemos nosotros con darles un trabajo.

-Si no visten a la moda, no oyen lo que está de moda y no pertenecen a un movimiento específico que nosotros podamos mercantilizar, son unos desgraciados y se merecen el rechazo entre los demás (divide y vencerás que decía el otro).

-Y por último, que lo mejor que les puede pasar en la vida es ser como yo.

En resumen, que su revista no tendrá ningún efecto en ellos. Ya los tenemos vacunados y sólo les dejamos hacer carreras y leer libros para que continúen el mundo, no para que lo cambien. Estoy seguro de que hasta algunos acaban creyendo que leer es una obligación, no un placer, y ¿quién se ilusiona por una obligación? Lo más curioso de todo es que no estamos organizados, bastan unos anuncios por allí, unas "sensaciones de vivir" por allá... y todo funciona... "La gente feliz no es pobre", "los ricos son felices", "tanto tienes, tanto vales y mejor haces el amor". La mano invisible de Adam Smith ya no es de Adam Smith, es de Coca-Cola y os tiene cogidos por los testículos a todos vosotros... Pero seguid sacando números por favor, me divierte que alguien la emprenda a cabezazos con un muro porque ninguno de ellos hará nada, ni pensará nada, ni inventará nada, sin el veto de los triunfadores como nosotros.

Prefiero no dar mi nombre por motivos empresariales, ya que mis productos los compran los jóvenes, irónico ¿verdad?, llamadme

Judas

## EPÍLOGO

¡Cuántos detalles se nos han escapado! Y ya estamos llegando al final. ¡Qué osadía la nuestra! Quererte hacer partícipe de los infinitos colores del universo puede ser una tarea que se escapa a nuestros pobres medios. Pero tal vez te hayamos hecho presente un ligero matiz, un pequeño detalle que te había pasado desapercibido, de tal riqueza que su aparición cambia completamente la perspectiva sobre un tema o arroja nueva luz sobre lo que creías conocido. Conocer, bonita palabra. Nos empeñamos en conocer, delimitar, nombrar. Nos empeñamos en reducirlo todo a la pura definición, al esquema aclarador en el que se diluye todo lo accesorio. Es bueno muchas veces tener una visión general o de conjunto, limitarse a los hechos o actos trascendentes. Pero, ¿acaso no es hermoso, de vez en cuando, sentarse tranquilamente a apreciar lo contingente? La mayoría de las veces uno descubre que son pocas las cosas verdaderamente accesorias. El más mínimo detalle puede alterar una impresión.

Rara vez nos detenemos a contemplar lo que se nos anuncia pequeño o trivial. Tal vez es una consecuencia de los tiempos modernos. Tan acostumbrados estamos a la fabricación en serie, el aprovechamiento del tiempo (empleado en asuntos trascendentes, por supuesto) y a la uniformización, que nos olvidamos de nuestros sentidos y de las pequeñas sensaciones que los activan. Pero lo pequeño es grande y, tal vez, en el recuerdo aquella guinda, aquel beso furtivo a tus sentidos, aquella sonrisa, aquel aroma casi olvidado, adquiere más importancia que ese importante trabajo al que dedicaste los mejores años de tu vida. Y, tal vez, como todos los detalles suelen considerarse casi inútiles, llegas a la conclusión de que sólo lo inútil y accesorio ha sido importante en tu vida.

## EL PUNTO Y FINAL

Se acabó el pastel. Ahora te toca a ti servir tus propios postres con o sin guinda. Parece que nuestra revista ha alcanzado una cierta estabilidad. Nada más lejos de la realidad. Si el formato parece estabilizado es sólo eso, la apariencia. Esperamos seguir evolucionando,

si no en tamaño sí en contenidos. Ojalá os haya gustado. Ojalá colaboréis en números sucesivos. Podéis mandar vuestras colaboraciones a:

e-mail: despertardelosmuertos@yahoo.es

Y, si lo deseáis, bajaos las revistas que no tengáis de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página en Bubok:

http://eldespertar.bubok.es

Nuevamente, agradecemos su colaboración a todos aquellos que han enriquecido nuestra revista (vuestra revista) con sus opiniones: el desconocido autor del panfleto que alguien encontró en una papelera, Narciso Tuera, Alejandro L., Fran, Werther (esperamos que siga sin cumplir su palabra), Paca la justiciera, Horteria Riguoldo, El temible burlón, Judas y Eva Segura.

P.D.: Como veis, en nuestra revista tiene voz casi todo el que quiere. Si tienes algo que decir o una simple crítica que hacernos, por favor, escribe y no te quedes con las ganas. ¿A qué tener pudor frente a unos impresentables como nosotros? Si, simplemente, la revista te da vergüenza ajena, ese no es motivo para no colaborar, aunque sólo sea a su destrucción a través de tu crítica más lapidaria. Esperamos saber de ti. La principal razón de esta revista es que alguien la lea y nos gustaría saber si es así.